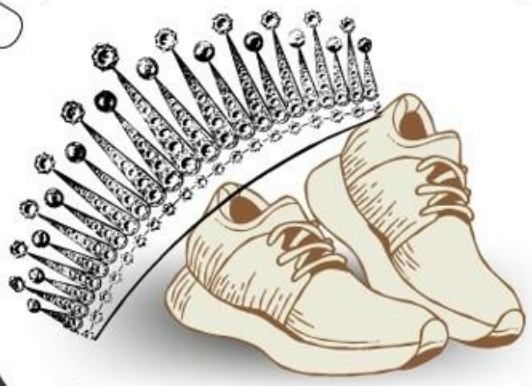

UNA
PRINCESA
en rebeldía
ANNE ABAND

UNA PRINCESA



EN REBELDÍA

Una princesa en rebeldía

Anne Aband

© Anne Aband (Yolanda Pallás), [2023]

ISBN: 9798399384696
Safe creative: 2208081742965
Impresión independiente

Todos los derechos reservados. Te pido por favor que descargues de forma legal este libro. Es un gran esfuerzo de mucho tiempo y seguro que el karma te lo recompensa. Gracias.

No dejes que te definan,
Que te cohiban,
Que te repriman.
Mejor, déjate fluir,
Déjate sentir
Y déjate ser.

Tabla de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29. Epílogo
Agradecimientos y cosas varias
Otros thriller románticos

Capítulo 1



—Ellie, ¡tu teléfono no para de sonar!

Mi supervisora de la ONG donde colaboro es una mujer encantadora. Nunca se mete en mi vida, aunque no sepa absolutamente nada de ella. Me avisa mientras estoy en la cocina, rodeada de cacerolas humeantes, en pleno agosto y en un Madrid que pide a gritos una tormenta de verano.

Suelo dejar el móvil en mi taquilla para que nadie me moleste mientras trabajo, así que me extraña que me haya avisado.

Me limpio las manos y le digo a mi compañera que vigile el cocido, el plato del día. Siendo de ascendencia francesa, me costó comprender por qué alguien querría meterse en su cuerpo una comida así de pesada en verano, pero después de vivir aquí cuatro años, la disfruto.

Voy hacia la taquilla y veo seis llamadas sin contestar. No me extraña que me haya avisado, mi hermana pequeña es muy insistente, a pesar de que le tengo dicho que no me llame a estas horas.

Me arriesgo a llamarla y espero que no sea nada grave. Creo que me hubiera enterado por la prensa. Claro, no lo he comentado. Mi familia es la regente del pequeño país de Saint-Paulin, justo al lado del Principado de Mónaco. Somos más pequeños incluso, y a pesar de ello, nos independizamos de Francia en los años sesenta, cuando se descubrió una gigante bolsa de gas justo debajo del valle donde estaba asentada la ciudad. Por resumir, se hizo un referéndum y nos declaramos independientes y mi abuelo, que hasta entonces había sido el alcalde y que descendía de la nobleza europea, fue declarado regente. No íbamos a ser menos que Mónaco.

Llamo a mi hermana y salgo al callejón, donde la sombra se derrite a lo largo del suelo. Para mí que el aire se ondula cuando lo miro, pero es la única forma de tener algo de privacidad. Tarda un tono en cogerme el teléfono.

—Elisabet —grita en mi oreja—. ¡Me voy a casar!

Últimamente estoy fuera del circuito y no recuerdo que mi hermanita de veinticuatro años estuviera saliendo con alguien. O no la habían pillado en las revistas, claro.

—Me alegro, Viv. ¿Con quién?

—¿En serio me lo dices? —Su voz suena indignada y yo me desespero. Cuando mi hermanita se molesta es bastante pesada—. Con Richard, con quien si no. Y necesito que vengas ya.

Miro al cielo, ese día hay calima, o es la contaminación, o quizá mi malhumor que se ha densificado encima de mí. Hace años que me fui y no quiero volver.

—No sé para qué quieres que vaya, ya sabes que…

—Por favor —me interrumpe—, eres mi única hermana.

—Tienes a la esposa de nuestro hermano.

—Ella está embarazada, no sé si lo sabías —dice irónica, y sí, eso sí que lo sabía. Es el tercero. Mi hermano es muy activo por lo visto.

—No me hagas esto, Ellie, te ne-ce-si-to —dice remarcando la voz—. Hay muchas cosas que hacer, ver el vestido, las flores y mamá…

—¿Cómo está?

—Como siempre —suspira.

Mi madre suele estar ausente, desde que mi hermano más pequeño murió, en un accidente en el que conducía ella. Unos *paparazzi* los perseguían y ella se puso nerviosa. Se salieron de la carretera, dando varias vueltas de campana. Aunque ganaron el juicio, no le devolvieron a mi hermano. Y ella, que adoraba a su pequeño, salió mentalmente de este mundo.

—¿Y cuánto tiempo me necesitarías?

—Me caso en tres semanas, por lo que es menos de un mes. Podrías hacer ese sacrificio por tu hermana pequeña.

—No me hagas chantaje emocional —le advierto. Sé que voy a caer, así que no me resisto más, no vale la pena—. Está bien. Déjame un par de días para arreglar las cosas por aquí e iré.

Mi hermana grita emocionada y enseguida cuelgo el teléfono. Tendré que hablar con la supervisora y arreglar algunos asuntos. Supongo que mi hermanita lo merece. Hace un año y medio que no la veo físicamente, aunque hacemos de vez en cuando videollamadas. Sabía que estaba saliendo con alguien, pero no me aclaró con quién. O sí. He querido huir de todo eso, hasta tal punto, que quizá no le he prestado la suficiente atención. A mi padre, sin embargo, hace casi cuatro años que no lo veo. Vino a buscarme cuando me fui, hui a Madrid, y ante mi negativa a volver, se enfadó tanto que me retiró la palabra. Con mi hermano hablo a veces; él es el heredero del país, tiene demasiado que hacer y, además, está todo el día haciendo hijos con su encantadora esposa.

Son una pareja perfecta y veo que sinceramente se aman, que, en nuestra posición, es bien difícil. Por eso, en parte, quise marcharme. Estaba harta de fiestecitas y de gente que solo nos aprecia porque somos algo así como princesas. Y también de los *paparazzi*, que nos han perseguido desde que nacimos. Nos han criticado cada mechón de pelo mal puesto, cada vestido o cada arruga. Eso es algo insoportable.

Vuelvo a entrar y hablo con la supervisora. Le cuento la verdad, que mi hermana pequeña se casa y que me necesita. No he cogido vacaciones en dos años y, aunque sé que soy un elemento importante en la organización, no me pone problemas.

Servimos las comidas. Conozco a muchos de los que vienen a comer y cada vez son más jóvenes. Desde la crisis y la pandemia, y la guerra y de nuevo la crisis, el empleo y la economía familiar han ido de mal en peor. Muchas familias se han quedado sin trabajo y acuden tres o cuatro miembros de la familia a comer. Hay niños pequeños y se me parte el corazón al verlos comer con tanto apetito. Sinceramente, cuando al año que viene cumpla los veintiocho y pueda acceder a mi fideicomiso, tengo claro donde lo voy a invertir.

Termino sudando y, como siempre, cuando acabamos la jornada, la supervisora nos da un abrazo a cada uno de los voluntarios y nos agradece nuestro esfuerzo. Me voy a casa con la convicción de que hoy he contribuido un poquito a mejorar el mundo.

***

Comparto piso con dos estudiantes, una de medicina, Luisa; y otra de magisterio, Eva. Se han convertido en mis mejores amigas, aunque sean algo mayores que yo. Tengo una renta que me

permitiría comprar tres pisos como el que vivo, pero prefiero ahorrarla y de vez en cuando hacer alguna donación anónima a la ONG, lo que ha permitido que subsistamos y podamos seguir dando comidas en el barrio.

Si supieran con quien comparten piso, creo que se caerían de culo. Solo saben que tengo ascendencia francesa y que me largué de casa. A veces me siento mal por mentirles o por no decirles toda la verdad. Sinceramente, no puedo.

Además, estoy irreconocible. Cuando era princesita, llevaba mi cabello rubio largo y ondulado y siempre iba vestida de marcas muy caras. Estaba muy delgada, extremadamente delgada, y más después de lo de mi hermano. Los periódicos y revistas amarillos dijeron que tenía anorexia, y puede que así fuera.

Ahora como bien y me ejercito bastante en deportes de contacto. Me gusta saber que podría defenderme. Además, teñí mi cabello y en los últimos tiempos lo llevo castaño oscuro y bien corto. Mi hermana no lo sabe porque suelo ponerme un postizo cuando hacemos videollamada. He pensado que para la boda volveré a llevar el pelo largo. Me pondré una peluca o un postizo. No quiero que nadie me reconozca después.

La excusa de mi desaparición fue unos estudios, y después de lo que había pasado con mi hermano, nos dejaron un tiempo tranquilos, lo que aproveché para desaparecer del mapa. Literalmente.

Y ahora, tengo que volver.

Capítulo 2



—Maldita sea mi suerte —digo mientras vuelvo a cortarme al afeitarme la barba. Tengo que presentarme ante mi superior después de la baja y todavía me tiemblan las manos.

Limpio la pequeña herida y espero que pronto cicatrice. Se me cae el cepillo al lavabo y me miró en el espejo, desesperado. Profundos surcos color violeta hacen que mis ojos se vean más salvajes. Parpadeo hasta que logro normalizar mi mirada. Me enderezo y arreglo mi corbata. Que sea lo que sea.

Salgo de casa y en pocas zancadas alcanzo el metro. Con mi traje de chaqueta no tan nuevo y no tan planchado como debería, sigo pareciendo lo que soy, un policía venido a menos.

Llegó a la central de Securitas Unlimited, la empresa donde puede que continúe o no, y saludo a la chica de recepción. Me dirijo al despacho de mi jefe y su asistente me pide que me siente. La espera me ataca los nervios y me gustaría echar un trago de esa botella que solía llevar siempre, pero recuerdo que hace varios meses que lo dejé.

Después de un rato, el asistente recibe una llamada y me indica que pase. Llamo a la puerta y entró al escuchar su voz. James Cameron es un primo lejano de mi madre. Él fue quien me rescató cuando yo era una escoria humana, alcoholizado y violento. No me controlaba y eso casi acaba conmigo. Le debo mucho, la verdad.

Me indica que me siente frente a él y se queda observándome

—Estás horrible, aunque al menos no hueles a alcohol.

Asiento, su olfato es infalible y no voy a poder engañarle.

—Tengo un encargo para ti. Un hombre muy importante me ha pedido que localices y protejas a una de sus hijas.

—No sé si podré.

—¿Quieres trabajar o no? Creo que es una buena oportunidad para rehabilitarte.

—Está bien.

—La muchacha vive en Madrid, y pronto viajará a Saint-Paulin. Te dejo todo el *dossier* sobre ella. Han recibido graves amenazas y puede que, aunque ella no está en el grupo principal, pueda estar en peligro. Y, por cierto, deberás ser discreto al principio. Luego supongo que tendrás que acompañarla allá donde vaya, así que consigue un traje nuevo y córtate el pelo.

Se pone a revisar sus papeles y sé que ha terminado de hablar conmigo. Recojo el expediente y me levanto. Me siento aliviado de que me asigne un nuevo caso, pensé que después de mi última pifia acabaría despidiéndome.

—Es tu última oportunidad, aprovéchala —dice sin levantar la cabeza. Asiento, sabiendo que no me ha visto, y me marcho.

Voy a una cafetería donde pido un solo doble, sin alcohol. Abro el expediente. Parece una

niña típica de esas de la nobleza, rubia, pelo largo, mirada lánguida. En el expediente pone que está en Madrid y que ha cambiado su aspecto, pero no hay fotos recientes. Con esos preciosos ojos azules no creo que sea difícil reconocerla.

Hago la maleta y me voy al aeropuerto. Ya tengo un viaje reservado. Tengo que vigilarla durante dos días y luego me compraré un traje para vigilarla en el principado. Espero que no sea una niña caprichosa y me dé mucho mal. No tengo la paciencia ni las ganas.

Cierro los ojos y me pongo música a todo volumen por los auriculares. No quiero pensar y la música *heavy* de Iron Maiden descansa mi cabeza.

Aterrizo en Madrid a las doce de la mañana. Tengo una habitación en una pensión cerca de donde se supone que trabaja Elisabet Anne Marguerite de SaintBon. Es una ONG. Supongo que estará dirigiendo a gente sin manchar su impecable manicura. Conozco a la gente así. Yo mismo traté con una y no son buenos recuerdos.

Dejo la bolsa en la habitación y me pongo unos vaqueros y una camiseta. De momento solo voy a reconocer el terreno. Y solo si es necesario me presentaré.

***

Hay fila para entrar y todavía no es la hora de comer. Mi estómago ruge de forma indiscreta y recuerdo que no he probado bocado en día y medio. Doy un paso para atrás cuando alguien pone su mano en mi brazo.

—No te dé vergüenza, no pasa nada, ponte en la fila. Hoy hay cocido.

Una preciosa chica con gafas y cabello corto castaño se acerca a mí. Me siento incómodo. Tan mal aspecto tengo que me ha confundido con alguien que necesita comer gratis.

Le doy las gracias en mi español con acento y me pongo en la fila. Ella sigue saludando como si conociera a las treinta personas que están ahí. Pasamos todos y nos vamos sentando en mesas. Parece que ya cada uno tiene su sitio. Se nota los que no somos habituales porque estamos de pie, indecisos. Una señora de edad indefinida, probablemente podría ser mi madre, se acerca y me coge del brazo.

—Ven, chico. Siéntate, hoy la comida está buenísima.

Me dejo conducir hasta una mesa donde hay dos personas más. Me siento abrumado por recibir tanto cariño sin que me conozcan. Un plato humeante aparece enseguida delante y la chica de cabello castaño sonríe y se sienta enfrente de mí.

Mis tripas traidoras rugen y ella se levanta.

—Te dejo comer y luego vengo a tomarte los datos.

La sigo con la mirada. Lleva un peto ancho y una camiseta negra, sus brazos son firmes, aunque se esconda. Empiezo a comer y reconozco que está delicioso. Me hace sentirme confortado. Cuando termino, miro disimuladamente, buscando a mi princesita, imagino que estará en un despacho y no cerca de la vida real.

No veo a nadie con esos ojos azules de la fotografía, y mi horizonte se cubre porque la muchacha castaña se sienta con una carpeta y comprueba con satisfacción que me he comido todo. Me trae un flan y me guiña el ojo. Mi estómago aprieta, pero no por hambre. Ahora siento otra cosa.

—No tienes que decirme tu nombre si no quieres, aunque nos gusta conocer a los que vienen por aquí.

—Estoy de paso.

—¿Eres francés? Tienes acento.

—Sí. ¿Quién manda aquí?

Ella sube una ceja y me mira de reojo. Se pone a la defensiva

—¿Por qué?

—Solo quería darle las gracias personalmente.

—Ah, vale, es ella —dice señalando a la señora amable de antes.

—¿Y no hay nadie más trabajando aquí?

—Las personas que ves. ¿Ocurre algo? —dice, su tono ha cambiado, como si tuviera miedo de algo.

—No, no, nada. Disculpa, tengo que irme.

Me levanto y me voy. Me han debido de dar mal la información

—Ellie, ven, te necesito para cambiar de sitio la olla.

Me giro y busco a la tal Ellie, en la ficha me ponía que su hermana la solía llamar así. Y veo a la bonita muchacha del peto acercarse a otra.

Caigo en la cuenta de que existen las lentillas de colores y al salir de la ONG sonrío.

—Chica lista —digo, y me enciendo un cigarrillo. Es lo único que evita que me lance por una botella, aunque sé que en algún momento lo he de dejar. Por lo menos, la tengo localizada por su aspecto.

Me quedo en el callejón donde no pierdo de vista la puerta. Empieza la vigilancia, pero, esta vez, con el estómago lleno, lo que es muy diferente a lo habitual.

Capítulo 3



—Ese tipo, no sé por qué, me da escalofríos —digo a Carina cuando ambas nos sentamos a comer, cansadas y satisfechas por haber dado su ración a todos.

—¿Qué tipo? —contesta mientras apunta en su lista entre bocado y bocado.

—El que vino solo, el alto y con el rostro cansado.

—Era guapo, ¿verdad? Me pregunto qué le habrá pasado para llegar a la calle. Puede que sea alcohólico. Le temblaban las manos.

—Sí, ya me fijé. Tenía ojeras, pero se veía fuerte, ancho de espaldas y…

—Oh, nena —sonríe Carina con tristeza—, no te aconsejo que te líes con una persona sintecho. No es que no tenga derecho, es porque empiezas por llevártelo a casa y no se sabe, puede ser un delincuente. Parecía peligroso, algo en él… era amenazante.

—Eres muy intuitiva, así que te haré caso. Ese hombre, bien arreglado y sin ojeras, podría ser un modelo.

—Tiene las espaldas demasiado anchas, más bien es como un pistolero o algo.

—O sea, que te has fijado.

—Tendré sesenta y seis años, pero soy una mujer —dice guiñándome el ojo—, y tengo ojos en la cara.

—Eres tremenda. —Le doy un abrazo y empiezo a fregar el suelo. Ahora no tenemos presupuesto para dar cenas, así que vamos a cerrar el local, y a limpiarlo. Si me vieran Viv o cualquiera de mis estiradas primas fregar el suelo o cocinar, se caerían de culo. Si hasta hablo ya igual que las chicas del barrio. Miro mis uñas cortas y las manos enrojecidas. Creo que mi hermana me llevará a su salón de manicura favorito, pero no creo que puedan hacer un milagro.

Suspiro, cierro todo y me despido de Carina, que siempre se queda un rato más con las cuentas y los mensajes de correo. Salgo a la calle y respiro la libertad. A mitad de tarde y en Madrid, hace calor para cansar a un camello. Los rayos de sol no tuestan mi piel porque soy blanca, aunque ya no tanto. Ahora tengo la piel ligeramente dorada y me encanta.

Camino por la acera hacia mi piso, sin prisa, disfrutando del paseo. Algunos vecinos del barrio me conocen y me saludan. Me paro a hablar con la mujer que regenta el quiosco de la plaza y me regala un caramelo. Está a punto de jubilarse y quiere irse a vivir a Benidorm, donde reside su hermana. Charlamos de la playa y cuando estoy comprando el *Hola* para ponerme al día de la vida de mis primos, lo veo de reojo.

Me giro hacia donde creo haberlo visto, pero no hay nadie. Juraría que he visto al tipo de la camiseta negra y eso me hace ponerme nerviosa porque, si fuera así, me habría seguido. Si no me hubiera advertido Carina, tal vez no me asustara. Lo mismo es un asesino o un violador. Me tiemblan las manos cuando pago la revista y casi me la dejo. La meto en la mochila y comienzo a

caminar hacia mi piso, pero en lugar de ir andando, camino hacia la entrada del metro. Son solo dos paradas y siempre voy caminando, espero perderle o no sé… ¿Qué debería hacer?

Bajo corriendo las escaleras, paso el abono y me meto en el metro sin mirar hacia atrás. Me siento en el vagón mientras me retuerzo las manos en el regazo. Miro a ambos lados y, en el vagón siguiente, me parece verlo. Creo que estoy obsesionada. ¡Es imposible!

Me bajo en la siguiente estación y subo corriendo las escaleras, tropezándome y cayéndome al suelo. Hay bastante gente que sube y otros que bajan, me han pisado la mano y no puedo levantarme.

De repente, alguien me coge la cintura y me levanta del suelo. Cuando voy a dar las gracias a mi salvador, descubro horrorizada que es él. Me sonríe de lado y me deja apoyada en la pared.

—Es hora de que nos presentemos, princesa.

Capítulo 4



La veo salir del local caminando como si no tuviera prisa, distraída, y no puedo evitar quedarme como un tonto mirándola. Se para en un quiosco y está charlando animadamente. Se gira y me escondo. Casi me doy cabezazos contra la pared porque no sé si me ha visto. Estoy sudando y maldigo en voz baja.

La sigo hasta el metro y me meto en el siguiente vagón. Parece que tiene un instinto especial y juraría que me ha visto. La observo reflejada en el cristal. Es muy bonita y delicada en apariencia, pero sus manos, su forma de comportarse y su postura son las de una chica normal.

Cuando sale, deprisa, me muevo con ligereza. En el fondo, lo estoy disfrutando. Es como volver a estar vivo. La veo tropezarse y ser casi aplastada, sin pensar mucho, la cojo de la cintura y la aparto de la multitud. Es ligera y me gustaría abrazarla. Cuando se vuelve agradecida, y al verme, le cambia el gesto, sé que tengo que presentarme.

—Es hora de que nos presentemos, princesa.

Ella se aparta de mí y me mira con miedo.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—Me llamo Gabriel Martin y trabajo para una empresa de seguridad.

—Me da igual, me voy —dice apartándose de mí.

—Escuche, señorita, me pagan por cuidarla.

—¿Cuidarme? ¿A mí? ¿Por qué? —dice frunciendo el ceño, pero se queda.

—Su padre nos ha contratado.

—No lo entiendo, le dije a mi hermana que iría a la boda, ¿es que no se fía?

—La que no debería fiarse es usted. No me conoce. Podría hacerle algo.

Veo como empalidece y mira alrededor. Saco mis credenciales y las mira con detenimiento.

—O sea, que es verdad. ¿Y por qué ha venido a comer a la ONG?

—Tenía hambre, supongo. Vengo de París.

—Hay algo más, ¿verdad? No creo que a mi padre le interese lo más mínimo mi estado de salud. ¿Qué ocurre, Gabriel?

Me satisface que recuerde mi nombre y miro a mi alrededor.

—Vayamos a tomar un café.

—Mejor un granizado.

Se vuelve y sube las escaleras deprisa. La sigo sin quitar la vista de su trasero redondo.

Se dirige a un bar y entra sin esperarme. Cuando va hacia la barra, el camarero la saluda y le guiña el ojo.

—Dos granizados de limón —dice haciéndome un gesto para que me siente. Creo que, desde niño, no había tomado una bebida así. Tal vez no sea mala idea.

—No te he preguntado —dice contrita sentándose enfrente de mí—, aunque estoy segura de que no habrás probado nada igual.

El camarero sonríe y trae los dos granizados y dos churros. Enarco la ceja y ella toma uno y hace como si lo fuera a mojar en la bebida, pero lo piensa mejor y le da un mordisco.

—¿Qué? Cuando estoy nerviosa, me da hambre.

—Lo siento, princesa.

—Joder, no me llames princesa, que te mato —dice amenazándome con el churro. No esperaba que esta chica de la alta sociedad fuese tan macarra.

—Y cómo le llamo, ¿alteza? —me mira furibunda y luego sonríe.

—Cuando estabas comiendo no eras tan borde. Llámame Ellie, como todo el mundo. Y empieza a largar.

Será toda una sensación cuando vuelva al palacio y hable de esta forma, pienso divertido. Muchos se echarán las manos a la cabeza.

—Verás, la empresa donde trabajo ha sido contratada por tu padre para protegerte, no solo a ti, por lo visto, sino a tu familia.

—¿Ocurre algo? ¿Está bien mi familia? —dice asustada.

—No sé exactamente lo que pasa, pero hay algún tipo de amenaza. Según mi experiencia, la gente importante suele ser intimidada de forma periódica. Locos, chantajistas, o gente que quiere sacar tajada de la situación. No es la primera vez que tengo que proteger a alguien de la realeza.

—Ah, ¿sí? ¿Y a quién has protegido?

—He protegido a algunos miembros de la familia real española.

—Ah, por eso hablas castellano. De todas formas, aquí nadie me conoce. Si me sigues a todas partes, se darán cuenta de que pasa algo.

—Puedes decir que soy tu primo y que vengo a pasar unos días. Si te vas el jueves a Saint-Paulin, solo queda esta tarde y mañana.

—¿También allí me vas a vigilar? Tengo que hablar con mi padre.

—Es lo primero que tenías que haber hecho. No puedes fiarte de nadie. Mis credenciales podrían ser falsas.

Se levanta temblorosa y con el teléfono en la mano, sale de la cafetería. Yo doy un sorbo al granizado sin muchas ganas, y su acidez y frescor me sorprenden. La muchacha tiene razón. Creo que no he probado nunca nada igual. Decido comerme el otro churro. Había perdido el apetito y adelgazado desde... desde aquello, pero por algún motivo, me siento mejor. El sabor dulce y ligeramente grasiento del churro combinado con el granizado de limón me gusta. Como ella. Es dulzura, cabezonería y un puntito de chulería. Además de ser muy bonita.

Ella se sienta de nuevo enfrente de mí. Lleva los ojos rojos.

—Es verdad. Estamos en peligro. —Da un sorbo al granizado para calmarse—. Gracias por venir.

—Es mi trabajo y me gustaría comentarte un par de cosas. No sé a qué clase de amenaza te enfrentas, eso sí, querría dejar claro que, en caso de problemas, yo mando. Si en algún momento te digo échate al suelo, salta o corre, lo harás.

—¡Oye!...

—Es tu vida y la mía por protegerte. Si no obedeces, nos pondrás a ambos en peligro.

Ella aprieta los labios, sé que me mandaría a tomar viento fresco, pero lo que le digo es cierto y no porque tenga un morboso deseo de que ella me obedezca. Las he pasado muy putas y si el protegido no colabora, puede resultar fatal. Para los dos.

—Está bien. ¿Dónde te alojas?

—Estoy en un hotel cercano. Aunque seguramente me quede vigilando tu casa.

—¡Qué tontería! Una vez que cierre la puerta, ya no entra nadie.

Levanto la ceja y suspira, asintiendo. Paga los granizados sin que me dé tiempo a sacar la cartera y nos vamos.

—Te acompaño a casa —sonrío al recordar su cara de susto—. Eso de irte por el metro para perderme de vista ha estado bien. Aunque si es un profesional, no servirá. En esos casos, lo mejor es ir a un lugar público, un centro comercial, un restaurante, y si te sientes amenazada, llamar a la policía.

—Mi padre me ha dicho que me lo tome en serio y que debería volver ya al principado, pero no quiero dejar colgada a la gente.

—Si tu vida corre peligro, tu jefa lo entenderá.

—Ella no sabe quién soy yo. Nadie me conoce.

—¿Y no han preguntado jamás?

—En un lugar donde trabajas como voluntaria, donde mucha gente se avergüenza de ir a buscar comida, estamos acostumbrados a no hacer preguntas. Llevamos un registro, sí, porque tenemos que justificar los gastos, pero no es obligatorio. Muchos de los que vienen dan nombres falsos y nos parece bien.

—¿Cómo es que te viniste aquí, a Madrid? —digo con curiosidad y a la vez dudo—. Sé que no me conoces lo suficiente para explicarme.

—Exacto, no te conozco lo suficiente. Ya hemos llegado.

—Déjame escribirte mi teléfono, por si acaso.

Ella me da el teléfono confiada. Lo acerco al mío y le coloco un programa de seguimiento invisible. Escribo mi teléfono en sus contactos y me hago una llamada. Como si no lo tuviera. Hay que darle un poco de confianza, pero sé de ella hasta que talla usa. Todo venía en el expediente y, aun así, me engañó en la ONG.

Abre la puerta y entra. La sigo con la mirada hasta que llega al ascensor. Dudo mucho que alguien pueda atacarla, porque ha tenido un perfil bajo y no destaca. Sin embargo, nunca se sabe. Tengo que hablar con el jefe y prepararme para vestirme de traje. Pronto iremos de boda.

Capítulo 5



Cierro la puerta con el corazón desbocado. La verdad, no sé si me ha afectado más hablar con mi padre o tener guardaespaldas. Dejo las cosas en mi habitación. Mis compañeras no están, cada una andará en sus cosas. Caigo en algo, ¿y si las estoy poniendo en peligro? Ellas no saben nada de mí, nunca les dije quién era, aunque sí les hablé de mi familia.

Miro por la ventana y lo veo. Está apoyado en un árbol, a la sombra. NO puede quedarse allí todo el día. Me hace sentirme mal.

Estoy en casa a salvo, puedes marcharte.

No, me quedo. Tranquila, solo es un día.

Pero..

Estoy acostumbrado, es mi trabajo.

De acuerdo.

De repente, se me ocurre algo.

¿Y si subes?

¿Subir?

A casa, aunque comparto piso, no es la primera vez que alguna de nosotras sube a alguien. No es problema. Así al menos no estarías en la calle.

No. No hay problema. A mitad de noche me iré.

Está bien.

Dejo el teléfono y vuelvo a asomarme. Sigue allí, apoyado en el árbol. Sus fuertes brazos están cruzados y lleva gafas de sol, aunque ya atardece. La verdad es que tiene pintas de todo menos de alguien tranquilo. Creo que en la ONG vi otro aspecto de él que quizá tiene escondido; ahora que lo miro, parece un agente secreto, desde luego.

Me hago una tortilla y abro un tomate para cenar. Y Gabriel no cenará. Me dan ganas de bajarle un bocadillo, pero no lo hago. Supongo que estará acostumbrado. Y lo mismo meto la pata. Mis compañeras llegan tan alegres como siempre y comentamos las anécdotas del día.

Eva está muy contenta porque ha aprobado un examen y Luisa comienza las prácticas en un centro de salud. Lo cierto es que nos llevamos muy bien, aunque estoy nerviosa y no atino a hablar.

Me excuso diciendo que estoy cansada, que he hablado con mi padre y no lo llevo bien.

Ellas saben que tengo cierta tensión con él. Les cuento que mi hermana se casa y que en dos días me vuelvo a casa. Ellas me dan la enhorabuena, tan contentas. Si supieran…

Me meto en la cama, dándole vueltas a todo. Cuando lo llamé esta tarde, mi padre me

contestó enseguida, directamente.:

—¿Estás bien?

—¿Has enviado a alguien para que me vigile? ¿Qué ocurre?

—Sí, un tal Gabriel Martín, me lo han recomendado bien. Haz lo que te diga. La familia está en peligro.

—Quizá deberías contarme algo más.

—No es necesario. Si vivieras aquí….

—Padre, no empieces…

—Hija, solo me traes complicaciones. Tu hermana se va a casar y tú trabajando en un comedor social. Es que no te entiendo. Has estudiado económicas, eres brillante. ¿Qué haces perdiendo el tiempo allí?

—Lo discutimos hace cuatro años y no he cambiado de opinión. Bueno, nos veremos en un par de días.

—Está bien.

Colgamos y sé que está tan molesto como yo. No nos llevamos bien y jamás lo haremos. Él nunca ha aceptado que no quiera vivir una vida en la que no me reconozco.

Doy una vuelta a la cama y me destapo, muerta de calor. Me levanto y voy hacia la ventana. Todo está oscuro y no lo veo, aunque mi ventana sea la de un segundo piso. Se habrá ido.

Me vuelvo a acostar. Es cierto que cuando era jovencita me dejé llevar por el glamur de la vida de una princesa. Lo tenía todo. Las marcas siempre nos regalaban modelitos que muchas veces no tenía ni tiempo de llevar. Zapatos, bolsos, viajes. Me empeñé en estudiar y, cómo no, acabé en la Sorbona y, aunque al principio los *paparazzi* me seguían, como no daba de qué hablar, acabaron por perder el interés. Sobre todo, porque mi hermana pequeña me destronó en la atención mediática. Ella sí está hecha para esta vida, disfruta muchísimo de los eventos, de los viajes, de la ropa. Y, además, ahora que se va a casar, estará emocionada con todo lo que supone.

Lleva tonteando con sir Richard Longley desde hace muchos años y no pensaba que acabaran por salir y se fuera a casar. Nunca le dije que él me tiró los tejos hace años y que salimos un par de veces. Tampoco que me acosté con él. Creo que, en estas circunstancias, es mejor que no se lo diga. Ella quizá se enfadase y, total, para mí no significó nada.

Miro el móvil y tengo la tentación de llamar a Gabriel, pero igual piensa que me pasa algo. Suspiro y cierro los ojos. Es muy atractivo, de ese tipo de hombres que sabes que tienen un pasado complicado, que ellos mismos son complicados. A la vez, siento que me apetecería que me abrazara.

«Bueno, mañana será otro día», me digo, y sonrío porque lo veré.

Capítulo 6



Me levanto de la cama a las seis. No sé a qué hora saldrá de casa mi princesita y quiero llegar allí antes. Me ducho y salgo, con un cigarrillo en la boca. Es mi desayuno. No me extraña que me tomara por un indigente. He de volver a mi rutina de ejercicio y dieta, porque desde el accidente he perdido diez kilos, muchos de ellos, de masa muscular. Aún no sé cómo mi jefe me dio este encargo. Lo agradezco, aunque no sé si estaré preparado.

Me pongo una camiseta negra de nuevo y vaqueros. Llevo la pistola en la bota, poco práctica en verano, pero útil para esconder varias cosas si no llevas una americana que oculte la cartuchera.

El cabello mojado se me riza y sé que en breve estará seco, con el calor que amenaza en este nuevo día de verano.

En poco rato llego al portal y veo que su ventana sigue iluminada. Al rato, una de las chicas con las que vive sale cargada con una mochila y se dirige hacia el metro. Esa es la estudiante de medicina. Espero un par de horas casi, mientras mi estómago me grita que no ha caído nada. Una de las normas de un agente de seguridad es comer lo justo. Ni tan poco como para sentirte mal y no tener la energía suficiente como para realizar cualquier acción inmediata, ni tanto como para sentirte lleno y no poder correr. En mi caso, yo solía alimentarme de alcohol. Nunca fui demasiado sofisticado. Me daba igual cerveza que *whisky* o ron. El tequila me lo bebía por litros y siempre solía llevar el estómago vacío. Como ahora, solo que hace unos años, ya llevaría como mínimo dos copas. Quizá más.

A las ocho menos cuarto sale del portal vestida con unos pantalones vaqueros recortados y una camiseta de colores. Sonrío al verla. Tiene pintas de todo menos de princesa y eso que creo, aunque no entiendo, que se podría poner cualquier cosa y estaría preciosa. Me ve y me saluda con la cabeza, esperándome.

Al final tengo que acompañarla, aunque mi idea era ir detrás de ella, no al lado.

—¿Has desayunado?

Me encojo de hombros y frunce el ceño.

—Ya veo que no. ¿Por qué no comes? Deberías alimentar a ese cuerpazo.

Se sonroja y baja la vista. Sonrío. Creo que le ha salido sin querer y ahora se arrepiente.

—Deja que te invite yo a desayunar —digo por fin—. Ayer me invitaste a los granizados.

—Está bien. Vamos al mismo sitio. Hace unos cafés con leche de muerte. ¿Has dormido algo?

—Sí, princesa, no te preocupes.

Aprieta los labios cuando le digo princesa, y eso me da una pequeña satisfacción. Lo cierto es que los tiene preciosos, ligeramente gruesos, sin llegar a ser carnosos, y el hoyuelo que tiene

en medio del labio superior hace que desee besarla. Miro a ambos lados y me insulto. No debería de estar pensando en eso, puesto que ella está en peligro. No debería volver a pasarme algo así.

Entra en el bar y sonríe al camarero. Yo me siento y el hombre le dice algo, ella se sonroja y me mira de lado. Pide algo, yo me dejo aconsejar y se sienta enfrente de mí.

—¿Todo bien?

—Ah, sí, sí. He pedido dos cafés con leche y un *croissant* preparado. Verás, lo hacen a la plancha y luego le ponen un poquito de mantequilla…

La escucho hablar y me fascina ver la pasión que le pone a todo, incluso a la preparación de un bollo. El camarero trae los cafés y la verdad es que mi estómago ruge al ver el desayuno. El tipo me da una amistosa palmada en la espalda y se va tan contento.

—Cree que eres mi novio y dice que ya era hora, aunque le pareces algo… serio.

—Ah, muy bonito. Una chica como tú, ¿no tiene pareja?

—¿Una chica como yo? —dice metiendo un trozo de *croissant* con el tenedor en el café con leche—. Una chica como yo pasa de complicaciones y de hombres, que lo sepas.

Asiento y como en silencio. La investigué y se le atribuyeron sonados romances con actores y otros nobles europeos, incluso con un director de cine americano. Supongo que muchos pueden ser mentira. Me termino el desayuno y ni me he dado cuenta.

—¿Qué?

La miro sin saber qué me quiere decir.

—Que si está bueno.

—Sí, la verdad.

—Pues vamos, paga, que no quiero llegar tarde ya que es mi último día en Madrid. Tengo que despedirme de Carina. Es una faena marcharme, ¿sabes? Bueno, no todos los días se casa una hermana.

—¿No te había dicho antes que se casaba? Parece algo muy rápido.

—Viv es así. Seguramente lleva tiempo planeándolo, pero como siempre nos persiguen, lo habrá llevado en secreto. Ya tendrá todo preparado, supongo.

Se levanta con un deje de tristeza en la voz. Tal vez esperaba que su hermana contase con ella, no lo sé. Pago la cuenta y dejo propina. El camarero me guiña el ojo y nos vamos para la ONG. Esta vez, caminamos.

—Estaré muy ocupada hoy, quiero decir que si tienes otras cosas que hacer…

—No tengo nada mejor que hacer.

—Entonces, entra conmigo y, si quieres, me ayudas. Siempre vienen bien otras manos.

—No sé cocinar —digo molesto. Y no llevaba idea de ponerme a hacer otra cosa que no sea vigilarla.

—Vale, vale. No he dicho nada.

Camina a buen paso y yo la sigo, sin perder de vista lo que ocurre alrededor. Tengo instinto para detectar amenazas, a menos de que esté distraído.

Llegamos a la ONG, entro a echar un vistazo y luego me quedo fuera. Solo está la jefa y no me ha visto. Ellie se ha puesto el delantal y enseguida empieza a preparar el café de puchero. Me meto y decido ayudarla. Creo que la protegeré mejor si estoy cerca y con la gente que viene a lo largo de la mañana, la tendré vigilada.

Ella me sonríe, me presenta a Carina y comenta que hoy les voy a ayudar.

Me ponen otro delantal y empiezo a organizar el embutido y la bollería que empresas donan. En cuanto dan las nueve, el desfile de personas hambrientas comienza y, como el día anterior, se sientan en las mesas, no sin antes coger de la barra los cafés y algo de comer. Son

ordenados y educados, nadie dice una palabra más alta que la otra. Solo hay sonrisas de agradecimiento.

Ellie habla con unos y con otros mientras Carina hace lo mismo. Las dos mujeres parecen muy agradables.

Veo entrar a un grupo de tres personas. Una mujer y dos hombres. La mujer y uno de ellos se sientan con el café y comienzan a charlar con los demás, parecen conocidos, pero el otro hombre busca a alguien con la mirada. Es joven y no me gusta su aspecto. Mira a Ellie fijamente y se decide a ir hacia ella con paso firme. Lleva un bolso de esos que se cruzan y mete la mano. No lo pienso, me apoyo y salto la mesa en cinco segundos y me acerco a Ellie, poniéndome delante de ella. El tipo se da de bruces con mi pecho y lo sujeto de la muñeca, apretándosela hasta que grita de dolor. Meto la mano en la bolsa y no encuentro armas. No sé qué iba a sacar.

—¡Qué haces! —grita ella empujándome—. Lo siento, Pedro, es que… bueno, él es…

—Ya veo, no querías salir conmigo y ahora sé el motivo. Tu novio chulo que no deja que nadie se acerque a la señorita.

El tipo está colorado de rabia. ¿Cómo supone que ella podría fijarse en él? No vale un pimiento.

—No es eso, Pedro —dice ella sonrojada, pero yo la cojo de la cintura en un gesto inevitable y la atraigo hacia mí. El tipo se da media vuelta y se marcha. Ella me aparta de mal genio.

—Te has pasado.

—Bravo, hombre —dice Carina acercándose a mí y dándome una palmada en la espalda, la segunda de hoy—, me alegro de que hayas echado al acosador ese. Ellie no quería denunciarlo, pero se estaba pasado. Y lo de saltar la mesa, bueno, ha sido… impresionante. Parecías un agente secreto. ¿Eres policía o algo?

—O algo —murmuro sonriendo. Ellie parece enfadada y se aparta de mí para seguir atendiendo a los comensales. Alguno me mira, sonríe y levanta el pulgar hacia arriba. El tal Pedro debe de ser muy insistente como para que estén hartos de él.

Sigo arreglando los zumos sin perder de vista a Ellie. Luego se mete en la cocina y me da una bolsa de cebollas. La cojo y me la quedo mirando.

—No tienes ni idea de qué hacer con ellas, ¿verdad? —me dice algo más relajada.

Me explica cómo pelarlas y trocearlas y empieza a llorar por el picor del jugo que sueltan. Cuando ya considera que he aprendido, me da el cuchillo y me cede el honor de picarlas. Yo cocinar no sé, pero manejar un cuchillo sí, y tampoco soy torpe, así que pico rápido y en trocitos muy pequeños la cebolla, ante el pasmo de Ellie. Luego me da ajos y me enseña cómo.

—¿Aprendes rápido o me estás tomando el pelo?

—Te prometo que no sé cocinar. Nunca me dio por ello.

—Está bien. Haremos salsa boloñesa. Hoy hay pasta.

Se dirige al armario donde hay una enorme olla que intenta coger. No es bajita, medirá uno sesenta y ocho, pero no llega. Me acerco, me pongo detrás de ella para alcanzársela y su cuerpo se pega al mío. Vuelvo a oler su colonia fresca y su piel, y en ese momento me gustaría que se congelase el tiempo. Ella se vuelve, confusa, y me mira de cerca. Luego se aparta y me deja espacio para bajar el utensilio. Lo dejo encima del fuego y ella, no sé si sonrojada por el calor o por haber estado tan cerca, echa aceite y luego la cebolla y el ajo.

—Gracias —dice en voz baja—. Si quieres, tómate un café y descansa.

Me quito el delantal y salgo a la sala, donde quedan pocas personas todavía tomando café. Algunos repiten varias veces. Un hombre de unos setenta se me queda mirando y me hace una

seña para que me acerque. Cojo mi café y me siento con él.

—Ha hecho bien en espantar al *pesao* ese —dice sonriendo con su boca desdentada—, a la pobre Elisa —le cambia el nombre, pero no digo nada—, la tenía *amargadica*, siguiéndola, y ella, que es muy educada, no le decía nada. Un buen tortazo se merecía —dice haciendo el gesto de la mano.

—No se preocupe, yo la protegeré.

—Ya lo he visto, ya, que estás *colao* por la Elisa —se ríe y deja ver su encía—, pero no le hagas nada malo o te las verás conmigo —dice apretando el puño. Asiento y me dan ganas de cuadrarme ante él.

Me levanto pensativo. ¿Esa sensación doy? La verdad es que me parece una muchacha fascinante y supongo que el abuelo se ha dejado llevar por mi reacción.

Entro a la cocina, donde las dos mujeres están hablando y cocinando a la vez.

—Te echaré mucho de menos —dice Carina—, pero una boda es una boda. Y más si es de tu hermana pequeña. Espero que me mandes alguna foto, que quiero verte vestida de guapa. Y podías haberme dicho lo de tu primo.

—Ya, es que no lo esperaba —dice mirándome a mí y haciendo un gesto gracioso con las cejas. O sea, yo soy el primo.

—Va a venir mi sobrina a ayudarme estos días. Estaré deseando que vuelvas, Ellie —suspira la mujer.

—Volveré, Carina, no te preocupes.

Me ponen a remover la pasta mientras pienso que puede que no cumpla esa promesa. Según el expediente, su padre quiere abdicar en el hijo mayor y ella, después de sus dos sobrinos, es la siguiente en la sucesión. Me da la sensación de que puede que no la dejen marchar, una vez llegue a Saint-Paulin. Claro que, si hace cuatro años tuvo la valentía de marcharse, ahora que tiene su vida aquí, dudo mucho que lo acepte.

***

Salimos del comedor social y volvemos caminando. Veo que el tal Pedro nos está vigilando y se lo comento.

—Te voy a coger de la cintura, porque así al menos te librarás de tu acosador. Si ve que estás conmigo, lo mismo deja de molestarte.

—Está bien —dice, y lo hago. Paso el brazo por su estrecha cintura y la tomo de la cadera. Parece que estemos hechos para caminar entrelazados, porque lo hacemos con tanta naturalidad que me deja pasmado.

Ella levanta el brazo para mover su cabello y deja un trozo de piel desnudo debajo de mi mano. Mi pulgar acaricia su piel sin poder evitarlo y ella se sonroja. Llegamos a su portal y me dice que suba.

—Sigamos con la farsa, ¿no?

Cuando llegamos al rellano, entre el segundo y el primer piso. Ella, que va delante, se gira. Está un escalón más alto que yo y me mira a los ojos.

—¿Qué ocurre? —digo sorprendido.

Ella se acerca a mí, pasa los brazos por mi nuca y me besa, suave, se pega a mí y yo la cojo de la cintura, pero reacciono y la aparto.

—Yo… no debo, Ellie.

—Solo quería darte las gracias —dice de nuevo sonrojada. Termina de subir las escaleras corriendo.

Me quedo parado, no sé cómo tomármelo. El beso ha sido delicioso y me ha excitado mucho, más de lo que debería, aun así, no debo implicarme con ella. No sería bueno para mí, y menos para mi protegida.

Maldigo en voz baja y me quedo en el piso uno. Quiero que el tipo que la acosa piense que estoy echando un polvo con ella, algo que realmente deseo, a ver si se larga. O si no, puede que lo amenace hasta que se acojone y la deje tranquila. Así, cuando yo ya no esté, no la molestará.

Salgo a la calle a la media hora y me enciendo un cigarrillo. Miro disimuladamente y el tal Pedro no parece estar. La ventana de Ellie está apagada, pero veo una ligera iluminación de su móvil.

Menos mal que mañana nos vamos para Saint-Paulin. Allí, con el protocolo y la distancia de seguridad, será todo distinto. O eso espero.

Capítulo 7



—Oh, Dios, me siento tan avergonzada —me digo cuando cierro la puerta y me apoyo en ella. Otra vez. Voy a mi cuarto. Mis compañeras están ya en sus respectivos y no quiero molestarlas. Además, ¿qué les iba a contar? ¿Que he besado a un tipo que está como un tren? Me dirán que por qué no lo he subido a casa y he echado un polvo, porque, según me dicen, se me habrá cerrado por no usarlo. Son un poco brutas, aunque tienen razón. Debería utilizarlo alguna vez, pero no he conocido a nadie con el que me apetezca acostarme desde que estoy en Madrid, excepto, claro, a él.

Lo vi de reojo cuando saltó la mesa que usamos para poner los postres, sin tirar nada, menuda agilidad y, cuando se puso delante de mí… a protegerme. Sé que es su trabajo y que, en realidad, soy capaz de defenderme, no soy una niñata. Sin embargo… ese gesto sacó a la mujer primitiva que hay en mí.

Y luego, el beso. Desde que me cogió de la cintura, tanto en el centro como en la calle, estaba deseándolo. Por mucho que diga que no debe, sé que me desea. Me acarició con el pulgar y me puso la piel erizada. O tal vez me estoy confundiendo y solo soy un trabajo más.

Me acuesto en la cama con el móvil, lo busco en redes sociales y evidentemente no sale. Supongo que las personas que se dedican a seguridad no se hacen una cuenta de Facebook.

De todas formas, pruebo a poner su nombre entero y sale algo. Lo amplío. Un accidente de una mujer de Dubai. Una jovencita que murió y su guardaespaldas resultó muy malherido. No habla mucho de cómo sucedió, pero, por lo que leo, ella era una de las hijas de un jeque. Él la protegía. Tuvieron un accidente de coche en las afueras de una de las principales ciudades. No lo nombran como si fuera su guardaespaldas, sino como una de las dos personas heridas. El otro, al parecer, era hermano de la chica. Esto fue hace dos años y medio. ¿Será por eso por lo que tiene tan mal aspecto? Tal vez sentía algo por ella.

Mi mente ya está elucubrando. Si fue un accidente, lo fue y punto. No quiero pensar en ello. Apago el móvil y cojo un libro. Estoy leyendo *Una boda por contrato*, de Anne Aband, en la que una chica se tiene que casar por compromiso, como yo cuando mi padre me propuso que me casara con Richard. Aunque tonteé con él, no era hombre para mí. Me parecía demasiado superficial y no estaba para nada interesado en asuntos sociales. Y no sé cómo, ha acabado comprometido con mi hermana.

Supongo que a ella le pega más y aun así, no me gusta la idea. Ella me diría que estoy celosa, pero no es así. Gabriel me ha dicho que iremos en el avión del principado. Supongo que no podía ir en un vuelo comercial. Lo tengo todo pensado para no ser reconocida a mi vuelta. Tengo una peluca rubia y alguno de los trajes de antes. Dejé la mayoría, pero los más sencillos me los llevé. Me los pondré al salir del avión y volveré a ser Elisabet Anne Marguerite de

SaintBon. Una persona que ya no soy, un disfraz de mi verdadero yo, alguien que ya no conozco. Valdrá la pena, sobre todo, porque cuando acabe la boda, tomaré el primer avión comercial hacia Madrid y me olvidaré de todo.

¿Y de él?

Supongo que será el precio a pagar, un breve encuentro con un hombre que quizá merezca la pena. Pero él dijo que vivía en París, así que supongo que se volverá. Debo recordar que solo soy un trabajo para él, que no es como la película de *El guardaespaldas*, que no hay amor y que, al final, como la peli, no acabaría bien.

Me levanto, nerviosa, y aunque pensaba hacer mi pequeña maleta mañana, la hago ahora. Me despediré de las chicas y espero no estar fuera más de un mes. Miro mi pequeña habitación, que es incluso menor que el armario vestidor que tengo en Saint-Paulin. No negaré que en parte me apetece ver mis cosas, que supongo que seguirán allí. Y ver a mi familia, sobre todo.

Desde que murió mi hermano pequeño, mi madre vive a base calmantes y en estos años apenas hemos hablado, porque ella no puede mantener una conversación. Es el secreto mejor guardado del principado. Mi padre me odia y si no fuera por el tema de la amenaza, ni hubiera hablado con él. Mi hermano mayor, Jean Jacques o JJ como le llamamos en casa, está bastante ocupado con ser el heredero y con sus niños. Y ahora va a tener un tercero. Y Vivianne, Viv, suele vivir mirando su ombligo, aunque hemos seguido hablando. Es mi hermanita y la quiero. En verdad, los quiero mucho a todos y creo que tengo ganas de llorar de nostalgia.

Me dejo llevar y sollozo un buen rato. Al poco, me llega un mensaje.

¿Todo bien?

Sí, todo bien. Haciendo la maleta.

Me pregunto cómo ha tenido el tino de interrumpir mis pensamientos tristes.

Mañana podemos desayunar antes de coger el avión. Quiero un croissant *preparado. Ninguno como el de tu bar favorito.*

Sonrío y le digo que sí.

Ya más tranquila, salgo para hablar un rato con las chicas y luego me acuesto en la cama. Sueño con dos ojos oscuros, que me miran con deseo. Es demasiado atractivo para ser un agente de seguridad personal. Las mujeres ricas y poderosas se lo tienen que rifar, aunque parece bastante tocado y sé que no huele a alcohol, sí a tabaco, porque he estado muy cerca. Me gustaría saber qué le ha pasado y de una forma u otra lo averiguaré.

Respiro para tranquilizarme. Volver a esa vida me pone nerviosa. Al menos no estaré sola y eso me consuela.

Capítulo 8



No debería haber escuchado, me repito, digamos que la práctica de, de vez en cuando, activar la aplicación del móvil y oír lo que hace la persona protegida, es algo hasta cierto punto permitido. Nos facilita el seguimiento y saber si está en peligro. No me esperaba que estuviera llorando. Busqué su número para llamarla, pero no lo hice. Supuse que si estaba así, no querría hablar, así que me limité a enviarle un mensaje tonto. Tal vez al final le arranqué una sonrisa con lo del desayuno.

Me recuesto en mi estrecha cama pensando en su piel, en sus labios, otra vez. He tenido que descargarme en la ducha porque la deseo con fiereza. De nuevo estoy excitado y no es nada bueno. No puedo, por mucho que ella haya sido quien me ha besado, no lo debí permitir, aunque tuviera tantas ganas.

—¡Joder! —digo en voz alta y miro hacia el minibar. Quizá solo sería un trago, algo que me ayudase a dormir. Me siento en la cama y miro mis manos. Ya no tiemblan tanto y me recrimino el querer volver a pasar por todo ello. El alcohol mermaba mis sentidos, pero también los sentimientos y mitigaba los malos recuerdos. Salir de ese bucle me costó muchos meses. No puedo estropearlo ahora.

Vuelvo a recostarme y cierro los ojos, pensando en esos ojos pardos, tirando a verdosos, aunque sé que realmente los suyos son azul claro. ¿Se quitará las lentillas antes de llegar? Mi jefe me ha dicho que nos espera el avión del principado en el aeropuerto, y que sale a las diez de la mañana, solo para llevarla a ella. El regente no se anda con chiquitas. No es la primera vez que viajo en un *jet* privado y sé que tienen todo tipo de lujos, incluidas habitaciones con camas redondas, donde incluso me han invitado alguna vez a participar.

Repaso mentalmente el informe detallado de sus actividades que le he enviado a mi jefe, incluyendo al tal Pedro como acosador, aunque no tenga importancia. Lo busqué en la base de datos policíaca a la que tenemos acceso, y tiene una denuncia de una antigua exnovia, por acoso también. Es de los que se les mete algo en la cabeza y hasta que no les dan una paliza, no paran, pienso con enfado. Cuando vuelva mi princesa, si es que vuelve, igual le hago una visita, solo para que no la moleste más.

He preparado un par de trajes y varias camisas en la bolsa de viaje. Allí, en el principado, se acabó vestir con vaqueros. Toca ir elegante. Los agentes compramos los trajes en una sastrería especial en París, donde los adaptan para poder llevar pistola y otros elementos sin que se note demasiado. Es como en la película de *Kingsman*, aunque nosotros no somos tan pijos. Lo nuestro es elegante, parisino, pero se nota que somos seguridad, no caballeros ingleses.

A la mañana siguiente, me levanto antes de las seis, hago algún ejercicio en la misma habitación y me ducho con agua casi fría. Me pongo el traje de trabajo y ya parezco otra cosa.

También llevo la cartuchera debajo de la americana y meto la pistola en su funda. Me dirijo hacia su casa con la bolsa en la mano, algo antes de lo que hemos quedado, y llamo a su portal. Ella me contesta enseguida, pues le he avisado por mensaje, y me abre. El ruido molesto del portero automático me da dolor de cabeza y busco en mi bolsillo una de esas pastillas americanas que se tragan sin agua. Supongo que con el estómago vacío no es lo ideal, pero alivia.

Cuando llego a su puerta, una chica, la maestra, me abre y se me queda mirando con la boca abierta, literalmente.

—Eh, Ellie, hay un maromo aquí trajeado que está todo bueno. ¿Es tu acompañante?

Ella sale descalza, vestida con vaqueros y una camiseta y se sonroja al verme. Asiente y vuelve a su cuarto.

—Pasa, *salao* —me dice la chica dándome un buen repaso. Me cae bien.

—Has venido pronto —dice ella. Está sin maquillar y su cabello corto está mojado. Me mira de arriba abajo—, ahora sí pareces…

Se calla porque su amiga todavía está presente. Casi se le escapa.

—¿Quieres un café? —dice su amiga, pero niego.

—Vamos a ir a desayunar —contesto tan contento. Me he quitado las gafas de sol, pero la corbata negra me molesta. Llevo mi uniforme de siempre. Traje negro, camisa blanca, botas cómodas de vestir, y la pistola, además de alguna cosa extra. Menos mal que hoy el día está nublado o estaría sudando como un pollo.

Ella sale, me sonríe, da un abrazo a la maestra y nos vamos a desayunar.

—Vas demasiado elegante, comparado conmigo —dice ella con un bonito mohín.

—Es mi uniforme, princesa.

—Te dije que no me llamaras así.

—Deberé llamarte alteza o señorita SaintBon, elige.

—Ninguno me gusta, pero si no queda otro remedio, prefiero lo de señorita. Hasta que subamos al avión, por favor, Ellie.

—Claro, Ellie.

Sonrío y nos metemos en el bar de su conocido. Huele a frito, de esos que te abren el apetito, de los que usan aceite limpio y productos de calidad.

Ella va a la barra y pide por los dos. Yo me siento vigilando la puerta. Estoy en modo segurata. El tal Pedro entra y ve a Ellie, da dos pasos hacia ella, pero antes, echa un vistazo a su alrededor y me encuentra. Subo una ceja y da media vuelta y se va. En el fondo, no deja de ser un cobarde.

Ella vuelve con los dos cafés con leche y se sienta. Ni lo ha visto, de lo cual me alegro. Ya parece bastante nerviosa como para pensar en el acosador ese.

—Ahora nos traen los *croissants* preparados. —Da vueltas al café con leche distraída, con la mirada baja. De repente, la sube y me mira—. Siento mucho lo de ayer, o sea, no quería incomodarte.

—No pasa nada, pero entiende que no podemos, no en esta situación.

Ella abre los ojos y parece que se anima. No quiero darle esperanzas o es que soy yo, que me niego a no tenerlas.

El camarero trae los dulces y me mira de arriba abajo.

—Sí que vas elegante, se nota que vas de boda —dice. Ella se lo ha dicho por lo visto.

—Hay que arreglarse, jefe, para ir a juego con esta belleza —El hombre se va satisfecho y ataco el café.

—Gracias.

—¿Por? —digo levantando la mirada.

—Por lo de belleza, o sea, yo…

—Eres preciosa, Ellie, eso nadie lo pone en duda, pero tú perteneces a otro mundo, a pesar de que ahora estés aquí. Algún día volverás donde has crecido.

—No volveré —dice decidida mientras corta con delicadeza el *croissant*. Ya está en modo princesa.

—No vas a estar toda tu vida escondiéndote en Madrid. Tienes familia y responsabilidades.

—No me vengas con esas mierdas —dice, y sus ojos muestran lo enfadada que está.

—Deberás cuidar tu lenguaje —advierto disimulando mi dolor. He decidido que es mejor serle antipático que no atraerle o que tenga algún tipo de expectativa conmigo. Qué más quisiera yo que estar con alguien tan especial. Aunque seguro que la fastidiaría, como es habitual en mí.

—No te preocupes, sé comportarme.

No habla el resto del desayuno, cuando salimos, cogemos un taxi hacia el aeropuerto. Enseño mi tarjeta de identificación cuando nos acercamos a la zona donde aterrizan los aviones privados. El avión ya ha llegado. Es uno de esos pequeños, para unas quince personas, que suele utilizar la familia real de Saint-Paulin. Lleva su bandera roja, amarilla, azul y blanca. La bandera cuatricolor con una luna y una estrella. Quisieron hacer una amalgama de diferentes países y salió algo raro. A los Paulinos les encanta.

Subimos al avión y después de que revise todas las estancias, ella se mete en la habitación privada con su maleta. Yo me quedo en un asiento justo en la puerta y me pregunto si saldrá en algún momento. La auxiliar de vuelo llama y entra, luego vuelve con un zumo y alguna cosa más en la bandeja. A mí me ofrece también, pero solo tomo agua.

Sé que la he enfadado, me digo a mí mismo que era necesario.

El viaje son casi dos horas, así que aquí metido, sin apreturas, me relajo. Miro el móvil y le aseguro a mi jefe que todo va bien y que estamos en el avión, sin problemas. Sé que quizá pensaba que la iba a fastidiar, pero le demostraré que su confianza en mí vale la pena.

La puerta se abre despacio y ella sale. La miro sorprendido. Ahora sí que parece la princesa que fue. Lleva el cabello largo y rubio, imagino que es son extensiones o un postizo. Sus ojos son azules como el cielo de París en primavera y está maquillada.

—¿Y bien? ¿Daré el pego?

Trago saliva y asiento. Ella parece satisfecha ante mi pasmo. Lleva un vestido corto que deja ver dos piernas largas y torneadas, al igual que sus brazos, quizá un poco musculados por el trabajo físico. Ella es delgada, no demasiado, tiene las curvas puestas en los lugares adecuados. Se me hace la boca agua y no es por el alcohol, sino por sus labios. Ella se gira mostrándome su parte trasera, tan perfecta como la de delante.

Menos mal que no ha visto mi cara. Tengo que disimular y no parecer pasmado ante esa delicada belleza.

Se sienta un asiento delante del mío y se dedica a configurar el móvil que usaba cuando era princesa. Hasta eso lo tenía pensado, es muy inteligente.

La auxiliar de vuelo nos informa de que vamos a aterrizar y nos ponemos los cinturones. El avión bota de forma muy suave contra el suelo y acaba frenando.

La puerta se abre y alguien de la casa real, pues lleva el escudo, sube para encargarse de nuestro equipaje. Me asomo en la puerta y veo que abajo está la hermana, que da pequeños saltitos emocionados. Me alegro de que la haya venido a buscar. Reconozco a Harrison, de mi empresa, al parecer le ha tocado la novia. Lo saludo de un movimiento de cabeza y empiezo a bajar. Ella me sigue, sabe el protocolo.

Cuando bajo, me aparto y ella se lanza en brazos de su hermana. Es algo más bajita y delgada que Ellie. Saludo de nuevo a Harrison con un fuerte apretón de manos y nos subimos en el coche. Es una limusina blindada y Harrison se pone en el asiento del copiloto, así que no me queda otra que sentarme con ellas.

La tal Vivianne me mira y sonríe, pero enseguida se centra en su hermana. Empieza a contarle mil cosas sobre el vestido, los invitados, que ella escucha con paciencia y dando las contestaciones esperadas. Me recuerda a cuando la veo hablando con los indigentes. Procuro no sonreír y ella, que ha visto mi gesto, me mira de reojo. Creo que me entiende porque se encoje levemente de hombros. Su hermana no le ha preguntado nada sobre ella, sobre su vida, por lo que imagino que algo sabrá.

La boda es en tres semanas, tiempo escaso para encargar un vestido, según la novia, pero como es su dama de honor, llevará el mismo que otras de las damas. Luego se podrá cambiar y ponerse el que quiera. Parlotea sin cesar hasta que llegamos al enorme castillo. Es un edificio del siglo XIV que adaptaron como residencia oficial, para darle más prestancia al principado. Demasiado grande, demasiadas habitaciones y mucha gente en una boda. Si alguien quiere atentar contra la familia, será ese el momento perfecto.

No hay nadie esperándolas, así que ellas salen del coche, mientras Harrison y yo las seguimos a poca distancia. Veo el rostro decepcionado de Ellie, pero cambia enseguida. Su hermana le da un beso y se va, seguida por su guardaespaldas. Ella se gira y me mira.

—Te enseñaré esto un poco para que te familiarices.

Aunque no le digo nada, he revisado a conciencia el plano del castillo, incluso de los pasadizos que supuestamente están condenados. Asiento y la sigo.

Capítulo 9



Suponía que mi padre no vendría al aeropuerto, sus asuntos de estado lo retienen. Al menos ha venido Viv, que no ha parado de hablar. Cuando hemos llegado a casa, o bueno, al castillo, tampoco lo he visto. Mi hermano JJ creo que hoy estaba en París, en no sé qué convención, y vuelve en dos días. Tengo muchas ganas de ver a mis sobrinos en carne y hueso, porque hace mucho que no los veo si no es en videoconferencia.

Mientras le muestro a Gabriel la casa, al menos lo más utilizado por la familia, pienso en los pequeños. Me da tristeza no tener esa relación. Soy su tía, y seguro que en persona no se me acercan. El mayor tiene ocho años, por lo que cuando me fui, solo tenía cuatro. Y la pequeña tiene cinco. Ahora mi cuñada Eleonora está embarazada de un niño. Ellos suelen vivir en el castillo, excepto cuando pasan el verano en una casa enorme que tienen en Mónaco. Las relaciones con el país vecino son muy cordiales. De hecho, él estuvo ennoviado con una de las chicas, aunque no llegó a nada.

Le explico a Gabriel algunas zonas, el servicio me hace reverencias cuando me ve y yo les saludo amablemente. Hay caras nuevas, pero otras que llevan con nosotros toda la vida.

Mi aya se acerca secándose las manos.

—¿Eres tú? Elisabet, ¡has vuelto!

—Sí, Madeleine, aquí estoy, para ver casarse a mi hermana pequeña.

—Ah, ese hombre era para ti, querida, no sé por qué no lo atrapaste —me riñe mi aya. Es la única que sabe que salí con él. Y bueno, ahora Gabriel, que sigue impasible.

—No era para mí y lo sabes. Demasiada tontería en su cabeza.

—Estás preciosa, me tienes que contar, vamos a mi cocina y tomamos un chocolate caliente.

—Aya, hace calor y tengo que instalarme, pero te prometo que más tarde lo tomaré contigo.

—¿Y este señor? —dice mirando a Gabriel de arriba abajo—. Es guapo como un actor de Hollywood.

—Es mi guardaespaldas —digo sonrojándome. Él no ha cambiado el gesto, pero se le ha escapado una mini sonrisa—, ya sabes que mi padre está un poco nervioso, supongo que por la boda.

—Ay, no, mi niña, me enteré de algo —dice, y me lleva a un lado del pasillo. Gabriel me sigue y ella lo mira, aunque habla de todas formas—. Un día estaban hablando tu padre y tu hermano y decían que había un terrorista que quería acabar con la familia real. Que habían recibido amenazas, pero este señor lo sabrá mejor.

Mira a Gabriel y él sigue sin inmutarse.

—Aya, tranquila, en el palacio estamos a salvo y la boda estará muy vigilada.

—¿Te quedarás? —dice mirándome a los ojos, y me conmueve. Solo por ella podría quedarme.

—No lo sé. De momento, estaré unas semanas, así que tendremos tiempo de ponernos al día. Me tienes que contar sobre mis sobrinos, que estarán preciosos.

—Ah, desde luego —sonríe con amplitud. Adora los niños—. Nathaniel es muy travieso y le gusta demasiado desaparecer en algún rincón para hacer algo, pero también se abstrae con los libros, como tu hermano. Y Cataline es una coqueta. Un día entró en la habitación de tu hermana y se pintó con el maquillaje, se puso sus zapatos. No sabes la que organizó Vivianne.

—Me hubiera gustado ver su cara, con lo maniática que es con sus cosas.

—Sí, fue divertido. Bueno, te dejo para que te instales. Hasta luego, *la mia stella.*

Ella es de ascendencia italiana y siempre me ha llamado así, mi estrella. He de decir que desde que murió mi hermano pequeño, ella fue nuestra madre, porque la mía…

—¿Cómo está mamá? —le pregunto antes de que se vaya.

—Bueno, ya sabes, creo que demasiado medicada. Debería salir a tomar el aire en lugar de tomar tantas pastillas —refunfuña mientras se aleja.

—Voy a ver a mi madre, ¿necesitas algo?

—No, te acompaño, así voy reconociendo el lugar. Me quedaré fuera, por supuesto. Sé que es complicado tener guardaespaldas, pero intentaré hacértelo más fácil.

—De acuerdo.

Suspiro y subo las escaleras, acariciando el pasamanos de madera lacada en blanco. Sigue tan fino y brillante como siempre. Lo cierto es que todo está espléndido. Ya no me acordaba de lo bonito que es. Llego al piso segundo, donde están las habitaciones familiares. En la parte derecha, la de mis padres; en la izquierda, las nuestras. Camino por el pasillo, siempre cruzándome con alguna persona que hace una leve reverencia. Qué diferente es estar aquí que con la ONG. No paro de pensar que es como si me hubiera cambiado de dimensión. Como si estuviera en otro universo distinto. Llamo a la puerta de la habitación de mi madre y sale su enfermera, una señora que lleva cuidándola ya veinte años. Me sonríe y me deja pasar. Gabriel se queda fuera, esperando, de pie, y creo que voy a sufrir mucho por eso. Sé que es su trabajo, pero no quiero darle más de lo debido.

Mi madre está en un sillón, junto a la ventana. Mira al infinito sin ver nada. Parece que ha envejecido diez años en lugar de cuatro que es cuando la vi por última vez. Me siento terriblemente culpable por ello. Su cabello ya no es rubio, sino blanco, totalmente, aunque sigue llevándolo cortado a la moda y, aunque no va maquillada, su porte es elegante. Lleva un vestido camisero y zapatos cómodos.

Me siento delante de ella, en la silla que será de la enfermera, y le toco la pierna. Ella se gira, sin esperar verme, y cuando su rostro se alegra, me echo a llorar. No tiene palabras, no pronuncia ninguna, pero alza los brazos y yo me echo en ellos. Sollozo en su cuello, oliendo ese aroma familiar de hogar. Ella me acaricia la espalda y repite: «mi pequeña». No sé cuánto rato estamos abrazadas, pero no me parece suficiente. ¡Qué egoísta he sido al no aparecer en todo este tiempo! Ella es frágil y quizá me necesitaba.

—Mamá —digo separándome un poco de ella—, ¿cómo estás?

—Bien —dice encogiéndose de hombros—. Estás más delgada y tienes la piel tostada. Muy guapa. ¿Has venido sola?

—Sí, mamá, sola. A la boda de Viv. Y a verte.

—¿Viv se casa? Oh, creo que lo he olvidado.

—No te preocupes —digo cogiéndole la mano. Mi hermana me advirtió que tenía algo de

demencia, veo que, al menos, olvidos sí que tiene.

—¿Y con quién se casa?

—Con Richard —digo sin poder evitar fruncir el ceño.

—No lo entiendo, ¿no era tu novio?

—No, mamá, eso fue de adolescente, y no tuvo importancia.

Ella se queda callada, pensativa, y vuelve a mirar hacia el infinito. Sí, es cierto, fue un amor juvenil, como otros, aunque yo ya tenía diecinueve. Me enamoré como una tonta de su aspecto impecable, de su sonrisa con hoyuelos y de su educación. Mi padre no supo que salía con él, pero sí que rondaba por donde yo iba, de hecho, una revista insinuó un posible noviazgo, aunque siempre lo negué. Supongo que no era el ideal y luego, mi hermana, unos años más tarde, lo cazó.

Le doy otro abrazo a mi madre, que responde de forma automática. Ya no me reconoce y me trago mis lágrimas. La enfermera me dice aparte que ella va y viene de ese mundo donde se mete. Dice que suele estar lúcida, que cuando lo está, le habla de todos nosotros y que se acuerda de casi todo.

Salgo de la habitación triste y Gabriel, que estaba apoyado en la pared de enfrente, se cuadra y me mira. Me encojo de hombros y camino hacia la que es mi habitación. Dejo abierta la puerta para que pase y mire lo que tenga que comprobar.

Entra en el baño y en el vestidor y supongo que tiene que hacerse idea de las ventanas o yo qué sé.

Me siento en la cama, triste, y lo miro. Él ya está delante de mí.

—¿Soy egoísta, Gabriel? Me fui de casa y ella está tan mal.

—¿Su madre?

—Sí, está en otro mundo, mucho peor que cuando me fui —noto que él ya me llama de usted y no me encanta, pero es lo que hay. Él sigue de pie.

—Si es una demencia, el que estuviera o no supongo que no influiría, pero claro, es su madre.

—Lo sé —digo levantándome—. Voy a ducharme y a cambiarme. Que te enseñen tu habitación. Me imagino que estará al final del pasillo.

—Disculpe, señorita SaintBon, no quise decir…

—Está bien, Gabriel. Y cuando estemos solos, por favor, llámame Ellie.

—Me marcho para instalarme. Vengo en una hora, si le parece.

—Está bien.

Se va y cierra la puerta. Entro en mi enorme vestidor. Ahí siguen muchos de los trajes comprados o regalados por las marcas. Supongo que mi hermana, que gasta la misma talla, habrá cogido alguno, la verdad es que no me importa. Envuelto en varias fundas, veo versiones del traje de la dama de honor. Pensé que podría ayudar a elegirlo, pero mi hermana ya lo tiene pensado. Paso la mano por las telas de suavidad increíble. Me reencuentro con el armario de los zapatos. Ahí están solo mis favoritos, y además hay una habitación donde tenemos mucha más ropa, bolsos, complementos. Después de vivir con lo justo en Madrid, todo esto me parece absurdo y fuera de lugar. No sé si puedo volver a acostumbrarme a este lujo.

Entro en el baño y las toallas son muy suaves. Me dan ganas de meterme una en la maleta cuando me vaya, como en los hoteles. Aprovecho para darme una buena ducha, luego tenemos una cena privada con la familia, menos mi hermano, y quiero estar presentable. Me quito la dichosa peluca y lavo mi cabello corto. Tal vez baje así a la cena. Puede que se escandalicen, pero es la que soy ahora.

Me echo en la cama un rato y recuerdo las horas interminables en las que estaba mirando el dosel e intentando comprender qué es lo que esperaba yo de la vida. Ni cuando era una jovencita tonta y despreocupada me sentía cómoda. Siempre me faltó algo. Y cuando viajé a Madrid y empecé a trabajar con Carina, sentí que era mi lugar. Supongo que no puedo estar todo el tiempo allí, que tendré que asumir ciertas responsabilidades, quiero hablarlo con mi padre, si es que consigo llevar una conversación tranquila con él.

Suspiro y me levanto. Como hace calor, me pongo uno de esos vestidos bonitos que tengo en el armario y zapatos de medio tacón. Jamás he podido cenar con mi familia vestida con pijama, como en Madrid, y eso le quita cercanía a la relación, por mucho que digan. Al final, no me atrevo a ir sin peluca y vuelvo a ponérmela. Parece muy natural, es de un artesano de Madrid y me la hice por casualidad. En realidad, parte de mi cabello está ahí, fue una idea de la peluquera, que pensaba que me cortaba el pelo tan corto —entonces, ahora lo llevo más largo— por alguna enfermedad. Y cogí todo ese cabello largo y me hicieron una preciosa cabellera.

Me maquillo ligera y me preparo para que me venga a buscar Gabriel. Está serio y distante, como imaginaba. Supongo que es un profesional y no debe hacer otra cosa. Sin embargo, echo de menos esa confianza y me gustaría volver a besarle. Confieso esto sonrojándome. Él dice que no puede ser y quizá no pueda en mi personalidad de princesa, pero tal vez Ellie sí. O quizá no está interesado. No le he preguntado si tiene a alguien.

Me tapo la cara con las manos y me llamo de todo. ¿Y si resulta que tiene pareja y yo le he dado un beso, así, por las buenas? Suspiro y vuelvo a echarme en la cama sin importarme que se arrugue el vestido.

Capítulo 10



Un hombre que ronda por ahí más elegante vestido que yo me indica cuál es mi habitación. Creo que mide la mitad de mi apartamento, y solo tiene un dormitorio y un baño completo, pero no excesivo. Mi bolsa está allí y la ropa colgada en el armario. No es que me guste mucho que hayan curioseado en ella, aunque imagino que también será protocolo. Compruebo que la otra pistola y los cargadores siguen ahí.

Me quito la americana, quiero darme una ducha, pero entonces llaman a la puerta. Voy a abrir en camisa, todavía con la cartuchera. Harrison me saluda y lo dejo pasar.

—¿Qué tal con la princesa rebelde? —me dice, y levanto una ceja. No me gusta que se metan con ella.

—Bien, sin problemas. Estaba esperando hablar contigo y que me expliques la situación. El jefe me ha dicho que me darías los detalles. ¿Es grave?

—Pues más grave de lo que imaginas. Han recibido amenazas contra toda la familia, desde el padre hasta las hermanas o los niños. Detectamos dos cartas bomba en el despacho del príncipe regente, que pensamos que es el principal objetivo. Un tipo intentó atacar a mi protegida, pero no sabemos si era parte de la conspiración. Desaconsejé al príncipe la boda, incluso a la princesa; no han querido ni oír hablar de ello.

—Pero a Ell, a Elisabet nadie la conoce.

—Sí la conocen. La tenían localizada en ese comedor social que trabaja. Alguien le hizo una foto y se la mandó al regente. Él sabía perfectamente dónde estaba ella, de vez en cuando envía a alguien a vigilar, aunque no esperaba que trascendiera. Así que ella también está entre las amenazadas.

Trago saliva y miro a Harrison. Él parece preocupado también. No quiero que le pase nada a la familia real, pero menos a Ellie.

—¿Sospechosos?

—De momento están siguiendo la pista de un australiano relacionado con la mafia rusa. El problema es el dinero, como siempre. Han descubierto una nueva y enorme bolsa de gas debajo de las montañas y puede desestabilizar el mercado. Y que conste que de esto me he enterado por casualidad. Es algo que llevan muy en secreto. El que domine el mercado, dominará el mundo durante unos años. O al menos, tensionará el precio del gas.

—¿Y qué ganarían asesinando a la familia real? ¿Es que se los van a cargar a todos?

—No lo sabemos todavía. Hemos investigado a los herederos del príncipe y no parecen ser sospechosos. Y, de todas formas, tendrían que asesinar al príncipe, a su hijo, a sus nietos y a las dos hermanas para que nadie heredase el trono.

—Justo los que se van a reunir en la boda, junto a otra familia y casas reales —asiento

pensando en las consecuencias.

—Exacto. Por eso estamos tan nerviosos. El jefe va falto de personal y…

—Ya, y por eso me llamó —corto en seco. Ya me parecía. Harrison evita mi mirada.

—Comprende que estás tocado, pero te veo bien. Nos vemos en la cena.

Se va y me quito con rabia la cartuchera y la camisa. Ya sé que estoy tocado. Me meto debajo de la ducha y eso me trae recuerdos de Dunia.

Mi protegida, demasiado joven para ser la mujer más bonita del planeta. Debía protegerla y no enamorarme de ella. Ella se enamoró de mí y su hermano era nuestro cómplice, ya que, por supuesto, no podía salir sola. Nos amamos como si no hubiera límites porque sabíamos que jamás podríamos estar juntos. Estaba atrapada en su jaula de oro puro. Pero de vez en cuando, hacíamos alguna locura. A ella le encantaba que nos escapásemos con el todoterreno en las dunas y su hermano pequeño, algo más temeroso, se unía, solo porque ella era como el sol, alrededor del cual todos orbitábamos. Incluso su familia, que la adoraba.

Ese día se empecinó en salir, aunque había posibilidad de tormenta de arena. Llevábamos una tienda de campaña y provisiones para pasar el día entre las dunas. Conocíamos muy bien la zona, de otras veces, pero Dunia quiso cambiar de lugar. Nos metimos por un camino distinto, donde la arena dejaba paso a enormes rocas negras. Escalamos, mientras Abdul, que estaba un poco fornido, se quedaba en el coche, escuchando música.

Me llevó a la cima, literalmente, porque, además de esas maravillosas vistas, hicimos el amor por primera vez, porque hasta entonces solo habían sido besos y caricias. Yo me sentí el hombre más feliz del mundo, amaba su piel tostada y sus ojos oscuros, llenos de vida. Besar sus labios era como tocar el cielo y no podía aguantar más.

—Fuguémonos —le dije—. Nos vamos a París, allí tengo amigos que podrán ayudarnos.

—¿Y qué quieres que haga, Gabriel? ¿Renunciar a todo lo que tengo? Te amo, pero me pides mucho.

—Yo renunciaría a todo por ti.

Ella me había mirado casi con pena, se vistió y bajó hacia el coche. Después de arreglarme lo más rápido posible, descendí de las rocas, enfadado y decepcionado. Ella se había puesto al volante, y le pedí que me dejara conducir a mí. La tormenta se acercaba y no tenía mucha experiencia. Ella se negó. Monté en el coche a regañadientes y su hermano se encogió de hombros.

Una duna que no tenía el suelo muy firme hizo que el coche diera vueltas de campana, con tal mala suerte que ella salió disparada y el coche la aplastó. Gracias al testimonio de Abdul, no me metieron en la cárcel, aunque me quedé destrozado, también físicamente. Solo pude volver a París y emborracharme durante meses, lleno de culpabilidad y roto por su pérdida.

***

Vuelvo a la realidad y salgo de la ducha. Fue algo que pasó hace tiempo. Yo debía haberme negado a que ella condujera, pero su terquedad era única. De todas formas, todo fue responsabilidad mía y no sé si podré superarlo del todo.

Me pongo el traje y una camisa limpia y salgo a buscar a mi princesa. Llamo a su puerta y me dice que pase. Ella está echada en la cama, ya vestida, y se levanta al verme.

—¿Está bien? —sigo tratándola de usted, quiero mantener la distancia.

—No mucho, pero aguantaré. Vamos abajo.

Se levanta y veo que ya no camina de forma despreocupada, ha pasado al «modo princesa» y parece una modelo de pasarela. La sigo de cerca, huelo su suave perfume y quiero que no me

afecte.

—¿Qué tal la habitación?

—Bien, perfecta, alteza.

Ella, que se había vuelto para preguntarme, frunce el ceño, y luego sigue bajando las escaleras. Nos dirigimos a un comedor más o menos pequeño, que en realidad debe de tener más de cien metros, pero es la sala familiar. Su padre ya está, apoyado en la chimenea apagada, pensativo. A su madre la han colocado en la cabecera de la mesa y está mirando al infinito. Desde luego, debió de ser bellísima de joven. Una muchacha embarazada se echa a los brazos de Ellie, es la esposa del hijo.

—¡Qué ganas tenía de verte, Elisabet! —dice dándole dos besos.

—¿Qué tal estás? ¿El pequeñín? —dice Ellie acariciando su barriga.

—Todo muy bien. Tus sobrinos están deseando verte, así que mañana por la mañana resérvate un par de horas para ellos. Están deseando jugar contigo.

Noto que Ellie se emociona. El padre carraspea y ellas se acercan a la mesa y se sientan en su sitio. A Ellie le toca a la izquierda de su padre y su cuñada se sienta enfrente. Entra la hermana pequeña como una tromba y su padre apenas cambia el gesto, pero se nota un leve tic. Se sienta al lado de mi princesa y Harrison viene a colocarse justo a mi lado, detrás de ella, a una distancia discreta.

Ellie mira a su padre y esboza una leve sonrisa, él, como toda contestación, inclina la cabeza. Está claro que bien no se llevan.

—Mi querida Suzanne, ya tienes a parte de tus hijos aquí —dice mirando conmovido a su esposa, que sonríe y asiente, aunque probablemente no sepa de qué le habla. La enfermera está sentada a su lado, preparada para auxiliarla o ayudarla a comer.

—Estamos muy contentos de verte, Ellie —dice Viv apretando su brazo. El padre la mira y vuelve a ponerse recta.

—Estamos en una seria situación —empieza el príncipe, mirando a cada una de las tres mujeres jóvenes que le rodean—, las amenazas son reales y no debemos hacer ninguna tontería —dice mirando a Ellie—, siempre con el guardaespaldas que os corresponda y obedeced lo que os diga. Incluso en el edificio. No sabemos si alguien podría infiltrarse o ya lo ha hecho.

Hay una mujer bastante fornida detrás de la embarazada, entiendo que será su agente. Y dos más al fondo de la estancia, los del príncipe regente. Detrás de la reina hay otra mujer algo más bajita, pero igual de preparada. Los había visto a todos al entrar, aunque solo conocía a Harrison.

—La boda será complicada, por lo que deberéis estar siempre a la vista y localizadas. Es el momento más peligroso.

—Padre, ¿es que me van a estropear mi boda?

—Ya te dije que la aplazaras, Vivianne, pero tu eterna cabezonería ha ganado.

—No pasará nada, ya verás —dice Ellie poniendo la mano sobre la de su hermana.

—¿Cómo lo sabes? —se encara su padre—. Has estado fuera de la familia cuatro años, sin apenas interesarte por nuestra vida, por tu madre… Ella te ha echado de menos.

Ellie aguanta las lágrimas, retuerce la servilleta y mira a su padre. Creo que contaba con recibir reproches, y está aguantando. El padre retira su mirada y hace un gesto para que sirvan la cena. Les traen algo así como una sopa fría y comen en silencio.

Solo la madre, al probar el primer plato, comienza a hablar sobre la receta que le enseñó su abuela y distiende un poco el ambiente. Todos la escuchan con cariño, hasta que ella de repente se calla y pierde la vista. El padre suspira y sigue atacando el plato.

Traen un pescado y terminan de comer con un postre muy sano, fruta pelada que pueden

escoger. Mi traidor estómago ruge ligeramente y Ellie se gira mirándome con media sonrisa.

Cuando ya han terminado de cenar, el príncipe les recuerda la importancia de comportarse con precaución y se retira. La enfermera se lleva a la madre y se quedan las tres jóvenes.

—¿Has visto los trajes de dama de honor? ¿Cuál te gusta? Creo que el azul es tu color y te quedaría muy bien el cabello recogido —dice Vivianne sin dar ocasión a contestar.

—Me parecen bien todos. Y Leonora ¿cuál va a llevar?, con esa barriga… —sonríe al mirar a su cuñada, que todavía está picoteando fruta.

—Me ha hecho uno especial. Pero el más bonito es el suyo. Lo tienes que ver.

—Pensaba que todavía no lo habías elegido… —dice Ellie ingenua.

—¿Cómo no lo voy a elegir? Ya lo tengo desde hace meses —contesta Vivianne escandalizada—. Me ayudó a elegirlo la madre de Richard.

Veo que la cuñada tuerce el gesto, parece que no contó con ella.

—Seguro que es precioso. Lady L. siempre tuvo muy buen gusto.

—¿Crees que estamos en peligro de verdad, Ellie? —dice su hermana haciendo un puchero.

—Creo que padre no se pondría tan nervioso si no lo estuviéramos, pero para eso tenemos gente que nos protege —me mira de soslayo—, así que no te preocupes. Papá lo tendrá todo controlado, ya sabes, es su forma de ser.

La joven asiente y sigue hablando de diferentes cosas de la boda. Así pasa el rato y mi estómago se resiente. Harrison está tan tranquilo, el muy capullo debía de saber que las cenas acaban así y habrá comido algo.

Nos dan cerca de las once y la embarazada se retira. Ellie se levanta también, aunque su hermana no parece cansarse de hablar.

—Venga, que estoy agotada. Mañana hablamos más.

Le da un beso en la mejilla y se retira. La sigo hasta su habitación y entro para comprobar que todo es correcto.

—No has cenado nada, ¿verdad? Pediré que te lleven algo a tu habitación.

—Ha sido un despiste. Hace tiempo que no guardo a nadie de la familia real.

—Has protegido a gente así, como ellos, como nosotros, ¿verdad?

—Sí. Si no desea nada más… me retiro. Si sale, aunque sea para ir a la cocina, avíseme, sea la hora que sea. Ya ha oído a su padre.

—Por favor, Gabriel, tutéame cuando estemos solos. Me haces sentirme muy incómoda.

—Está bien. No hagas tonterías.

La veo que se enfada, pero lo tenía que decir. Me voy a la habitación y a los cinco minutos llaman a la puerta con un carro con comida. Lo necesitaba.

Es el mismo menú que ellos y he de decir que es delicioso. Me asomo a un balconcillo que tiene la habitación una vez que he cenado y veo que dos más allá está el suyo. Ella, vestida con un ligero camisón, está de pie, mirando el jardín. De repente, se vuelve y me ve. Sonríe y se mete dentro.

Me afecta demasiado, y eso no puede ser bueno.

Capítulo 11



Sigo pensando que venir ha sido un error, por otra parte, ver a mi madre y a los demás me ha hecho sentirme bien y mal. Esta mañana he quedado a desayunar con Leonora y los dos pequeños. Lo haremos en su pequeño comedor. Ellos tienen un departamento en el mismo castillo, con todo lo necesario, cocina y habitaciones. Lo adaptaron cuando contrajeron matrimonio y mi madre se encargó de preparar algo precioso que les diera intimidad, pero a la vez pudieran estar cerca. Supongo que lo ideal para una madre es tener a sus hijos cerca, y como Leonora es tan buena persona que parece imposible, aceptó encantada. La aceptamos como una hermana más y, sí, siempre estuvo más cerca de mí que de Viv por su carácter, aun así se llevan bien.

Acudo a su departamento, seguida de mi guardaespaldas, que ya ha desayunado. Ayer no me moví de la habitación en toda la noche y dormí bastante bien, mejor de lo que esperaba. Le explico a Gabriel dónde vamos y se muestra interesado, pero distante. Me gustaba más el tipo que se sorprendía al tomar granizado de limón con churros.

Leonora abre la puerta de su apartamento y dos pequeños se asoman detrás de ella. Nathaniel se coloca a su lado y le da la mano a Cataline, que se esconde tras su madre.

—Pasa, Elisabet. Niños, ¿recordáis a vuestra tía?

—¿La que vive lejos? —dice el mayor mirándome sospechoso.

—Os he traído unos regalitos —digo sacando de detrás de mi cuerpo un par de paquetes. A estos niños, que tienen de todo, ¿qué les vas a regalar? Traje un par de cajas de música con un chotis muy famoso, típico de Madrid, *La calle de Alcalá*. Seguro que no tienen nada así.

Se van emocionados a abrir el paquete, tras el permiso de su madre, y ella y yo nos sentamos en una mesa donde ya hay un servicio de té y pastas. Veo que Gabriel saluda a la guardaespaldas de Leonora y hay otras dos mujeres, que entiendo que protegerán a los dos niños. Me da escalofríos pensar que les pudiera pasar algo.

—Venga, siéntate y cuéntame. ¿Qué tal por Madrid? —dice mi cuñada.

Los niños ya han visto cómo usar la caja de música y dos confusos chotis suenan en la habitación. En el fondo, me da nostalgia.

—Muy bien, ya sabes, en la ONG, contenta de poder ayudar.

—Sí, tu hermano me dijo que estabas trabajando de voluntaria allí. Sabes que aquí también podrías…

—Leo, no empieces tú también, por favor. Eres la única que pensaba que no me echaría nada en cara.

—Tienes razón, disculpa. Es que te he echado mucho de menos y yo…

Unas lágrimas asoman a sus ojos, me levanto como un rayo y la abrazo. Los agentes están

lejos, no tanto como para no enterarse de todos nuestros dramas personales. ¡Viva la intimidad!

—Yo también os he extrañado, pero ya sabes que me ahogaba. Esta vida no es para mí, supongo.

—Tía Elisabet, cuéntame sobre esa ciudad, ¿qué pastel te gusta más?

Sonrío y les hablo de los churros y de los granizados de limón y al mirar de soslayo a Gabriel, he intuido una leve sonrisa. Les cuento cosas de la capital: del Parque del Retiro, de los patos, aunque es cierto que nosotros tenemos un maravilloso parque también; del metro, que eso no tenemos, y de los parques de atracciones. Nos pasamos el rato mientras tomamos café y bollos y la pequeña acaba sentada en mi regazo, jugando con mi cabello.

Estoy pasando una buena mañana, hasta que llega el huracán Viv y entra en el apartamento sin la cortesía de llamar. Harrison la sigue y saluda a los demás.

—Te necesito, Ellie, es súper urgente, una auténtica catástrofe. Se sienta en una de las sillas dejándonos atónitas, pero coge un bollo y empieza a comer. Entendemos que no es tan grave.

—¿Qué ocurre, novia histérica? —le digo bromeando.

—Es algo importante, no te rías. Resulta que mi vestido lleva unos apliques de piedras de Swarovski en el escote, y hoy, al probármelo, faltaba una. La modista me ha dicho que va a buscar una, pero que igual habría que cambiarlas todas. Tenemos que ir a la joyería de la calle Mónaco para ver las que quiero cambiar. ¡Es un desastre!

—No pasa nada, vamos y listo —digo levantándome y devolviendo la niña a su madre. Prefiero acompañarla, porque cuando se pone nerviosa, no acierta. No sé cómo ha hecho estos años.

—Además, he llamado a la madre de Richard y me ha dicho que le era imposible venir. Vamos, Ellie.

Sale del apartamento y Leonora se encoge de hombros. Me estoy acostumbrando a ser segundo plato en la vida de mi hermana, pero claro, yo me fui. Ella tuvo que arreglárselas sin su hermana mayor.

La sigo y Gabriel va tras de mí. Voy a cambiarme y me pongo unos vaqueros y una camisa blanca. Ella lleva un precioso vestido de cóctel, como si fuera a una fiesta de tarde. Entramos en el coche oficial y su conversación gira en torno a las piedras hasta ponerme la cabeza como un bombo.

Por fin llegamos a la calle más comercial y el chófer aparca. El coche siempre es conocido por los Paulinos y suelen saludarnos con amabilidad. Caminamos varias calles y hay quien nos quiere hacer alguna foto, sonreímos educadas. Otros felicitan a mi hermana. Van a organizar una pequeña fiesta popular por la boda, con algunas actuaciones importantes, todo gratis para los habitantes de Saint-Paulin. Tres días de fiesta en pleno agosto, cuando más turistas hay, supongo que volverá loco al cuerpo de policía, todo por su princesa favorita.

Llegamos por fin a la joyería y después de una hora, consigo que Viv elija unas piedras de entre todas que a mí me parecen muy similares. Ya contenta, me dice de ir a tomar algo en una cafetería. Miro a Gabriel y no pone muy buena cara, pero Harrison asiente.

Vamos a una de las cafeterías del centro más chic y preciosas. La dueña era una antigua compañera de colegio y me da un abrazo nada más verme. Viv se sienta en una de las sillas y un camarero acude enseguida, mientras hablo con mi compañera.

Nos sirve un Martini fresquito y me acerco a Gabriel y a Harrison.

—¿Queréis algo fresco? ¿Agua?

—Gracias —dice Harrison—, estamos bien.

Igualmente pido dos aguas en botellín y se las doy a ambos sin que puedan protestar.

Gabriel agradece con un gesto y Harrison también.

Se quedan en un lado, en la sombra, mientras nosotras dos charlamos animadamente. O más bien, Viv charla, me gusta su entusiasmo. Me veo tan distinta. Si hubiera seguido con Richard, tal vez sería yo la que estaría aquí, pensando en piedras brillantes.

—¿Te aburro? —dice seria.

—No, perdona. Es que ver todo esto de nuevo es… apabullante. Estoy en *shock*.

—Claro, es normal —contesta tomando mi mano—, y, por cierto, deberías comprarte un vestido nuevo, porque este sábado hay una pequeña fiesta de amigos, solo estaremos Richard, nuestro hermano y esposa y como unos veinte o veinticinco amigos más, los más íntimos.

Intento no moverme mucho. ¿Veinticinco? ¿los más íntimos?

—Estará también Joseph Van Hersten, ¿no saliste con él?

—¿Me estás preparando una encerrona? —digo y sale mi vena macarra.

—No, pero no tienes acompañante para mi boda, tal vez podrías decirle, al fin, creo que saliste un tiempo con él, ¿no? —insiste.

Suspiro. Salí un mes con él, otro con Richard, otro con alguno de sus amigos. Cuando tenía diecinueve años, no tenía mucho criterio con los hombres y demasiado tiempo libre, a pesar de ir a la universidad.

—Está bien, me lo pensaré.

Viv palmotea como una niña y cuando vamos a marcharnos, empieza el desastre.

Capítulo 12



Creo que voy conociendo las expresiones de mi princesa y sé que ha pasado de adoración por sus sobrinos a incomodidad por tener que ir con su hermana de compras. A ratos parece alegre, otros, se queda pensativa. Debo no distraerme y mirar alrededor.

No me hace ninguna ilusión que vayamos a tomar algo a una cafetería céntrica, con tanta gente moviéndose alrededor. Harrison, que al parecer lleva tiempo protegiendo a la novia, ha accedido, así que poco tengo que decir. Me pongo en modo sabueso, mirando a todas partes como si un terrorista fuera a salir de cualquier rincón.

Ellie nos trae agua y lo agradezco, porque hace mucho calor y el traje y la corbata me pesan. Creo que estoy bañado en sudor y deseo con toda mi alma darme una ducha.

Las chicas hablan tranquilamente, Harrison decide mirar por su izquierda, yo cubro la derecha y, de repente, veo algo que no me cuadra. Un tipo con capucha, con el calor que hace, parece mirarlas fijamente. No es muy alto, pero sí parece fornido. Se acerca despacio y aviso a Harrison. Él también ha estado mirando a otro tipo con capucha por su lado. No pensamos en más y decidimos actuar.

Cojo a Ellie de la cintura y ella se sorprende, pero se deja hacer. Harrison toma a Viv y las ponemos detrás de nuestro cuerpo. Mi compañero llama al chófer para que venga cagando leches y los dos encapuchados sacan arma blanca. Mejor que pistolas. Se acercan hacia nosotros y la limusina se escucha, chirriando ruedas. Uno de ellos se acerca con un enorme cuchillo de caza hacia mí y saco la pistola. No me voy a andar con chiquitas. El tipo da un paso atrás, indeciso. El otro está enfrentándose a Harrison, que baja las escaleras del centro comercial con una Vivianne aterrorizada. La limusina llega y la mete de un empujón. El tipo de la capucha saca una pistola y dispara a mi compañero, que entra como puede en la limusina. Le doy una patada en el estómago al tipo del cuchillo y cuando vamos hacia el coche, este arranca sin nosotros.

Me giro hacia Ellie, que tiene el rostro asustado pero decidido, y la cojo de la mano. Nos vamos corriendo hacia la otra calle, intentaremos llegar a la comisaría de policía.

Otro encapuchado se acerca y nos metemos por un callejón.

—Sígueme, conozco esta zona —dice ella, y nos metemos por varios sitios hasta llegar a una pensión, en la que entra.

Miro hacia atrás y parece que los hemos perdido. Ella ya ha conseguido una habitación y subimos a ella. No me gusta encerrarme en una ratonera, aunque quizá es lo mejor, y esperar que nos vengan a buscar.

Cierra la puerta temblando y me mira, asustada.

—¿Estás bien? —le pregunto, y asiente con la cabeza.

Miro por la ventana que da a un callejón. Desde allí se ve la plaza Monet, cerca de donde

nos han atacado. Llamo a Harrison y no me contesta. No sé hasta qué punto estará herido.

Llamo a mi jefe y le cuento la situación. Me dice que nos quedemos allí hasta que nos vayan a buscar.

Me quito la americana cuando veo que he manchado el suelo de sangre. Ellie se asusta y me hace quitarme la camisa. El tipo me ha rajado al darle la patada, pero ni me di cuenta, con la adrenalina.

—No tengo nada para curarte, he de ir a comprar algo o pedirlo en la recepción.

—¿Estás loca? Acabamos de salir de la calle porque nos han atacado y ¿quieres volver a salir?

—Pero tu herida…

—Joder, Ellie, quédate quieta y dame una toalla, con eso vale.

Se va corriendo al baño y trae una toalla pequeñita de cortesía y me la pongo en el brazo. No es nada y enseguida se corta la hemorragia.

Ella me mira con atención. No sé si es porque no llevo camisa o porque estoy herido.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar, tranquila. Nos vendrán a buscar.

Me siento en la cama y Ellie me obliga a recostarme en el cabecero. Ella se sienta a mi lado y, poco a poco, se apoya en mi lado bueno y, sin querer evitarlo, paso el brazo por sus hombros. Se acomoda en el pecho y suspira.

—Gracias por salvarme.

Suspiro y no digo nada. Acaricio su espalda para tranquilizarla, o eso me digo. Me gusta sentirla, demasiado.

Ella se incorpora al rato y me mira a los ojos, luego mira mis labios y se muerde el suyo. Estoy sufriendo por besarla, pero no debo.

A ella le da igual. Se acerca y me besa y, entonces, mi pasión reprimida se desata. Me echo ligeramente sobre ella y la beso profundamente, con ansia. Saco la camisa de su pantalón y meto la mano acariciando su cintura, suave, mientras ella se estremece en mi boca, suspira, mientras nuestras lenguas se buscan y se encuentran.

«¿Qué estoy haciendo?», logro pensar, intento retirarme, pero ella pasa su pierna por mi cintura y se aprieta a mi pelvis, que ya ruge de deseo por ella.

Me quita el pantalón y se quita el suyo, no sé cómo ha sido tan rápida. No puedo decir nada. Solo la deseo, desde el primer día que la vi y me dio de comer. Beso sus pechos, succiono sus pezones y ella se arquea, desnuda, bajo mi cuerpo.

—Hazlo, Gabriel, hazlo —me indica, y, desesperado, la embisto, deslizándome por su humedad hasta su centro. Ella me recibe con ganas y empieza a moverse. Me giro para no aplastarla y acaba encima de mí, con la camisa abierta y sus pechos a la vista, moviéndose sobre mi cuerpo, arqueándose y gimiendo como yo. La tomo de la cadera y me deleito en su piel suave. Ella sigue balanceándose salvajemente y me avisa de que se va a ir.

No pienso en nada y la acompaño en el orgasmo, sin pensar en consecuencias. Ella se deja caer sobre mi pecho, todavía conmigo dentro. Me da un suave beso en los labios y me mira, sonriendo. Sale de mí y se va al baño, a lavarse. Yo me levanto y me visto rápidamente. Estoy horrorizado de haberme dejado llevar. Cuando sale, vuelvo a ser su agente.

—Qué rápido te has vestido, Gabriel —dice sonriendo y cogiendo su ropa.

—Esto ha sido un error, princesa. No debería, no deberíamos…, no puede ser.

—Vaya, pues para ser un error, creo que lo has disfrutado.

—Pues claro que sí, pero no debe de volver a ocurrir. Mi deber es protegerla, no follármela.

Ella se enfurruña, coge su ropa y se va. Es mejor así. La quiero distante y enfadada, porque, joder, me estoy quedando colgado de ella y no es para mí. Creo que recordaré este polvo como uno de los mejores de mi vida, eso sí, será el único y el último con ella.

Me suena el teléfono y mi jefe me dice que en quince minutos acuda a una de las calles laterales de la plaza, que un coche camuflado nos recogerá.

Ellie sale y se lo digo. Se pone de nuevo la peluca, que en el combate que hemos tenido se la había quitado, y se arregla lo mejor posible.

—Lo siento, princesa.

—No, tranquilo, si ha quedado claro lo que piensas. No volverá a ocurrir este error. Para mí también lo ha sido.

Me pongo serio y miro por la ventana. A los quince minutos, bajamos y reconozco a la mujer que protege al regente. Nos montamos en el coche y salimos deprisa de allí. No parece haber nada sospechoso y llegamos bien al castillo.

Ellie se baja y sube corriendo a su habitación. Esta vez no la sigo, sino que me voy a la enfermería, donde está Harrison. Al final ha sido más aparatoso que grave y se encuentra bien. La bala solo le ha rozado el costado. Me curan mi herida en el brazo y nos miramos preocupados. Esto se está poniendo demasiado serio.

Mi jefe me llama y le damos todo tipo de información, excepto, claro, que he vuelto a saltarme las normas. Desde ahora estarán prohibidas las salidas de todo tipo. Al menos, en el castillo lo tenemos más controlado. No creo que le guste a ninguna, pero lo aceptarán. El susto ha sido grande.

Han podido detener a uno de los encapuchados y lo están interrogando. Espero que nos cuenten qué ha pasado y quienes son. Mientras tanto, subo a ver a mi princesa. Llamo y le digo que soy yo. Solo me dice que me vaya, que está bien y que se va a quedar ahí todo el día.

Me retiro a mi habitación, me ducho rápido y voy hacia la habitación, a quedarme ahí delante el tiempo que sea, cuando el asistente del príncipe me llama. No sé qué querrá, pero su rostro está pálido y muy serio.

Capítulo 13



Supongo que ha sido culpa mía. Hace mucho que lo deseo, y al final, no sé si la adrenalina o qué, me hizo atacarlo. Creo que ha sido uno de los mejores polvos de mi vida. Y luego lo ha fastidiado.

—Joder —digo en español. Empiezo a maldecir de todas las formas y maneras que me enseñó uno de los hombres que viene al comedor social.

Llaman a mi puerta y es él, pero no quiero verle. Le digo que se vaya, que me quedo aquí todo el día. Me cambio y me pongo el pijama. No quiero ver a nadie. Al rato, aparece Viv, que, como siempre, no llama a la puerta. Se echa en mis brazos, llorando. Las dos nos abrazamos y nos echamos en la cama, asustadas todavía por lo que ha pasado.

—¿Por qué pasa esto? Si nosotras no hemos hecho nada a nadie.

Me encojo de hombros. Nunca entendí los movimientos políticos y compadezco a mi hermano que los tiene que sufrir. Acaricio su espalda y la consuelo porque me necesita, pero a mí también me haría falta hablar con alguien sobre el tema, sin embargo, ella no es la indicada. Tampoco Leonora. Y menos mis compañeras de piso. Una lágrima silenciosa se desliza por mi rostro y llego a la conclusión de que no se puede vivir una vida cimentada en mentiras. Tal vez, como me han dicho, es momento de asumir mis responsabilidades y ayudar a mi familia.

—¿Qué ha pasado al final con las piedras del vestido?

—No son piedras, bruta —dice Viv, incorporándose más animada—, al final consiguió las necesarias para arreglar el vestido. Es que son muy exclusivas, ¿sabes? Las flores son blancas y rosa pálido, como le gustan a mamá. ¿Crees que se enterará de algo?

—Es posible, la he visto lúcida a veces.

—Papá no lo dice, pero creo que se intentó suicidar cuando lo de Alain, ¿sabes? Puede que eso le afectara al cerebro, no lo sé.

—A todos nos afectó, ella quizá debería haber pensado en el resto de sus hijos —respondo algo molesta. Aunque mi hermano pequeño fuera su favorito, porque era dulce y amable, tenía tres hijos más.

—Has cambiado, Ellie. Antes eras, no sé… más dulce. Vivir en Madrid te ha afectado demasiado.

—Puede ser. He visto muchas cosas mientras estaba allí. Mucha gente buena que pasa hambre porque, de repente, la vida se les ha torcido y se ven prácticamente en la calle, con hijos o personas mayores a su cargo. Y lo peor, Viv, ancianos que se ven desahuciados de su casa porque no pueden pagar la luz. O te haces fuerte o te derrumbas.

—Sí, es muy triste —dice con los ojos cargados de lágrimas—. ¿Crees que podríamos ayudar económicamente?

—Yo he estado haciéndolo con mi renta. No sé, quizá. El mundo es enorme y en todas partes hay personas pasándolo mal, incluso aquí. Quizá lo mejor es centrarse en lugares concretos y ayudar a un grupo de personas. Supongo que no podemos abarcar todo.

—Cierto, no puedes salvar el mundo, Ellie, pero puedes ayudar a un número de personas y también a la familia. Te necesitamos. Te necesito, hermana.

—Lo sé y quiero pedirte perdón por marcharme —digo abrazándola—, tal vez encuentre la forma de no estar desaparecida de tu vida, de la vida de todos. Os he echado mucho de menos, solo que no quería reconocerlo.

—Lo bueno es que estás aquí. —Ella me abraza con cariño y, de repente, me mira el cuello —. Ellie, ahí llevas una marca y no es del roce de la ropa. ¿Quién ha sido?

Me mira y me sonrojo. Me levanto y camino hacia el espejo y me miro. Joder, sí que llevo una marca de sus labios, o del roce de su barba.

—Es muy reciente —insiste Viv—, y no sé cuándo podrías haberla conseguido porque creo que esta mañana no la llevabas… ¡Oh! ¡Oh!

Abre los ojos como platos y me mira fijamente. Es demasiado lista.

—Antes de que digas nada, te pido por favor que seas discreta.

—Oh, te has tirado a tu guardaespaldas. No me extraña, porque está buenísimo. Parece un modelo, aunque a veces tiene mala cara, como ojeras.

—Pues sí que te has fijado —digo molesta.

—Es que tengo ojos en la cara, Harrison está muy bien y fuerte, pero lo de Gabriel es pecado mortal. Y ¿qué tal?, cuéntame.

Me sonrojo de nuevo y me siento en la cama, luego me echo, sonriendo nerviosa.

—Oh, ¿tan bueno ha sido?, ¡joder! —dice mi hermana, tapándose la boca, pues ella no suele decir tacos.

—Según él, ha sido un error y no volverá a suceder.

—A ver, no serás la primera que se lía con un guardaespaldas, hay casos por todo el mundo y, de todas formas, nadie espera que te cases con un noble, al menos papá ha perdido toda esperanza. Eres la princesa rebelde, como Estefanía. ¡Es tan romántico!

—No digas tonterías, solo fue un polvo por nervios, o por adrenalina, nada más. No vayas a meter la pata.

—No, tranquila —dice sonriendo y la temo mucho. Por eso no quería decirle nada…Sin embargo, me siento mejor por haberme desahogado. Ya no me parece tan malo. Y hay que reconocer que fue corto pero intenso.

—En la fiesta del sábado tendrás ocasión de ver a alguno de los solteros más interesantes, solo por si acaso, y te recuerdo que necesitas un acompañante.

—Pensaba que se iba a suspender, después de lo de hoy.

—Papá me ha dicho que no, que seguimos adelante, para demostrar que no tenemos miedo. Y a mí me parece bien. Richard está de viaje de negocios, y ha insistido en volver antes, aunque le he dicho que estoy bien.

—Oye, Viv, sobre Richard… yo…

—Ya sé que saliste un tiempo con él, y no me importa. Al final, él ha escogido.

—Sí, claro. Me alegro de que no te importe.

—Si te soy sincera, os pillé alguna vez y estaba muy enamorada de él, aunque yo tuviera dieciséis. Siempre me gustó. Es perfecto.

—Claro, Viv. Estáis hechos el uno para el otro.

La abrazo con cariño y ella me lo devuelve. Sé que cuando a mi hermana se le mete algo en

la cabeza, lo consigue sin dudas. Parece tan dulce, pero está hecha de hierro.

—Bueno, me voy a ver qué tal va la organización de la fiesta del sábado. Podrías venir a ayudarme.

—Está bien. No pensaba salir de la habitación…, así me distraigo.

—Almorcemos algo rápido y nos ponemos en ello. Pensaba hacer una fiesta temática, algo como todos de blanco o todos de rosa, aunque, al final, voy a hacer una fiesta inspirada en los años noventa, con música de ese tiempo. Va a venir un DJ y bailaremos mucho, así que podrás ponerte cómoda.

—Ya tienes todo preparado…

—Faltan detalles, por eso, tenemos que supervisarlo esta tarde. ¡Vamos a ver a mamá y almorzamos!

Me visto con un vestido sencillo y la acompaño. Después de pasar a ver a mi madre, que hoy no está muy lúcida, almorzamos algo rápido. Veo pasar a mi padre y sé que todavía tenemos una conversación pendiente, pero no es el momento.

Gabriel ha venido detrás de mí, no sé cómo se ha enterado de que he salido de la habitación. Tal vez estaba vigilando, no sé. Su rostro es impenetrable, sin expresión. Harrison y él nos siguen hasta la carpa donde están poniendo las flores y los adornos. Falta un día y medio y todo tiene que estar perfecto. Viv se va a hablar con la encargada del evento y yo me quedo revisando la carta. Él se pone detrás de mí. Siento su aroma enseguida. Es algo que se ha metido muy adentro de mí.

—¿Está bien, princesa?

—Sí, casi bien —digo encogiéndome de hombros.

—Yo…

—Déjalo, Gabriel, no hablemos más del asunto.

Me giro y me voy porque siento que me he colgado y no quiero ver su rostro, no, porque mi corazón salta como loco al sentirlo cerca. Menudo problema tengo. Tal vez pueda cambiar mi agente por el de Leonora. Quizá una mujer me convenga más en este momento.

Capítulo 14



En cuanto mi móvil me avisa de que ella se mueve, salgo disparado. La veo bajar con su hermana hacia una salita, donde toman unos sándwiches y salen hacia la carpa. Harrison está mejor y lleva el costado vendado, pero no ha querido coger la baja. Es un tipo duro y en breve estará bien. Mi brazo cura sin problema.

Las seguimos y mientras la novia se acerca a otra mujer, seguida de mi compañero, yo me acerco a ella. Necesito saber que está bien.

No me mira apenas a la cara. La he cagado bien. Lo primero, por acostarme con ella, aunque la deseaba con tanto ímpetu que no pude evitarlo. Supongo que lo peor es haberle dicho que era un error. Y, sin embargo, era lo que tenía que hacer. Aunque eso me duela en el alma. Jamás podría considerar que estar un segundo a su lado pudiera ser un error, cuando es lo único que deseo en este momento.

Se aleja de mí y me pongo en modo agente. No debo distraerme de ninguna forma. Mi jefe nos ha felicitado por haber parado la amenaza y estamos esperando que acaben el interrogatorio del encapuchado para que nos digan algo.

Los empleados corretean de un lado a otro con control, mientras Ellie va de una mesa a otra, interesándose por las tareas y hablando con unos y otros. Cada vez está más relajada y eso está bien. Ha sido un susto muy grande y no todos los protegidos llevan bien que alguien intente matarlos.

Harrison parece dolorido y me acerco a él. Se ha situado en un lugar donde no pierde de vista a la novia y en dos zancadas estaría cerca.

—¿Te encuentras bien? Quizá deberías descansar —le digo, y él niega con la cabeza.

—Es una herida superficial, nos las hemos visto peores, ¿recuerdas?

Claro que recuerdo. Juntos servimos en la legión extranjera en Gabón y tuvimos momentos muy peligrosos. Ambos nos salvamos la vida en alguna ocasión y desde entonces fuimos inseparables, a pesar de la distancia. Una vez que nos licenciamos, nos dedicamos a la seguridad privada con nuestro teniente, que ahora es nuestro jefe. Harrison me apoyó cuando pasó lo de Dunia y también cuando me hundí en el alcohol. Siempre estuvo allí y lo siento como un hermano.

—De todas hemos salido, supongo —digo. No nos miramos, solo estamos vigilando a nuestras princesas. Ellas, de vez en cuando, se vuelven y creo que se sienten aliviadas por tenernos allí.

—El sábado será complicado, pero los invitados están todos comprobados, también los camareros y el resto del personal. El jefe se ha encargado personalmente de revisar a cada persona.

—Aun así. Que ataquen a dos chicas indefensas me da mala espina.

—¿Sí? —dice Harrison contestando al teléfono. Habla durante un momento y contesta con monosílabos. Al colgar, me mira de soslayo.

—¿Novedades? —digo preocupado.

—Era el jefe. La policía le ha dicho que es un joven de ascendencia chechena. No ha dicho mucho, pero han conseguido acceder a su móvil. Parece ser que hay una caza de la familia real en la *Deep Web*. Hay premios por cada uno de ellos, incluso por los niños.

Me pongo pálido y me enseña lo que ha enviado el jefe, que también me llega a mí. Por mi princesa pagan un millón; por la novia, dos; por el hermano, diez; por la esposa embarazada, ocho; los niños, uno cada uno, y por el regente pagan veinte. La madre no aparece, supongo que no les interesa una persona a la que se le ha ido la cabeza.

—Esto es muy grave, con la de pirados que hay en el mundo. ¿Lo sabe el regente?

—Dice el jefe que ha tenido una reunión con él hoy. Gabriel, esto se nos puede ir de las manos. Deberían cancelar todo.

—¿Y meterse en un agujero? —digo—. No. Iremos por esa gente. Tenemos informáticos muy buenos.

—Y están en ello, desde luego, pero llevará un tiempo quitar eso de la web profunda. Y volverá a aparecer.

—¡Joder! —digo con rabia, algo más alto de lo debido, y algunas personas se vuelven. Ellie parece que lo sepa y me mira desde lejos con curiosidad. Pongo mi rostro impenetrable de nuevo aunque por dentro estoy activado.

—Van a traer refuerzos, pondrán otras dos personas al regente y al heredero, quizá a la novia.

—¿Y a Elisabet?

—Sinceramente, Gabriel, ella es por la que menos ofrecen. Podrás tú solo, ¿verdad?

—Por supuesto —digo. Me da rabia que no la consideren importante.

—El heredero vuelve hoy de París, aterriza esta tarde. Espero que todo vaya bien.

—Y yo, desde luego.

Llevamos un rato y Viv se acerca a su hermana, hablan unos instantes y luego salen a caminar por el jardín. Harrison y yo las seguimos, dejándoles un poco de espacio. Van hablando, serias. Cuando se han alejado lo suficiente de la carpa, se sientan en un banco y nos miran. La novia hace un gesto para que nos acerquemos.

—¿Qué es esto? —dice enseñándonos su móvil.

Ellie, que no lo había visto, se pone pálida.

—¿Quién le ha enviado eso, señorita Vivianne? —pregunta Harrison preocupado.

—¿Es cierto o no? —pregunta Ellie mirándome a los ojos.

Yo empalidezco. Alguien ha tenido la brillante idea de colgar en Internet una imagen con las cotizaciones de sus vidas, las recompensas por asesinarlos, y si graban la muerte, la recompensa se dobla.

—Verá, princesa —empieza Harrison—, no sabemos si es una amenaza falsa, pero debemos ser cuidadosos, porque…

—Porque si la gente se lo cree, haya o no recompensa, vendrán a por nosotros —termina Ellie. Viv se echa a llorar y su hermana la consuela. Ojalá pudiera yo abrazarla, sacarla de Saint-Paulin y llevármela lejos del peligro. Pero me mantengo ahí, de pie.

—Las protegeremos con nuestra vida —digo con el corazón—, y tenemos agentes especializados buscando a los autores de esta atrocidad. No se deben preocupar. La boda debería

cancelarse, pero si no se hace, estaremos allí.

—Y después, ¿qué? —dice Ellie mirándome—, ¿seguiremos toda la vida temiendo que algún chalado quiera cobrar una recompensa? ¿Así para siempre?

—No tenemos una respuesta para eso —interviene Harrison, lo que agradezco—, pero como dice mi compañero, estaremos atentos, como lo estuvimos antes. Pueden estar tranquilas.

Creo que se ha pasado. ¿Cómo van a estar tranquilas si a saber quién quiere asesinarlas? Cualquier descerebrado que quiera ganarse dinero o quizá reputación.

Ellie bufa y se levanta. Coge de la mano a su hermana y caminan hacia el interior, a través de los preciosos jardines. Las seguimos, sin perder de vista a la gente. Una vez que está en Internet normal, las televisiones se harán eco. Es una noticia muy jugosa y todo el mundo, literalmente, se va a enterar. Desde luego, no me extraña que mi princesa quisiera huir y después de esto, no sé qué va a poder hacer. Al menos, si vuelve a Madrid, no la van a reconocer.

El secretario del regente se acerca a ellas y les indica que vayan, también a nosotros.

Entramos en el despacho del príncipe, que está hablando por teléfono. Ahora tiene a tres hombres y una mujer a su cuidado. Dos están en la habitación, uno en la puerta por donde hemos entrado y el otro se pasea por el exterior, ya que el despacho está en la primera planta. El príncipe cuelga y indica a sus hijas que se sienten. Su rostro está entre preocupado y descompuesto.

—Hijas, supongo que os habéis enterado. Ya es una noticia de esas que llaman virales. Todo el mundo sabe que tenemos precio a nuestra cabeza y con la de locos que hay en el mundo… A saber.

—¿Jean Jacques ha llegado bien? —pregunta Ellie por su hermano.

—Sí, acaba de aterrizar y viene hacia aquí. Lo mejor es que estemos todos aquí, creo que estaremos más seguros. El ejército francés nos ayuda también con el espacio aéreo. Viv, tal vez deberíamos anular…, aunque eso daría la sensación de que tenemos miedo. ¿Tú que quieres, hija?

—No lo sé, padre. Yo creo que deberíamos seguir, demostrar de qué pasta están hechos los SaintBon.

—Está bien, hija. Tú solo preocúpate de estar preciosa y de disfrutar de tu día. Le hemos puesto también escolta a Richard porque, aunque no está en la lista, no queremos que le pase nada.

—Gracias —dice Viv.

—Quiero hablar un momento con Elisabet —dice el regente, y la novia se levanta, se va seguida de Harrison. Yo miro al regente y él asiente con la cabeza—. ¿Qué has pensado hacer, hija? Quiero decir, después de la boda.

—No lo sé, padre. Esto ha cambiado muchas cosas.

—Creo que deberías quedarte y asumir tu responsabilidad. Tu hermana te necesita y tu madre… todos queremos que vivas aquí.

—¿Y lo que yo quiero?

—Puedes dedicarte al voluntariado aquí. También hay personas a las que puedes ayudar, no seas cabezota.

Veo como mi princesa aprieta los puños que reposan en su muslo.

—Lo pensaré.

—Me parece que no hay mucho que pensar, al menos hasta que la amenaza acabe.

—En Madrid nadie me conocía.

—¡Basta! ¿Crees que por cortarte el pelo o ponerte lentillas no te van a localizar? No seas

ilusa.

Ellie se levanta y se marcha corriendo. Llora y la sigo. Se encierra en su habitación y entro sin llamar. Me da lo mismo. Ella necesita un abrazo y se lo voy a dar.

Se ha sentado en la cama con las manos en la cara, llorando. Me siento al lado y paso mi brazo por sus hombros. Ella se recuesta en mi pecho y la abrazo más fuerte. Llora amargamente durante un rato y yo solo puedo acariciar su brazo, con suavidad.

Al cabo de un rato, se incorpora y mira mi chaqueta, mojada.

—Lo siento, Gabriel.

—No hay nada que sentir, Ellie.

—Me siento tan atrapada…

—Ya lo veo. Quizá…

Me quedo callado. No quiero decir que su padre ha sido muy duro, pero entiendo que esté preocupado porque es muy grave.

—¿Entiendes por qué me fui?

Asiento y ella se levanta. Va a la pequeña nevera y coge una botella de agua fresca. Me ofrece otra y la acepto.

—¿Qué voy a hacer ahora, Gabriel?

—Creo que debemos esperar a que cojan a la gente que ha organizado todo esto. Y después, cuando todo haya acabado, podrás seguir con tu vida.

—Quizá mi padre tiene razón. No debería irme, asumir mis responsabilidades.

—Deberías hacer lo que te hace feliz, Ellie.

Me mira sonriendo suavecito, se acerca, y sin que lo espere, me da un beso. Me derrito, no puedo evitar atrapar su boca y darle el beso que tanto he deseado cada minuto, pero vuelvo a separarme con brusquedad y salgo de la habitación, alterado. Demasiado.

Capítulo 15



Otra vez ha huido, dejándome con las piernas temblando y el corazón desbocado. No sé si él me desea o qué ocurre.

Mi teléfono español me saca de mis pensamientos sobre Gabriel y abro la mensajería.

Sé quién eres y dónde estás. He viajado allí y quiero hablar contigo sin tu gorila. Quiero que lleguemos a un acuerdo.

¿Pedro?

Sí, princesa. Soy Pedro y quiero que quedemos esta tarde. Hay un bar en la calle Blanche, se llama La Princesse, supongo que lo conocerás. A las siete. Ven sola.

No puedo, Pedro. Está muy difícil.

Ya he escuchado sobre tus problemas, no quieras tener también en Madrid.

Pero ¿qué quieres?

Solo hablar contigo y te lo diré.

Está bien, ahí estaré.

Adiós, princesita del pueblo.

No contesto. ¿Qué quiere este tipo ahora? Y ¿cómo le doy esquinazo a Gabriel? No creo que Pedro quiera hacer nada malo, seguro que con algo de dinero se queda tan contento. Que haya viajado hasta aquí no me da buena espina, y si viene Gabriel le dará una paliza. Doy vueltas por la habitación, pensativa, hasta que me decido. Saldré en modo Ellie y no princesa, pero será complicado.

Tengo jaqueca y me quedaré en mi habitación toda la tarde.

Está bien, princesa. Lo siento.

Da igual. Siempre es así, primero te pasas, luego te disculpas. Ya me estoy acostumbrando.

No me contesta. He sido un poco dura, pero estoy harta de que me considere un error para él.

Me pongo un pantalón ancho y una camiseta, deportivas y me cojo una gorra y la mochila con el móvil y algo de dinero por si tengo que pagarle. Como no me fío de salir por la puerta, saldré por el balcón. Me asomo y no veo mucha gente. La mayoría están montando la carpa para mañana, así que podré deslizarme por el lateral. No será la primera vez, ni la quinta. En realidad, me he escapado muchas veces del castillo. Hay una puerta en el jardín que se utiliza poco. Yo conseguí la llave hace muchos años, y sigue guardada en mi cajón, en aquellos tiempos en los que me largaba de fiesta, aunque estuviera castigada. Creo que me comporté bastante regular, y

lo arreglaré todo yo sola. Soy capaz de tratar con Pedro como lo he hecho hasta ahora. Nadie se va a enterar.

Me deslizo por el jardín, me quito la peluca y la meto en la mochila. Camino con normalidad, sin parecer sospechosa, o eso espero. También me he puesto las lentillas que han escondido mis ojos azules. Llego a la puerta sin problemas. Me considero muy hábil porque, con tanta seguridad, he conseguido burlarlos a todos.

Salgo a la calle, me pongo la gorra y camino hacia la plaza. El castillo está en una colina muy céntrica, así que solo tengo quince minutos hasta la cafetería donde hemos quedado. Voy a llegar un poco justa, así que aprieto el paso. Hay bastante gente por la calle, pero nadie me reconoce. Me asocian con el cabello largo y la ropa elegante y tengo pintas de una chica de lo más normal.

Entro en el bar, que está decorado como si fuera la habitación de una supuesta princesa, más bien parece la casita de Barbie, pero no digo nada. Ahí está Pedro. Me hace señas como si viera a una vieja amiga querida. Me acerco y me siento enfrente de él.

—Has venido desde muy lejos.

—Hola, Ellie, qué sorpresa me has dado tan agradable.

—¿Qué quieres, Pedro? —digo impaciente. La camarera se acerca y niego con la cabeza. No quiero tomar nada.

—¿No quieres saber cómo te descubrí? —sonríe como un gato que ha cazado un ratón—, te lo contaré igual. Fue por tu gorila. Cuando llegaste al principado, enseguida lo reconocí. Estaba muy unido a ti, así que podía ser casualidad, pero al buscar fotografías tuyas de cerca, lo vi claro, alteza.

—No me llames así, Pedro, o me voy. ¿Qué quieres?

—Ah, pues por querer, se me ocurren muchas cosas. Por una parte, ya sabes que siempre me has gustado, supongo que tengo gustos caros —ríe de su propio chiste y veo lo desagradable que es—, y ya que sé que no te vas a acostar conmigo, eso lo imagino, así que solo nos queda la otra opción, que es el dinero.

—Claro, cómo no. Una rata como tú solo podría querer eso.

Me coge la muñeca con fuerza y sus ojos no son los de alguien que no quiere líos.

—No te atrevas a insultarme. Si quieres volver algún día a Madrid y que no se sepa quién eres, tendrás que pagarme. Aquí tienes una cuenta en un lugar especial, solo tienes que hacer una transferencia de dos millones de euros y desapareceré de tu vida.

—¿Dos millones? ¿Estás loco? ¿Tú crees que tengo tanto dinero?

—Consíguelo. Seguro que tienes alguna joya para vender, o puedes pedírselo a tu linda hermana. Piensa en lo que diría Carina o tus compañeras de piso si supieran que les has estado mintiendo. Y los *paparazzi*, nunca te dejarían volver a la ONG. Claro que, teniendo todo esto, o estás loca o eres muy estúpida.

—No es tu problema. Está bien, dame la cuenta, pero necesito unos días.

—Oh, me quedo para las fiestas del bodorrio de tu hermanita. Hay alcohol y comida gratis, así que estoy encantado.

Me levanto, enfadada, y me mira desafiante.

—No creas que me iré sin mi dinero. Es lo menos que puedo recibir por tus desprecios.

Salgo del bar enfadada, furiosa y sin saber de dónde voy a sacar el dinero. Tengo algún depósito y algo de efectivo, dos millones no, desde luego. Falta tiempo para conseguir mi fideicomiso. No sé qué voy a hacer.

Camino por la calle deprisa, para volver a casa, cuando alguien me coge de la cintura y me

pone la mano en la boca, para que no grite. Me lleva a un callejón y me mantiene atrapada. Estoy aterrorizada.

Capítulo 16



Golpeo la almohada con el puño para intentar descargar mi frustración. Harrison me llama y voy a hablar con él, tremendamente disgustado por haber caído de nuevo en sus besos. Nos reunimos con todos los agentes y nos explican lo que vamos a hacer el sábado y cómo vamos a vigilar a los componentes de la fiesta.

Recibo un mensaje de mi princesa, diciendo que se queda en la habitación. Seguimos con la reunión hasta que el aya entra deprisa, interrumpiendo, y se acerca a mí. Me dice algo inesperado en el oído y salgo corriendo.

Voy a la habitación de Elisabet y efectivamente no está. El aya, que me ha seguido a su paso, me indica por dónde puedo salir y alcanzarla.

Maldita sea esta mujer, que me vuelve loco. Harrison me llama, alarmado, y le explico brevemente mientras sigo corriendo. Activo el localizador del móvil y consigo encontrarla. Cuando llego al bar, la veo hablar con el tipo ese español. Ella parece disgustada. Me dan ganas de darle una paliza, porque lo veo sonreír y no tiene buenas intenciones, seguro.

Ella sale y me retiro a un callejón. Dos tipos bastante malencarados se acercan a mí, pero pasan de largo cuando abro mi chaqueta y ven la pistola. Cuando sale Ellie, actúo rápido y la cojo de la cintura. Para que no grite, le pongo la mano en la boca. Ella patalea y la inmovilizo.

—Estate quieta, joder —digo, y ella reconoce mi voz y se queda tranquila. La suelto y la pongo en la pared. Mis brazos están situados a cada lado de su cabeza y la miro serio, podría asesinarla, aunque en el fondo, es mi miedo al verla sola por la calle.

—¿Qué haces tú aquí?

—No, Ellie, ¿qué coño haces tú aquí sola? ¿Estás loca o quieres morir?

—No, es que el tipo, Pedro, me citó.

—¿Una cita romántica o te quiere hacer chantaje? Porque tiene toda la pinta.

—No me insultes, claro que quiere hacerme chantaje y tendré que pagar si quiero volver algún día a Madrid.

—Yo puedo arreglarlo —digo, y pienso en las mil terribles cosas que le haría al tal Pedro.

—No, Gabriel. No quiero que le des una paliza o peor. Le pagaré y listo.

—Tú sabes que los chantajistas nunca tienen bastante, ¿verdad?

—¡Y qué hago, joder! ¿Dejo que me descubra?

—Pues sí, y si no puedes volver a Madrid en un tiempo, mala suerte.

—Eres insoportable, como todos, queréis encerrarme.

Sale del callejón y la sigo, colocándome detrás, de forma que nadie vea que la estoy protegiendo. Lo que faltaba. Mis pintas de agente no me ayudan a pasar desapercibido. Me comunico con Harrison por radio por si necesito apoyo y me va a enviar un coche de forma

discreta. Se lo he pedido como un favor. No quiero que los demás de la familia se enteren de su escapada.

El coche negro llega justo antes de que alcancemos el castillo y decidimos entrar por la puerta lateral igualmente. Se pone la peluca nada más cruzar la puerta y se convierte en la princesa de nuevo. Sin darme la cara, sigue hasta su habitación, sube apoyada en los adornos de piedra de la pared y salta al balcón, desde donde me mira triunfante. Si fuera una niña, la castigaría. Aunque lo que le haría ahora sería otra cosa. Me voy furioso a hablar con Harrison y comentarle el problema que tiene.

—¿Está en su habitación ya? —me pregunta. Respondo con un sí aliviado.

—Un tipo de allí, que la acosaba, le está haciendo chantaje. Le ha pedido dinero para no descubrir su identidad.

—Dame los datos del tipo y veré qué puede hacer Wix, la informática nueva que tenemos en la empresa. Es una crack.

—Gracias, Harrison, te lo paso ahora mismo. El tipo es un acosador, el muy cabrón.

—No te preocupes, bastantes problemas tenemos con la fiesta, controla a tu princesa. Ponte algún tipo de alarma en el móvil, ya ves que no te puedes fiar.

—Ya lo veo —contesto enfadado. Pensaba que sí podía confiar en que no hiciera ninguna tontería, está claro que no. Activo el seguimiento y el micrófono de mi móvil y me pongo el auricular. Ahora escucharé todo, aunque me pese, pero se lo ha ganado a pulso. Nada de privacidad si no se comporta.

Le envío los datos a Harrison y espero que puedan hacer algo con el tal Pedro, porque ganas me dan de partirle la cara y lo que sea.

Mi alarma se activa y veo que ha salido de su habitación y se dirige a la de su hermana. Me acerco hasta el pasillo, donde me pueda ver. Se sorprende y acaba frunciendo el ceño. Entra sin llamar donde su hermana y cierra de un portazo.

Ajusto el auricular y me dispongo a escuchar. Me da igual todo.

—¿Qué te pasa? —dice la novia sorprendida—. Tienes la misma cara que cuando te castigaba mamá.

—Algo así —dice, y escucho la ropa de la cama, intuyo que se ha sentado en ella—, es mi agente, que me sigue a todos los sitios.

—Para eso le pagan, Ellie, es lo normal.

Ella refunfuña y no entiendo lo que dice. Suele hacerlo a veces, cuando está muy enfadada.

—Me ha seguido hasta la calle —suspira—, me pasa algo y necesito tu ayuda.

—¿Hasta la calle? ¿Qué quieres decir? ¿Te has escapado? Ellie…

—Un tipo que me acosaba en Madrid ha venido para hacerme chantaje y que no descubra quién soy. Me pide dos millones.

—Pero, Ellie, no puedes pagarle, si te chantajea ahora, dentro de un tiempo volverá a hacerlo.

—Hablas como él —contesta enfadada.

—Pues si te ha dicho eso, es que es normal. Debes denunciarlo y no pagarle.

—No quiero que descubra mi tapadera. Estoy segura de que no me pedirá más. Por favor, tengo un millón doscientos mil en mi cuenta, solo necesito ochocientos mil euros.

—Te los puedo dar, por supuesto, y no hace falta que me los devuelvas, pero no estoy segura. No creo que sea la solución. Te estás equivocando.

Ellie se echa a llorar y su hermana la tranquiliza. Maldito sea el tipo ese que la quiere chantajear. Me voy a encargar de que no vea la luz de Saint-Paulin ni un día más.

—Por favor, Viv —solloza ella.

—Está bien, aunque no estoy de acuerdo. Mañana se lo diré a mi secretaria. ¿Será suficiente mañana?

—Sí, y muchas gracias, te lo devolveré cuando cobre el fideicomiso.

—No es necesario, yo también cobraré el mío al casarme. Si te casaras, también lo recibirías.

—No creo que encuentre el hombre adecuado nunca.

—No digas eso, cariño, hay alguien para ti y seguro que está más cerca de lo que piensas.

Comienzan a hablar de otras cosas y me retiro a la habitación, sin desactivar la alarma de posición. Hablo con Harrison y me pasa con Wix. Es una chica muy joven, con el pelo rosa y *piercing* en varias partes de su cuerpo. Es pequeña y bonita, la vi el día anterior, cuando me la presentaron, y me sorprendió verla en el grupo.

—Hola, Gabriel, mira, he encontrado cosas interesantes del tipo ese. Resulta que tiene, además de varias denuncias por acoso, todo un historial de Internet. Os ha buscado a vosotros, pero sobre todo, entra en la *Deep Web* y se entretiene con todo tipo de cosas asquerosas, que no te quiero ni contar.

—¿Cómo?

—Sí, como te digo. Es un cerdo y tengo que entrar en sus archivos personales, que están muy hábilmente encriptados, pero seguro que encuentro algo jugoso para que se lo devuelvas.

—Gracias, Wix, eres única.

—Lo sé. Te digo esta noche sin falta.

Respiro algo aliviado por las noticias. Si conseguimos devolverle información sensible por otra, seguro que se larga y se retira del juego. Aunque yo preferiría darle una paliza.

Mi princesa sale de la habitación y la alcanzo en el pasillo. Sin hacerme caso, entra e intenta cerrar la puerta.

—Tengo que hablar contigo sobre el tal Pedro.

—Ya te he dicho que le voy a pagar. Mi hermana me ayudará.

—El tipo es un sociópata y la informática de la empresa ha encontrado algunos ficheros comprometidos. Solo te pido que nos des tiempo hasta mañana. Si encontramos algo que sea sensible, te dejará en paz.

—Está bien —dice con una mirada de esperanza—. Gracias. Y disculpa, siento haberme marchado así. Supongo que no pensé demasiado.

—No, no lo pensaste en absoluto.

—No te cebes conmigo, Gabriel. Estaba desesperada.

—Te dije que te protegería y eso incluye a tipos como él. Confía en mí.

Me mira y asiente. La dejo descansar. Mañana tienen la fiesta que comienza con unos juegos por la mañana. Va a ser un día muy estresante, así que me iré pronto a la cama.

Capítulo 17



Bajo a desayunar y enseguida llega mi guardián. Lo saludo más tranquila. Se ha acercado y me ha dicho que tiene buenas noticias. Al notar el olor a café me han entrado ganas de besarlo.

Mi hermana está ya preparada y preciosa. Está hablando con Leonora y los niños, que son ajenos a todo el problema. Mi hermano aparece por el salón, porque ayer, con tanto lío, no llegué a verlo. Me levanto y me lanzo a sus brazos. Ha perdido pelo y tiene ojeras, por lo demás, sigue tan guapo como siempre. Me da un abrazo fuerte y me mira sonriendo.

—Estás preciosa, como siempre. ¿Todo bien?

—Dentro de lo que hay, sí.

Se sienta en su sitio y dos tipos enormes entran y se colocan detrás. Hay más agentes que familia. Es algo a lo que me estoy acostumbrando y no me gusta.

Desayunamos mientras bromea con sus hijos y cuenta cosas sobre París. Mi hermano es encantador y, cuando le toque, será un gran regente.

—¿A qué hora viene todo el mundo? —pregunto a Viv.

—En una hora empiezan los juegos, así que en media hora comenzarán a llegar los invitados. Richard, en unos veinte minutos.

—¿Por qué no me has dicho que era tan tarde? —Me levanto corriendo y me voy hacia la habitación seguida de Gabriel. Cierro la puerta en sus narices y empiezo a buscar qué ponerme. Ni siquiera lo había pensado. Mi hermana llevaba unos pantalones ligeros y una camisa, con zapatos planos, así que busco algo similar.

Enseguida encuentro unos de lino color camel y una camisa de manga francesa. Me pongo unas manoletinas y recojo mi peluca en una coleta baja. Esperemos que no se caiga. La sujeto bien con horquillas y, aunque sé que me darán dolor de cabeza, al menos no horrorizaré a la familia con mi cabello corto. Siempre que hice videollamadas, me la ponía, así que no saben cómo lo llevo.

Salgo y Gabriel sigue ahí. Me mira atento, su cara de póker no expresa nada. Empieza a enfadarme. Quiere solucionar todo por mí, pero yo puedo sola.

—Ellie, han encontrado unos archivos comprometedores, podemos usarlos contra Pedro. Y no te volverá a molestar.

—Está bien. Por la noche lo arreglaremos todo. Ahora no puedo pensar.

Bajo las escaleras y me encuentro de bruces a mi hermana besándose con el que fue una de mis primeras relaciones. Está algo más fornido y va vestido con una elegante camisa azul y pantalones vaqueros. Sigue tan guapo como siempre.

—Hola, Elisabet —dice separándose de su prometida—, me alegro de que hayas podido venir.

—No me perdería la boda de mi hermana por nada del mundo.

—Hemos preparado unos juegos muy divertidos, ya veréis. Y hay todo tipo de dulces y aperitivos. —Viv coge a su novio de la mano y van hacia fuera. Él se vuelve y me mira de reojo. Me quedo algo parada, un poco sorprendida de la reacción de mi hermana, pero los sigo.

Han colocado dos carpas blancas y enormes, una al lado de la otra. Creo que dedicarán la de la izquierda a poner continuamente comida para picar y bebida y la otra es para los juegos. La maestra de ceremonias, una bonita chica vestida con un traje informal, se acerca a Viv y se la lleva para explicarle alguna cosa. Richard se queda rezagado y se acerca a mí.

—Casi no he podido saludarte, estás genial. ¿Cómo lo llevas?

—¿Cómo llevo qué? —digo más contrariada de lo que pensaba. Creo que me gustaba más de lo que quería reconocer y que quizá hubiéramos…, aunque eso ya no es posible.

—Pues lo del peligro y lo de la boda… todo.

—Como puedo, Richard. Asumiendo y disfrutando por mi hermana. Sé que la harás muy feliz.

—La quiero, Ellie. Lo nuestro fue… otra cosa.

—Lo sé, tranquilo. Espero que viváis una vida maravillosa.

Asiente y se va hacia su prometida, que ya lo estaba mirando de reojo. Suspiro y me voy hacia la mesa de comida. Al final no he desayunado y voy a ver si hay algo que me apetezca. Hay platos de dulce y salado por todas partes. Pienso que si vieran esto mis chicos de la ONG se quedarían sorprendidos, sin saber por dónde empezar, y a mí me pasa lo mismo. Noto una presencia a mi lado.

—¿Todo bien?

—Sí, Gabriel, todo bien. ¿Has desayunado?

—Sí, hace un rato. Come algo, princesa, que el día es muy largo.

Asiento y me voy a la mesa y tomo un par de bollos y un café delicioso. Los invitados llegarán en breve y me iría corriendo. Después de desayunar, me siento algo mejor. Cojo otro café y me retiro a un rincón, donde está Leonora sentada con su esposo. Ambos toman té.

—Qué bien huele ese café —suspira la embarazada. Por lo visto no puede tomar, por la tensión.

—Ya te queda poco para poder volver a ello —dice mi hermano acariciando su cabello. Nunca le ha gustado el té, pero se ha solidarizado con ella.

—Toma un sorbito, si quieres, que no creo que pase nada.

Ella me mira agradecida y toma mi taza, da un pequeño sorbo y lo degusta como si fuera oro líquido. Mi hermano aguanta la sonrisa.

—¿Qué tal estás? Espero que no te afecte demasiado que Viv y Richard…

—Lo mío con Richard fue un amor juvenil, ya pasó hace tiempo, hermano. Solo espero que sean felices de verdad, como vosotros. Ojalá encontrase yo un amor como el vuestro.

—Lo encontrarás, cariño —dice Leonora cogiéndome de la mano—, ya lo verás.

Me encojo de hombros y me voy hacia una de nuestras amigas de siempre, a la que alguna vez he escrito, no tanto como debería. Hay muchos «debería» en mi vida ahora mismo y me siento abrumada. Tanta gente que he dejado de lado estos años que no me extrañaría que ellos me ignorasen. Pero mi amiga, al verme, deja a su grupo y casi corre para abrazarme.

—Ellie, qué alegría verte. Le pregunté a tu hermana si ibas a venir y me dijo que se encargaría de que lo hicieras o te traería de las orejas.

Nos reímos pensando a la dulce Viv haciendo eso.

—¿Qué tal estás? —le pregunto.

—A punto de casarme con John, ¿lo recuerdas?

—Claro, si era el amor de tu vida.

—Ese mismo. Al final tuve que pedírselo yo porque no se decidía, pero aquí estamos, en unos meses, casada, aunque ya vivimos juntos desde hace ocho semanas. No hemos querido esperar.

—Me alegro muchísimo, Anne, no sabes cuánto.

—¿Y tú? Hay tantas cosas que me tienes que contar…

—Sí, como voy a quedarme unas semanas, podemos quedar y ponernos al día. Hoy es la celebración de Viv.

—Claro. Y ese hombre tan guapo que te sigue, ¿es tu chico? Te mira con una intensidad… preséntamelo.

—Ah, no, no, es el guardaespaldas. Ya sabes lo de las amenazas.

—Sí, es horrible. ¡Qué loco habrá puesto eso en Internet!

Seguimos hablando de varias cosas, he desviado el tema de las amenazas porque no quiero entristecerme. Solo disfrutar. Otras dos amigas se acercan y continuamos hablando. Poco a poco me voy integrando y me siento cómoda, más de lo que pensaba. No sé si estarán fingiendo, pero parecen alegrarse de verme y yo también.

—La muchacha más linda ha venido —Joseph se acerca a mí y me da dos besos.

—Me alegro de verte —le digo sonrojada. Sigue tan guapo como siempre o más. Lleva una camisa blanca remangada y unos pantalones anchos, pero veo sus fuertes brazos y el amplio pecho que me recuerdan a alguien. Él tiene el cabello castaño y los ojos verdes y es uno de los solteros de oro de la nobleza europea.

—¿Hablamos en otro lugar? Quiero contarte muchas cosas.

Asiento y nos vamos hacia un cenador muy bonito que hay cerca, en el mismo jardín. Está cubierto de preciosas enredaderas y rosales trepadores. Allí siempre hay una mesa con sillas y unos sofás. Caminamos hacia allí y él se vuelve, de pronto, señalando a Gabriel.

—¿Tiene que venir él?

—Es mi guardaespaldas, no queda otro remedio.

Él aprieta el gesto y me acompaña al cenador. Nos sentamos en el sofá, muy juntos, y me coge de las manos. Veo a Gabriel en la puerta y se gira levemente para darnos intimidad.

—Ellie, no sabes cuánto me alegro de verte. Cuando te fuiste, pensé que era por algo que había hecho, pero tu hermana me explicó que deseabas alejarte de todo.

—No, Joseph, por supuesto que no fue por ti. Solo quería irme de aquí.

Recuerdo los últimos meses, fiestas y viajes, me lie con él, estuvimos saliendo unos meses y creo que él pensaba en algo más serio. Todo se me vino encima y le dije que lo sentía pero que no podía seguir. No lo comprendió, se enfadó bastante, y no volví a llamarle. Ahora que lo veo, despierta en mí sensaciones dormidas.

—Siento no haberte llamado en todo este tiempo. Necesitaba resetear mi mente.

—¿Y cómo estás ahora?

—Mucho más tranquila, creo que veo las cosas desde otra perspectiva.

Parece satisfecho y acaricia mi rostro con cariño.

—Te diré que me enfadé cuando te fuiste, porque no comprendía nada y he salido con otras mujeres, no te voy a mentir, pero te echaba de menos. Siempre fuiste tú.

—Joseph, yo… no sé si estoy preparada para una relación todavía.

—No hay prisa. He aprendido la lección y no te agobiaré. Supongo que regalarte un anillo de compromiso fue demasiado.

Sonrío levemente. Sí, ese fue el detonante para que huyera.

—Podemos vernos y hablar, y ver qué sucede. No te prometo nada, porque he cambiado mucho en estos años.

—Lo entiendo. Yo también. Ahora dirijo la empresa de mi padre y ya no me voy de fiesta a todas horas.

Ambos sonreímos. Éramos los más fiesteros de todo el principado. No había local que no cerrásemos. Su padre llevaba la dirección de la empresa concesionaria del gas y siempre fueron una de las familias más poderosas del lugar, junto a la de Richard, que es dueño de la mitad de los hoteles del país. Dos candidatos perfectos para las hijas del regente, según mi padre.

Joseph acaricia mi rostro y se acerca a mí. Me da un tierno beso, que me produce un cosquilleo en la piel, que me recuerda a otros besos y otros años…, no sé si es lo que quiero. Le respondo y su mano va a mi cintura, acariciándola a través de mi blusa. Me aparto, recordando que él estará viéndonos. Me vuelvo y está de espaldas, mirando hacia fuera.

—Dame tiempo, Joseph —le pido, y él asiente. Nos levantamos, de la mano, y salimos del cenador para seguir con la fiesta. Miro de reojo a Gabriel, pero sigue con su rostro impenetrable.

Sería todo tan fácil. Estar con Joseph, quizá casarme y tener preciosos hijos rubios y de ojos claros, compartir vida en el principado y ver la satisfacción de mi padre por haber colocado a sus dos hijas.

La otra opción es volver a Madrid, seguir sudando mientras cocino para personas que no conozco y vivir en una habitación. Son tan diferentes las dos vidas que me encuentro paralizada, sin saber qué hacer. Parece una decisión fácil, siendo princesa, lo puedo tener todo y, por supuesto, ayudar a quien lo necesite. No es necesario volver a irme de fiesta.

Dejo de pensar cuando llegamos con los demás. Viv mira con satisfacción que Joseph y yo vamos de la mano y nos da unas copas de un cóctel naranja. Los demás invitados están jugando a las propuestas de la organizadora y parecen divertirse. Una fotógrafa va haciendo fotos y vídeos de recuerdo del momento. A nuestro alrededor hay muchos hombres y mujeres trajeados, con auriculares, la seguridad es abrumadora. Mi padre no va a venir, porque es algo para jóvenes, pero seguro que no se pierde nada a través del circuito cerrado de cámaras. Se palpa la tensión en el ambiente e incluso Viv, que parece estar sonriendo todo el tiempo, mira de vez en cuando a Harrison, creo que le da seguridad saber que está él allí.

Lo mismo me pasa a mí. Que Gabriel sea mi sombra empieza a darme una tranquilidad que no suponía. Viv me coge de la mano y me lleva al centro para jugar, me pone una venda en los ojos y me da la cola del burro. Es un juego muy antiguo que consiste en buscar una imagen de un burro y tú llevas la cola peluda en la mano, no con un pincho, sino con un velcro, y debes encontrar el lugar adecuado para ponérsela, que son los cuartos traseros.

Alguien me da dos vueltas y empiezo a buscar con las manos el lugar donde está la pared. Los amigos se ríen y Anne me grita que vaya hacia la derecha. Consigo encontrar la pared y aplasto la cola contra ella. Todos se ríen. Cuando me quito la venda, veo que está en el ojo. Joseph me coge de la mano y se me lleva para otro juego. Tenemos que ir atados con una pierna y hacer una carrera. No me parece muy fácil, pero lo intentaré. Viv y Richard van a competir también, y Anne y su prometido. Nos dan la salida y empezamos a correr, es muy difícil estar coordinados. Al final, Joseph me coge de la cintura y me levanta y se echa a correr hacia la meta, mientras me río a carcajadas. Richard intenta hacer lo mismo, pero Viv tiene muchas cosquillas y acaban en el suelo.

Cruzamos la meta y cuando nos desatamos, me levanta victorioso y me da un beso en los labios, suavecito, aunque todos lo han visto.

Eso me hace sentir incómoda, sonrío y no digo nada. Así pasamos la mañana, luego comemos algo y nos sentamos de nuevo, con unos cafés, en el mirador. Estoy agotada y me pica el cabello postizo. Quisiera quitármelo, pero todavía no puedo.

Nos echamos en el sofá, agotados. Él sonríe y me mira.

—Lo estoy pasando de maravilla, Ellie.

—Y yo.

Se gira y me besa, más profundo, más íntimo. Sus manos recorren mi cintura y llega al pecho, pero se para. Yo gimo y es la señal que espera. Se mete por debajo de mi camisa y acaricia mi piel, que ya está erizada. Llega hasta el sujetador y lo suelta, liberando mi pecho, que es atrapado por su mano. Él sabe hacerme gozar, no ha olvidado, y enredo mis piernas en las suyas. Tiene ya una buena erección y sé que podría ahí mismo entregarme. No. Estamos en el jardín, cualquiera podría sorprendernos y, además, está Gabriel.

—No podemos hacerlo, Joseph, que ya no somos unos niños alocados —digo apartándolo un poco.

—Tienes razón, perdona. Me dejé llevar.

Se recompone y yo me arreglo la ropa.

—Podemos ir a mi habitación, allí no nos verá nadie.

Lo he decidido, quiero estar con él, y probar, no sé, si realmente sigo sintiendo algo. Él sonríe y vamos de la mano hacia mi cuarto. Gabriel me sigue, lo miro y me encojo de hombros, pero su rostro continúa inexpresivo. Nos acompaña hasta la habitación y luego se retira al final del pasillo, donde no pueda escuchar nada. Cierro la puerta y miro a Joseph.

Él se acerca y me besa, con pasión y ganas, y comenzamos a desnudarnos. Pronto estamos en mi cama, sin ropa y rozando nuestro cuerpo, piel con piel. Joseph me besa desde el cuello, pasando por mis pechos, a los que da un buen repaso y baja por el vientre, se nota que quiere probarme y lo hace, llevándome casi hasta el orgasmo, pero se retira cuando me ve arqueándome.

—Ah, no, no te irás tan pronto —sonríe.

Yo, traviesa, lo echo sobre la cama y me pongo encima de él. Ahora lo voy a hacer sufrir yo, y mordisqueo su piel, sus pezones y su vientre plano lleno de músculos. Su miembro está más que duro y lo saboreo, despacio, haciéndolo sufrir, hasta que me aparta con algo de brusquedad y me echa sobre la cama. Yo doy un pequeño grito y me río. Él se pone sobre mí y me penetra con ganas. Vuelve a salir y vuelve a entrar, su miembro está tan duro que lo percibo completamente. Cuando ya me canso de que haga eso, paso mis piernas en su cintura y se lo impido. Entonces él comienza a bombear con fuerza, y siento que voy a explotar. Cierro los ojos, porque no estoy pensando en él y me siento culpable.

—Creo que me voy —dice jadeando, y yo me preparo también para dejarme ir, intentando concentrarme en Joseph, pero su rostro no es el que imagino, maldita sea.

El orgasmo me atrapa y me hace estremecerme y él se deja ir, durante un buen rato, parece que nunca acaba. Cuando se retira, se echa a mi lado, respirando fuerte.

—Joder, Ellie, ha sido increíble, no sé qué me has dicho al final, no te he entendido…

—No sé, ni idea —digo y me levanto a lavarme.

Claro que sí, cuando he tenido mi orgasmo lo he llamado a él, a Gabriel. Menos mal que no se ha enterado.

Capítulo 18



Hay muchas formas de matar a una persona y todas se me estaban ocurriendo en ese mismo momento, cuando el tipo ese, que parecía un actor o un modelo, la besaba.

Cuando la cogió de la cintura, en los juegos, o, lo peor, cuando se fueron a la habitación, sabiendo que se iban a acostar, y tuve que retirarme para no escuchar sus gemidos, que eran míos.

No dejaba de ser un iluso. La había observado bien durante toda la mañana y ella pertenecía sin duda a esa gente. Puede que hiciera un tiempo, cuando los dejara, que necesitase escapar de la presión, pero claramente era su hábitat. Se encontraba cómoda y la gente la apreciaba, o al menos, eso parecía.

Los veo salir de la habitación, con los labios hinchados, y la sigo. Ella no me mira ni hace falta. Sé perfectamente lo que han estado haciendo. El tipo está tan hinchado y ufano que podría salir flotando como un globo.

Aprieto las mandíbulas y me aguanto. Ella nunca fue para mí, nunca. Y pensar que alguna noche he maquinado cómo estar juntos. Es absurdo totalmente.

Llegan a la fiesta de nuevo y Viv la coge de la cintura, ríen y Richard da unas palmadas al tal Joseph. Niños ricos con niñas ricas, no hay más.

La fiesta sigue animándose. Los invitados han bebido un poco más y hay risas de esas tontas por todas partes. La organizadora ha despejado la zona de juegos y han puesto sillas en círculo, con una presidencia de dos. Viv les indica a todos que la acompañen y se sientan.

Los regalos de los invitados van apareciendo sobre una mesa y ella va abriéndolos. Es como si hubiera venido Papá Noel. Hay muchas cosas, algunas *sexys*, otras de adorno, también personales, como bolsos, que seguro serán de marcas imposibles para el resto de los humanos.

Ella sonríe feliz y Ellie la mira, también sonriendo. Supongo que está contenta de ver a su hermana. Es su día. El hermano está sentado junto a su esposa, que se toca la barriga con deleite. Creo que le falta un mes y medio, según me ha dicho su agente.

De repente, escuchamos un motor. Me asomo fuera de la carpa y veo un dron. No sé si es parte de la fiesta, y lo señalo con la cabeza. Harrison me dice que no. Así que no lo pensamos. Los agentes actuamos a una y nos lanzamos a por nuestros protegidos. Hay un gran alboroto y cojo a Ellie de la cintura, sin importarme nada más. Joseph se pone en medio y lo empujo, me da igual su integridad. Solo quiero salvarla a ella.

El dron está cada vez más cerca y otro, este sí de la policía, se acerca para chocar con él. Yo sigo alejándome de la carpa, pero el primer aparato explota y caemos al suelo. Me pongo encima de ella para protegerla, sin aplastarla, y noto que algo impacta con mi cuerpo, pero no me muevo. Los invitados gritan y corren y yo me incorporo, aunque tengo un gran dolor en la espalda. La

levanto y nos dirigimos hacia el castillo, cuando un segundo dron aparece por el sur. Ese nos va a cortar el paso, así que cambio de dirección y la cojo, llevándola hacia un bosquecillo que hay junto a un estanque. Ahí el dron no nos verá, porque hay muchos árboles.

Cuando llegamos, saco la pistola y me preparo para lo que sea. Ella no ha dicho nada, y al girarme, grita.

—¿Qué? —digo contrariado y mirando a todos lados.

—Gabriel, tu… espalda.

—Sí, me duele, pero ya se pasará.

—Tienes algo clavado.

Muevo la mano hacia atrás y lo noto. Sí, una parte del dron ha entrado en el costado, pero seguro que no es nada, porque puedo caminar.

—Tranquila, ¿puedes sacarlo?

—No sé si será lo adecuado, ¿y si ha tocado algún órgano?

—Si lo hubiera hecho, estaría muerto. Vamos, hazlo, por favor. Yo no llego.

Lo hace sin dudar. Un dolor me atraviesa y me llega hasta el pecho. Jadeo, mientras caigo de rodillas.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, ha sido… doloroso.

Me levanto y miro alrededor. La policía ha conseguido derribar el segundo dron y a pesar de la explosión, parece que todo está en calma. Esto ha sido un fallo de seguridad. No deberían haber podido acceder al espacio del castillo.

—Vamos al castillo, parece despejado.

Harrison me contacta y me pregunta dónde estoy. La novia está bien, aunque hay heridos. Me dice que vayamos a cubierto. Cojo a Ellie de la mano mientras llevo la pistola en la otra. El servicio corre y hay policía por todas partes, así que la guardo. Vamos hacia el castillo y la miro. Tiene la peluca algo movida y se la pongo bien.

—Ya ha pasado, vamos, princesa.

Entramos y todo es muy confuso. Harrison me indica que vayamos hacia unas escaleras y bajamos allí. Toda la familia real está encerrada en el búnker, así como algunos de los invitados. Viv le da un abrazo a Ellie, llorando desconsolada.

—Leonora está herida, han ido al hospital. Un trozo del dron la alcanzó en el brazo. Puede que tengan que adelantar el parto —dice Richard, porque ella no puede hablar.

Ellie se vuelve hacia mí y recuerda que estoy herido. Me coge de la mano y me lleva con los sanitarios que están atendiendo a otras personas. El médico me hace quitarme la americana, la camisa y la cartuchera. Llevo una fea herida profunda, pero no parece grave. Paso a una sala donde me hacen una ecografía, la limpian y me cosen. Vuelvo a ponerme la camisa, aunque está llena de sangre, y me acerco a Harrison.

—¿Situación?

—Dos muertos, uno de los invitados y alguien del servicio, alcanzados por la explosión del primer dron. De la familia, solo la esposa del hermano está herida; los demás, bien. Hay varios heridos que están atendiendo.

—¿De dónde coño han salido los drones? ¿No estaba el espacio cerrado?

—Sí, Gabriel, el espacio exterior estaba cerrado. Los drones han venido del interior. Estaban ya dentro del castillo.

—¡Joder! —digo, preocupado por lo que significa.

—¿Estás bien? He visto que estabas herido.

—Sí, el puto dron. Nada. ¿Qué hacemos?

—Cuando la policía registre el castillo, que se vayan a sus habitaciones. No te separes de tu protegida ni un momento. Puede que haya alguien dentro.

—Está bien.

—Esto es una puta mierda —dice Harrison mientras se va a buscar a la novia.

Cuando nos dan el OK, me llevo a Ellie sin contemplaciones a su habitación. Ella no dice nada, pero mira de soslayo la cama revuelta.

—¿Aviso que te traigan una camisa o algo?

Me he quitado la americana y la camisa tiene toda la espalda teñida de rojo.

—Si eres tan amable.

—Si quieres ducharte, adelante. Usa la ducha.

—No voy a dejarte sola ni para ir al lavabo.

Frunce el ceño y al poco, me traen una camisa y una americana de mi propia habitación. Me quito la sucia y la echo en la papelera que tiene.

—Al menos, déjame lavarte, es lo menos que puedo hacer, me has salvado la vida.

—Es lo que hacemos los guardaespaldas.

Me dejo llevar hasta el baño. Coge una toalla, la humedece y la pasa por mi espalda, cuidando de no tocar la herida. Luego me seca con otra y puedo ponerme la camisa.

Empiezan a llegarme mensajes a mi móvil. El suyo a saber dónde cayó.

—Me dicen que a la esposa de su hermano han tenido que practicarle una cesárea de urgencia, ambos están bien. Solo tendrá que estar unos días en la incubadora. Un fallecido, un tal Frank, ¿lo conoces?

—Sí, amigo de Richard.

—Y una persona del *catering*, son los dos fallecidos. Hay siete heridos, una mujer de gravedad, pero no se teme por su vida.

—¿Quién ha sido? ¿Por qué ocurre esto?

—La gentuza no tiene un porqué, Ellie. Lo hacen por dinero, por maldad o por sentirse superiores a los demás.

Se echa a llorar, sentada en la cama y ocultando su rostro. Me siento a su lado y la consuelo. Otra cosa no puedo hacer. Llora un ratito y acaricio su brazo. Luego, voy sacándole las horquillas con mucho cuidado y la libero de su cabellera de princesa. Ella me mira agradecida, con el rostro cansado.

—Quizá deberías darte una ducha o un baño relajante. Tienes un bonito *jacuzzi*. Yo estaré al otro lado de la puerta. Vamos a tener que estar aquí un buen rato encerrados.

—Gracias, Gabriel, por todo.

Se levanta, derrotada, y entra en el baño. Escucho correr el agua de la bañera y ella se mete. Hay tan poco ruido que llamo a la puerta.

—¿Todo bien? —pregunto preocupado.

—Sí, deja la puerta entornada, si quieres.

Abro y ella está metida en la bañera, cubierta de espuma. Sonríe con tristeza y me apoyo en el quicio de la puerta, de espaldas, porque si estuviera mirándola, no podría resistirme.

—Por lo menos, hasta lo del dron, lo has pasado bien. —No he podido evitarlo. Me matan los celos.

—Sí —dice ella—. Los juegos estuvieron bien, la gente…, todo.

—Y el tal Joseph. ¿Un antiguo novio?

Sé que lo fue, sé que salió con él y lo he investigado, pero le doy espacio.

—Sí. Quizá, no sé. No tengo ni idea, Gabriel. No sé qué decirte.

Asiento y me quedo callado. Me gusta esa respuesta. Si me hubiera dicho que sí, que iban a retomarlo, creo que me habría hundido.

Harrison me llama y me dice que hay una reunión en media hora en el despacho del regente. Tenemos que ir los dos.

—Ellie, deberías salir, tenemos que bajar. Tienes quince minutos.

—Está bien —dice débilmente.

Se levanta de la bañera y me la imagino desnuda, eso hace que me excite levemente. Añoro su piel, su cuerpo. Sale envuelta por una enorme toalla y se mete en el vestidor. Cuando entra en la habitación, está vestida, con el cabello mojado. Le tiendo la peluca y niega.

—No. Soy así, ya está. No quiero esconderme más.

Asiento y admiro su valentía. Su familia puede que se altere, pero es más importante el peligro que una cabellera bonita.

Baja al despacho y la sigo. Entramos y todos la miran, sorprendidos. Viv abre la boca, pero luego la cierra. No dice nada. Solo está la familia real, un par de primos o tíos, no el hermano, que sigue con su esposa en el hospital.

Las dos hermanas se sientan juntas, de la mano. Cuento cuatro policías más unos ocho agentes de mi empresa. Todos están serios, yo diría que molestos.

Me pongo detrás de Ellie y al lado de Harrison. El regente está furioso.

—Me explicarán qué ha pasado.

Mi jefe, al que no había visto, sale de un lateral, al parecer estaba hablando con el jefe de policía del principado.

—Los drones salieron de la parte sur del castillo, alteza. No entraron desde el exterior, porque había una barrera electrónica de disuasión —dice mi jefe, confirmando las sospechas de todos—. Alguien de dentro del lugar los activó. Con una aplicación cualquiera se podría hacer. Debemos averiguar quién los metió en primer lugar.

—Alteza —interviene el jefe de policía—, mi personal está analizando los restos y vamos a revisar las cámaras de seguridad con lupa.

—¿Y ahora qué hacemos? —dice el regente mirando a mi jefe.

—Creo que dar un comunicado diciendo que todos están bien y que ha sido una explosión casera sería lo mejor. No queremos que la población se altere.

—Está bien, prepárenlo. Váyanse todos.

Viv y Ellie salen de la mano y van a un salón donde quedan algunos invitados, entre ellos, el prometido, el tal Joseph y una pareja que parecen ser los más cercanos.

Richard abraza a su prometida y el otro a Ellie. Acaricia su cabello sorprendido, pero luego sonríe. Aprieto los labios y me quedo allí, sin moverme. Los seis se sientan alrededor de una mesa, nerviosos y hablando casi a la vez. El aya entra y abraza a las chicas, luego se va, llorosa. Traen cafés, tés y bollos. Un chico del servicio acerca los teléfonos móviles de las princesas y los recuperan.

Ellie lo mira distraída y le cambia la cara. Se levanta y viene hacia mí.

Ha recibido un mensaje de un número desconocido en el que sale un muñeco con su cara, con su cabello dorado. Y un disparo que acierta en el corazón.

—Déjame el móvil, se lo pasaré a mi informática.

Ella asiente y vuelve a sentarse con los demás. Llamo a mi jefe y le explico. Wix entra en el móvil de Ellie a través de la aplicación que le instalé y busca el remitente de ese mensaje.

—Cuando lo encuentre, te digo —me llama y me comenta—. No me extrañaría que fuera

del acosador. Porque menudos vídeos tiene el tipo, es un vicioso de los malos. Con esta mierda, podrá alejarlo para siempre. Te envío muestras y verás.

Me envía un vídeo que sale el tal Pedro haciéndolo con un tipo lleno de cadenas. El tipo se lo está pasando muy bien. Eso no es para chantajear a nadie, solo es sexo duro. Aunque luego, hay otras cosas. Y Pedro es parte activa. Menudo vicioso. Una vez que lo hagamos volver a Madrid, la policía recibirá estos vídeos con su dirección de regalo.

Me pondré en contacto con él y le enviaré los vídeos, para que se largue de aquí y olvide sus ansias de dinero.

La noche se acerca y todos se retiran a dormir. El prometido de Viv se quedará esa noche con ella, por lo que Harrison puede retirarse, pero Ellie no deja que el tal Joseph se quede.

Se despiden con un beso suave y vamos a su habitación. Alguien del personal trae un canapé para que yo pueda dormir, o al menos, estar echado. Mis órdenes son no separarme de ella.

Se pone un pijama en el baño y traen la cena para dos. Comemos en silencio. Ella está preciosa, a pesar de la pena que lleva su rostro. Quisiera besarla, consolarla, pero solo la voy a proteger.

Ojalá se acabe pronto todo, aunque tenga que dejarla ir.

Capítulo 19



—¿Duermes? —pregunto sabiendo la respuesta.

—No.

La voz de Gabriel suena desde el fondo de la habitación. Ha puesto el colchón al lado de la puerta. Me resulta extraño compartirla con él, y a la vez, creo que es algo natural.

—¿Crees que se podrá celebrar la boda?

—No sería muy adecuado, aunque depende de lo que decida tu padre y el jefe de policía.

—Mi hermana Viv estará muy decepcionada. Ante todo la seguridad, supongo.

Suspiro y me destapo. Tengo calor. No sé cómo está durmiendo Gabriel, pero pensar que puede estar sin ropa me acalora todavía más.

—¿Sabes? Lo de Joseph, no sé qué pasó. Salí con él un tiempo y quizá quise comprobar…

—No tienes que explicarme nada. Tú y yo jamás podríamos estar…, bueno, es que ni se puede plantear.

—Eso es una tontería. Hay muchas personas de casas reales que se unen a gente no noble. Y más, siendo que yo no soy para nada la heredera. Por suerte, no tengo esas obligaciones.

—Probablemente no puedas volver a Madrid, lo sabes, ¿no?

—Ya.

Compruebo que ha cambiado de tema y me duele. De todas formas, tampoco sé lo que siento por él. Un mensaje le pita en el móvil y su pantalla se ilumina, mostrando su pecho desnudo. Lee con atención y medio sonríe.

—Al fin, buenas noticias.

Me levanto y voy a sentarme junto a él, me enseña el móvil. El mensaje es de alguien llamado Vix.

El acosador está rumbo a Madrid. Le he advertido que o deja de molestar o publicaremos en redes sus secretitos. Ha dicho que no quería molestar. Creo que se ha cagado encima.

����

Bravo, Vix, comunicado a la princesa. Eres una crack.

Lo sé. Por eso me queréis. Me he enterado de lo de los drones. Estoy investigando el chip que llevaban. Os mantendré informados.

Gracias de nuevo y gracias de parte de Elisabet.

¿Elisabet? Uy, uy.

Gabriel cierra el móvil y no veo más mensajes. Estoy muy contenta y nerviosa. Por fin me he librado de ese problema. Y, como de momento no parece que vaya a volver a Madrid,

tampoco tendré que verlo.

Abrazo a mi guardaespaldas y él me toma de la cintura. Deseo besarle, pero no sé si debo. Él está quieto como una estatua. Soy yo la que toma la iniciativa y me acerco a él, tomando sus labios suaves, con un ligero roce de su barba. Él me abraza y me echo hacia atrás, sobre la cama, atrayéndolo hacia mí. Sus besos me encienden como ninguno. Joseph no tiene comparación con él. Su mano se desliza por debajo del camisón y atrapa mi pecho. Suspiro y me arqueo, pero él se retira.

—Perdona, no es el mejor momento.

—¿Por qué? Tenemos que estar encerrados aquí.

—No puedo dejar de vigilarte. Si continuamos, te haré el amor y estaríamos expuestos.

Me levanto de la cama, algo disgustada, pero tiene razón. Me echo en la mía. Él me sigue y, a pesar de la poca luz, noto su ropa interior hinchada.

—Eso no significa que tú no puedas disfrutar.

Me besa y acaricia en lugares donde sabe que me excita. Besa mis pechos y sé que lo hace con un ojo en la puerta. Sus manos bajan por mi vientre hasta mi ropa interior, que ya está mojada. Mete su mano y me acaricia con su dedo, con movimientos circulares que hinchan y humedecen todavía más mi intimidad. Me muevo, inquieta, sabiendo que estoy a punto de tener un orgasmo y él incrementa su movimiento, mientras me besa el cuello y mi pecho, de forma alternativa. Me dejo llevar y subo hasta el cielo. Él me da un beso en los labios, suave, dulce.

—Será mejor que durmamos un poco, princesa.

Se retira a su cama, visiblemente excitado, pero sin ocasión de devolverle su placer. Me hace sentirme un poco incómoda, aunque tiene razón. Es mejor dormir.

Pienso en cómo ha cambiado mi vida en todos estos años. Y en lo perdida que me siento. Creía que estar en Madrid iba a dar un sentido a todo y durante ese tiempo casi lo conseguí, supongo que me estaba engañando, ahora lo sé. Nunca dejé de ser Elisabet Anne Marguerite de SaintBon. Nunca fui libre, siempre supieron lo que hacía, dónde estaba y con quién vivía. Me da por llorar en voz baja, no quiero despertar a Gabriel, pero se levanta de la cama y se echa a mi lado. Yo me apoyo en su pecho y lloro un poquito más. Supongo que siento pena por mí misma. Soy patética.

—¿Soy patética? —repito en voz alta.

—No, ¿qué pregunta es esa? —dice él acariciando mi rostro—. Eres una persona generosa, inteligente, altruista, preciosa y cariñosa, y no en ese orden.

—Oh… —me quedo sin palabras porque no pensaba que él pudiera pensar eso de mí—. Gracias, Gabriel.

—Duerme y descansa. Mañana veremos las cosas de otra manera.

Estando en sus brazos, creo que voy a dormir bien. Él me da seguridad y también me siento tranquila. Suspiro quedamente, inhalando su excitante olor corporal, suave, pero muy masculino. Él vuelve a acariciar mi cintura y apoya la cabeza en un gran cojín. Está relajado. Creo que podría dormir todas las noches así, pero no parece que él piense que sea posible. Tal vez, en algún momento, pueda hacerlo cambiar de opinión. Me gusta mucho, demasiado diría yo.

Me quedo dormida y cuando despierto, siento el enorme vacío en el lado de la cama. Abro los ojos y lo veo de pie, vestido y en la puerta, hablando con alguien. Me levanto al baño y se gira rápido. Lo saludo con la mano y vuelve hacia quien esté hablando. Entro en la ducha. Él ya se ha duchado y ahora me toca a mí. Ojalá algún día nos duchemos juntos.

Esto de la amenaza ha sido horrible, pero he de decir que el hecho de conocerle a él me ha permitido no perder la fe en que la vida puede ser algo más.

Capítulo 20



Son las seis y apenas he dormido. Tengo el cuerpo dolorido y la herida todavía me tira. Pero ella duerme en paz sobre mi pecho y yo tengo una gran erección, que se incrementa cuando pienso en su rostro placentero de ayer. Me levanto con mucho cuidado y compruebo que la puerta sigue cerrada. Debo ducharme y, también, descargarme. Lo necesito o voy a ir empalmado todo el día.

Me meto y abro el agua fría. Estoy acostumbrado a ducharme en sitios bastante terribles, infestados de bichos o peor aún, cocodrilos. Por eso sé que esto va a salir bien. Porque no hay dientes.

Me enjabono el cuerpo y cuando llego a mi miembro, empiezo a acariciarlo arriba y abajo, pensando en ella, en su suavidad, en su rostro o en sus pechos y enseguida termino desahogándome. Ha sido rápido porque estaba muy excitado. Todavía rígido, salgo de la ducha y me miro en el espejo. No es solo por las ojeras o por ir sin afeitar, es algo más. ¿Qué puedo ofrecer a una mujer que lo tiene todo? Mi sueldo de agente es bueno, pero seguramente no llega ni para comprar dos pares de zapatos de los que gasta ella. Ya sé que no es interesada, aunque tal y como la vi en la fiesta, creo que de verdad ha vuelto a sus orígenes.

No me considero un desgraciado, aunque sí que las he pasado putas, sobre todo con el alcohol, que ya no pruebo. Lo veo tan imposible que me gustaría largarme ahora mismo.

Me visto y salgo. Ella sigue durmiendo con el rostro completamente relajado. Me siento en la cama, en la oscuridad, mirándola. Puedo parecer un acosador, pero me encanta verla suspirar y hablar un poco dormida. En una de las ocasiones, juraría que me nombró, aunque no estoy seguro.

Un mensaje llega al móvil. Harrison quiere hablar conmigo. Le digo que acuda al dormitorio de mi princesa, que nos vemos en la puerta. No la voy a dejar ni por todo el oro del mundo.

Harrison se acerca por el pasillo, serio y ojeroso. Salgo un poco de la puerta, pero no del todo.

—Buenos días, Gabriel, ¿todo bien?

—Sí, por aquí bien, ¿la familia real?

—Bien. Mi princesa ha pasado la noche con su prometido y no han salido de la habitación. El regente está reunido con el jefe de policía y con el primer ministro. Van a decidir si siguen adelante con la boda o no. Estamos investigando todo el personal y esta noche, la policía ha registrado el castillo de arriba abajo. Hemos encontrado otro dron y Wix está investigando. La hemos traído aquí, al castillo.

—¿Son buenas noticias?

—¿Lo de Wix? ¿O te refieres a lo del dron? —asiento y él me mira serio—. El que haya tres drones en el castillo sin que la policía los haya detectado me da que pensar que esto lleva gestándose desde hace tiempo. Solo hace dos meses que se ha restringido la entrada, así que se hizo antes.

Un pitido suena en nuestros teléfonos y antes de contestar, escucho moverse a mi princesa. Me giro y la veo que va al baño. Me saluda y vuelvo a Harrison. Ambos miramos el móvil.

—El regente ha decidido seguir y no lo vamos a convencer —leo el mensaje de mi jefe—. Supongo que esta vez no habrá drones que ataquen.

—Creo que no quieren dar una sensación de debilidad —dice pensativo Harrison—. Hace tiempo que el presidente francés quiere volver a anexionar Saint-Paulin, por el tema de la enorme bolsa de gas que hay en el subsuelo. Si todos los de la familia real desaparecieran, no sé, tal vez…

—Eso es una monstruosidad, compañero. Ya no estamos en la edad media.

—Díselo a Putin y la guerra en la que quiso anexionarse Ucrania.

—¿Francia? Siempre han sido… civilizados.

—Y por eso querrán asesinar a la familia de forma que no parezcan culpables, sino los salvadores. De hecho, ha habido un par de detalles con nuestro jefe que no me han cuadrado, como traerte. Y perdona que te lo diga, pero estabas hecho polvo. Aunque has respondido como el que más.

No me molesto. Hace dos meses me temblaban tanto las manos que era incapaz de abrocharme rápido un botón, qué decir de disparar. Al llamarme el jefe, me juré a mí mismo que podría ser capaz. Y lo he hecho.

—Pensé que querría darme una oportunidad y que tú te alegrarías.

—No me malinterpretes, Gabriel. Me alegro de que hayas superado toda esa mierda. Y sí, ha confiado en ti y ha resultado bien. Solo te digo que vigiles bien y también a tu princesa. Si fallasen nuestros compañeros, ella sería la siguiente en la línea de sucesión.

—Está bien, Harrison. Lo entiendo. Yo tampoco hubiera confiado en mí hace unos meses. Ahora estoy bien. Más que bien.

—Lo sé, amigo —dice palmeando mi espalda—. En media hora desayunamos todos, en la misma sala, el heredero ha vuelto con su familia al castillo, incluida la incubadora del bebé y un equipo médico. Y luego hay reunión.

—De acuerdo, bajaremos en ese tiempo.

—Por cierto, Gabriel. Ten cuidado. He visto como la miras y no es bueno. Ya sabes lo que ocurrió…

—Lo sé y por eso jamás volverá a ocurrir. Ella es solo mi protegida y nunca será nada más.

Me despido y cierro la puerta. Ella está pálida, detrás de mí y sé que ha oído mi última frase. Doy un paso hacia ella, pero se vuelve y se encierra en el baño. Me acerco a la puerta y la escucho llorar.

—Ellie, lo siento. Es que tú y yo somos incompatibles, por mucho que te desee. Por favor…

Se escucha el grifo y sale, con el rostro recién lavado y el cabello todavía húmedo. Me mira y asiente.

—Tienes razón. Solo ha sido sexo y nada más. Lo olvidaremos en cuanto pase esto.

Se me encoge el corazón porque yo sé con certeza que amo cada célula de su cuerpo y, por eso mismo, jamás se lo diré.

—Debemos bajar en media hora. Ponte ropa cómoda, por si en algún momento tuviéramos que correr.

—¿Tú crees? —Vuelve el miedo a su rostro.

—No lo sé, pero llevar tacones y vestidos en estas circunstancias no es lo más adecuado. Además, he pensado algo. Pedí que me trajeran la bolsa de mi habitación.

Saco una pequeña pistola, del tamaño de su mano. Está cargada y tiene cuatro balas solo, pero me sentiría más seguro si la llevase.

—Toma, guárdala en algún lugar. Creo que sabes usar armas.

—Sí, mi padre me enseñó, y… ¿dónde la meto?

Saco una pequeña funda, y le pido que se ponga pantalones con cinturón. En cinco minutos sale vestida con un pantalón suelto, oscuro y una camiseta algo amplia. Es muy perspicaz, desde luego.

Me pongo detrás de ella y meto la funda en el cinturón, rozando sin querer su piel. Ella se estremece y yo me excito. Coloco la funda en su trasero, donde puede alcanzarla sin problemas. Meto la pistola y dejo la camiseta por encima. Es tan diminuta que no se ve apenas.

—Lista. Y escucha, Ellie. —Me vuelvo y la miro a los ojos—. Si alguien amenaza tu vida, no lo dudes, dispara. Si no te sientes bien para disparar en la cabeza, hazlo en el estómago. Es bastante incapacitante. Pero mejor en la cabeza.

—No voy a disparar a nadie en su cabeza, Gabriel —dice ofendida.

—Puede ser que tu vida o la de tu familia dependa de ello. ¿Y no lo harás?

—No lo sé. Prefiero que no se dé la situación.

—Y yo. Bajemos al comedor, hay que desayunar, y luego nos reuniremos con tu padre. Creo que van a continuar con la boda, aunque no sé si vendrán los invitados de otros países, tal y como está la cosa.

—Yo no lo haría, desde luego.

Sale de la habitación y la sigo, mirando a todas partes. A la mayoría del personal me lo conozco, también al secretario del regente, que parece que está en todos los lugares. Él nos saluda y mira a Ellie algo más fijamente. No le doy importancia. Entramos en el salón y Viv se abraza a su hermana. La esposa del heredero, Leonora, está allí, sin barriga y algo pálida, pero sonríe. El heredero parece no haber dormido nada, al igual que el regente, que invita a sentarse a todos para desayunar. Los agentes también tenemos una mesa aparte, para poder tomar café y alguna cosa más, eso sí, de pie. No me importa. Estoy acostumbrado.

Me sirvo un café doble y cojo un *croissant*, aunque no está preparado como el del bar de Madrid, está delicioso. Todos están en silencio, comiendo, hasta que, una vez que el regente ha terminado su desayuno, carraspea y se pone de pie.

—Tenemos que hablar, familia.

Capítulo 21



Me coloco en la silla, sintiendo la funda de la pistola que me ha puesto Gabriel en la espalda, como un recordatorio de que las cosas están difíciles de verdad. Que esto es serio y que nuestras vidas están en peligro. Supongo que para las personas que viven ajenas, no deja de ser algo «normal» que atenten contra la vida de políticos o casas reales. Para mí, es mi familia, mis hermanos, mis padres. No es tan normal como se pueda pretender.

Miro de reojo a Gabriel, que se está tomando un café junto a Harrison, el agente de mi hermana. Viv está sentada enfrente de mí, con Richard, y ambos tienen ojeras. No habrán dormido mucho, como todos.

Mi madre sigue ausente al final de la mesa y mi hermano acaricia la mano de mi cuñada, que parece agotada, pero ahí está, resistiendo, como todos.

Mi padre parece haber envejecido diez años en unos días. Su cabello no está peinado como siempre y lleva un traje sin corbata. Puede que se acabe de cambiar de camisa, pero juraría que no ha dormido nada.

El servicio nos pone el desayuno delante. Yo tengo un café solo doble, y un zumo, con unas galletas de avena. Suele ser lo que tomo a diario. Cada uno tenemos nuestros gustos y los conocen a la perfección.

Mi padre toma el café como si fuese droga y tiende la taza para una segunda dosis que su secretario personal, Eric, le trae con rapidez.

Todos mordisqueamos el desayuno, esperando que nos cuente, pero creo que tiene un nudo en el estómago.

—Hijos, hijas —dice mirándonos uno por uno—, estamos en una difícil situación, pero quiero ser franco y explicaros bien lo que está pasando.

Todos dejamos las tazas o lo que sea y lo miramos fijamente. Incluso mi madre parece prestarle atención.

—Hemos registrado el castillo palmo a palmo y se está investigando la procedencia de los drones. Alguien ha preparado esto con mucho tiempo, sabiendo que con la boda de Vivianne podríamos estar más vulnerables. Nuestro ejército y los servicios de la empresa de seguridad están intentado atrapar a los malnacidos que han querido acabar con nosotros. Hemos recibido también el ofrecimiento de la nación de Francia, su protección.

Mi hermano suspira aliviado. Él tiene mucho contacto con el gobierno francés y sospecho que, cuando llegue al trono, puede que gestione de forma distinta la relación.

—De momento, no he aceptado que vengan soldados franceses aquí, pero lo que sí os digo es que no nos van a amedrentar y que la boda seguirá adelante. Sé que será el momento más peligroso, y haremos lo posible por que todo esté bien vigilado. Se celebrará de forma privada,

aunque retransmitiremos por televisión el enlace, para demostrar que no tenemos miedo.

—¿Y no habrá invitados? —dice Viv casi haciendo un puchero.

—Compréndelo, hija. Los mandatarios internacionales no quieren arriesgarse. Solo estará la familia más íntima. Pero te prometo que, cuando pase esto, haremos una gran fiesta en la que invitaremos a todas las casas reales europeas.

—Está bien, padre, lo entiendo.

Su prometido la abraza y ella esconde su cara en el cuello de Richard. En el fondo, me da un poco de pena, porque tenía una gran ilusión en la boda y también en que príncipes y princesas de todas las casas reales vinieran. Ella es mucho de relacionarse con la realeza.

—Quiero que os quedéis siempre con vuestros agentes. Gracias a ellos estamos bien. Están haciendo un gran trabajo aun a costa de su propia integridad.

Se vuelve para dar las gracias y mira directamente a Gabriel. Su jefe asiente con seriedad.

—Adelantando la boda a este sábado, podremos zanjar el tema cuanto antes. Vosotros os iréis de viaje y haremos una investigación más profunda si cabe. Y ahora, desayunad tranquilos.

Se levanta y sale de la habitación, seguido de Eric y de tres agentes. Viv y yo nos miramos y comemos silenciosamente.

—¿Podré pasar luego a ver al pequeño? —le pregunto a Leonora. Ya lo conozco en una foto que nos envió JJ, pero no me canso. Está en el ala de los niños, con sus hermanitos y varios agentes.

—Claro, pásate. Estaré todo el día allí.

—¿Ya os habéis decidido por el nombre? —pregunto a mi hermano, que niega con la cabeza y sonríe ligeramente.

—Yo querría llamarlo Stephan, pero Leonora prefiere Henry.

—Todos tenemos nombres compuestos, ¿Por qué no llamarlo con ambos? —dice Vivianne Marie-Thérèse.

—Es lo que haremos. El problema es cuál poner delante —dice Leonora, que sabe que ella ganará, como siempre.

Mi hermano se levanta y tras darle un beso a su esposa en la frente, se marcha hacia su despacho.

—¿Vamos a ver al pequeño? —digo. No tengo otra cosa mejor que hacer y ver un bebé siempre te alegra el día, o al menos, a mí. Ella asiente y nos levantamos. Miro a Viv y ella niega.

—Nosotros nos vamos a pasear por el jardín, a ver si me calmo.

Leonora y yo salimos del salón, seguidas por los dos agentes, y, cogidas del brazo, caminamos hacia la zona donde está el bebé.

Mis sobrinos nos reciben con los brazos abiertos. Menos mal que fue una fiesta solo para adultos, pero, aun así, se dan cuenta de que pasa algo, sobre todo porque están encerrados en la zona de juegos que da a sus habitaciones y porque hay dos mujeres con traje vigilándolos.

—¡Tía Ellie! —dice Nathaniel abrazándome—, me prometiste jugar una partida de ajedrez.

—Prepara las piezas, voy a ver al bebé y enseguida me reúno contigo.

—Y yo quiero invitarte a tomar el té con mis muñecas —dice la pequeña Cataline.

—Claro que sí. Uno tras otro.

Voy al cuarto del bebé, que duerme con la calma que solo la inocencia puede dar. Es pequeñito, ya que nació prematuro. A ratos está en la incubadora, pero ahora mismo duerme en la cuna. Una enfermera lo vigila las 24 horas del día. Supongo que alguna ventaja tiene ser quiénes somos.

Después de mirar con arrobo al bebé y dejar a la madre sentada en el sillón de lactancia, ya

que pronto le va a tocar alimentarse, salgo al cuarto de juegos. Mi sobrino me espera con el tablero y me siento junto a él. Me gana en menos de media hora y después, nos sentamos en el suelo, para tomar el té con dos muñecas con el pelo corto. A mi sobrina le ha dado por cortarles a todas el pelo. Dice mi cuñada que verme la inspiró.

Reímos un rato las dos y mi sobrino, aunque algo reacio a juntarse con dos chicas y jugar a juegos de chicas, acaba aceptando una taza de té imaginario y se sienta con nosotras.

—Tía Ellie, ¿nos va a pasar algo? —me dice mirándome serio.

—No, cariño. Estamos bien protegidos —digo señalando a los agentes que están situados en puntos estratégicos.

—Pero antes no teníamos estos agentes en casa. Solo cuando salíamos. Y mis padres no me cuentan nada.

Me mira con miedo y sé que no hay cosa peor que imaginarse en lugar de saber. Mi sobrina está entretenida y me dirijo solo a Nat.

—Mira, hay unos señores malos que quieren hacer daño a la familia, pero gracias a estos agentes no nos va a pasar nada. Ya casi están a punto de atraparlos. No debes tener miedo, porque tus padres siempre te cuidarán y protegerán.

Me mira algo más aliviado y asiente. Luego observa a los agentes y se queda mirando a Gabriel, que le sonríe levemente.

—El tuyo es muy alto y fuerte. ¿Es porque tú eres más importante?

—No, qué va —rio suave—, creo que me tocó, como en un sorteo, ¿sabes? Pero todos son muy valientes y saben artes marciales.

—Como en los videojuegos —asiente entusiasmado—. ¿Y llevan pistola? —dice en voz baja.

—Claro, son agentes secretos —susurro.

Se queda pensativo y su hermanita nos interrumpe. Ahora trae el maquillaje y creo que voy a ser su víctima.

Pasamos toda la mañana pintarrajeándonos la cara. Cuando aparece Leonora, me mira con seriedad. Hasta su hijo mayor lleva pintura en la cara, he estado dibujando una máscara de Spiderman y me ha pedido que le haga una foto, para enseñársela a sus amigos.

La niña parece una muñequita, lo sé, y yo… posiblemente algo como un payaso, pero al menos he pasado un tiempo con ellos divertido y se han relajado.

Como mañana es la boda, esta tarde van a venir varias modistas a dar los últimos retoques a todos los vestidos. Supongo que será en la capilla del castillo, en lugar de en la catedral de Saint-Paulin.

Me paso una toallita por la cara para desmaquillarme y me despido de mis sobrinos y mi cuñada, que también está más tranquila.

Gabriel y yo caminamos hacia la biblioteca. Estaré un rato hasta la hora de comer leyendo.

—¿Crees que todo irá bien? —le pregunto.

—Me gustaría decir que sí, pero no lo sé.

—Ya.

Entramos en la biblioteca, donde un empleado se afana por limpiar las estanterías. Hay tantas que él solo se dedica a organizarlas. Hablamos sobre libros y me recomienda una novela histórica. Mis favoritas son los *thrillers*, especialmente los románticos, pero me encuentro viviendo uno y casi no me apetece.

Me siento en el sillón e invito a Gabriel a que lo haga. Él no parece decidirse.

—Vamos, llevas toda la mañana de pie, por favor, siéntate.

—Está bien.

Se sienta detrás de mí, mirando la puerta y posiblemente las ventanas. La verdad es que hace bien su trabajo. Durante un rato, me relajo y consigo que Gabriel descanse, aunque parece una lechuza posada en su rama. Sus ojos revisan la zona y, la verdad, me estoy acostumbrando a su presencia, aunque sé que, cuando esto acabe, no lo volveré a ver.

Capítulo 22



Me he divertido viendo jugar a Ellie con sus sobrinos. Es tan diferente a cómo yo pensaba. Trabajar en la ONG en Madrid le ha abierto los ojos a otro mundo distinto al suyo. Ella es abierta y trata con cariño a todos.

Estoy muy preocupado. El que el regente haya rechazado la protección del servicio secreto francés, por mucho que nosotros seamos agentes especializados, me preocupa. No me gusta que se metan en mi trabajo, pero esto va en serio. ¿Drones en el castillo? Y lo peor, alguien que los maneja desde dentro. Harrison me ha dicho que han investigado a todo el personal y nadie parece tener conexiones con grupos terroristas. Porque parece que está organizado por varias personas.

Vamos a la biblioteca e insiste en que me siente. La verdad, entre lo poco que he dormido y el rato que he estado de pie, estoy algo cansado. Supongo que ya no estoy en forma como antes, que podía pasar varios días casi sin comer en vigilancia. Me he vuelto más blando.

Vigilo las idas y venidas del bibliotecario, un hombrecillo agradable, que acaba por marcharse y dejarnos solos. Se la ve tan concentrada en el libro, tan tranquila, que quiero grabar esta imagen en mi memoria para siempre, para cuando me vaya y no vuelva a verla salvo por las revistas del corazón.

Un ruido en la zona central me alerta y me levanto, con la pistola en la mano. Ese sonido me es familiar y no son petardos, son tiros. Me asomo por la ventana de la sala y veo varios hombres encapuchados y vestidos de negro. Maldigo y voy corriendo hacia la puerta. Al fondo del pasillo, hay otro.

—Ellie, levanta. ¿hay otra salida de aquí?

—¿Qué ocurre?

—Asesinos —digo cogiéndola de la mano.

—¡Mi familia! —dice soltándose de mí y corriendo hacia la puerta, la abre, pero consigo que no salga. Dos tiros se clavan en la puerta y la empujo hacia atrás, poniéndome delante y a cubierto.

El tipo que he visto por el pasillo se acerca, entra en la biblioteca y mira, con un rifle de asalto en la mano. Si nos ve, estamos perdidos. Nos hemos escondido detrás de una estantería, pero no tardará en localizarnos. Hago que mi princesa se meta debajo de una mesa y me acerco con sigilo. El tipo es grande, pero yo también. Saco el cuchillo de mi bota. No quiero que nadie se entere de que estamos aquí.

Cuando el tipo se acerca hacia la zona donde estamos, lo ataco. Él se revuelve y luchamos, y consigo que tire el fusil. Me pega duro en el costado, es un luchador experto. Caemos contra la estantería, que se tambalea y algunos libros caen de lo más alto, con tan buena suerte, que uno de ellos golpea a mi atacante, y, aunque no lo deja inconsciente, me da tiempo de darle un buen

puñetazo en la cara. Cae al suelo y le quito el pasamontañas. Su rostro tiene cicatrices y eso significa que es un tipo curtido en cualquier lucha. Le doy una patada en la cabeza por si acaso y miro sus bolsillos. Nada.

Cojo el fusil de asalto y una pistola, que nunca se sabe. Miro hacia atrás y Ellie tiene los ojos como platos. Esta en *shock*.

—Despierta, princesa, tenemos que huir a algún sitio seguro.

Al escuchar «sitio seguro», parece que su rostro se ilumina y me coge de la mano.

—Sígueme. Es un secreto que solo sabe la familia, y que hemos prometido no desvelar a nadie, pero es un momento desesperado.

Salimos al pasillo, que está desierto. El castillo es tan grande que habrán tenido que dividirse. Mi radio no parece funcionar, quiero avisar a Harrison, pero no hay señal. Con Ellie me dirijo hacia el pasillo que da a una enorme torre que supongo que es de vigilancia.

—No podemos subir ahí o nos quedaremos atrapados. Hay que buscar una salida, un coche, y marcharnos.

—No te llevo a la torre. Es otro lugar. Confía en mí.

Vigilo el pasillo y sí, para qué negarlo, confío en ella. Al llegar a las escaleras de la torre, se dirige hacia un rincón donde no parece haber nada, excepto un viejo candelero atornillado a la pared. Ni siquiera parece funcionar.

Ella se pone delante y acciona algo en el aparato y la pared del fondo, algo estrecha, empieza a abrirse.

—Vamos —me dice cogiéndome de la mano.

Es una abertura angosta y paso de lado, pero luego da a un pasillo más amplio. La puerta se cierra silenciosamente y nos encontramos en un lugar que huele a cerrado. Eso sí, está muy limpio. Ella tantea la pared en busca de algo y me pone en la mano una linterna. Enciende la suya y se vuelve hacia mí.

—Es un pasadizo que se comunica por todo el castillo. Solo lo sabe la familia y los más allegados y sirve, bueno, para estas cosas. Lo conozco bien porque solía esconderme cuando querían llevarme a actos públicos.

—¿Llevará al garaje?

—Sí, pero no me voy a ir sin saber si mi familia está bien. Además del búnker, que también está comunicado, podemos caminar por todo el castillo sin que nos vean. Y hay lugares donde se puede ver lo que pasa fuera.

—Como un castillo encantado.

—Supongo —dice levantando los hombros, y la sigo, sintiendo el dolor en las costillas. Creo que llevo alguna rota, pero no le diré nada.

Caminamos un rato y coge una mochila con otras dos linternas. Hay también algunas botellas de agua en una habitación pequeña con una cama y mesa y sillas. Veo, incluso, un microondas.

—Estáis bien preparados.

—Mi abuelo quiso hacer todo esto. Decía que éramos un país pequeño, como un caramelo que a todos les apetecería robar. Supongo que tenía razón.

Me mira, pidiéndome algún tipo de razón que no le puedo dar.

—Vayamos a buscar a los niños, si quieres.

—Sí, por favor. Hay una puerta que da a esa zona, aunque no justo donde ellos están.

Recorremos los pasadizos y de vez en cuando, nos asomamos por los lugares escondidos. Sigue habiendo tipos con armas por todas partes, pero todavía no hemos visto a nadie de la

familia real. Ellie está preocupada y a la vez parece pensar que se habrán escondido, como ella. Yo no soy tan optimista.

De repente, se vuelve. Casi tropiezo con ella.

—Gabriel, yo… si no salimos de esta, quiero que sepas que me ha encantado estar contigo y que, tal vez…

—Saldremos, princesa, de eso me ocupo yo.

Se pone de puntillas y pasa las manos por mi cuello. Sé lo que va a hacer y no la pararé. Me da un dulce beso, que le respondo con fiereza. No quiero perderla, pero si lo he de hacer por salvarla, lo haré.

Nos separamos con pena y seguimos caminando hacia la zona de los niños. Nos asomamos y veo a las dos agentes en el suelo, en un charco de sangre. Maldigo en silencio. Dos tíos enormes salen y esperan, apuntando con la pistola. Leonora, con el bebé en brazos y con la pequeña de la mano, sale sin decir una palabra. Nathaniel, todavía con el rostro pintado de Spiderman, va agarrado a su falda. La pintura está surcada por sus lágrimas.

Ellie aguanta un grito y me mira. Yo soy uno, y ellos dos y bien armados. Es difícil, pero cuento con el factor sorpresa. O eso espero.

Dejamos que pasen de largo. La mujer y los niños van delante y los dos tipos se han dividido, uno delante y otro detrás. Me preparo para abrir la puerta con sigilo. Espero que esté tan bien engrasada como la que entramos.

Salgo y le pido a Ellie que se quede dentro. El tipo parece verme por el rabillo del ojo y se gira, yo disparo sin dudar.

Ellie grita a su familia que se tiren al suelo y el otro tipo me dispara, pero logro ponerme tras una columna. Los niños están apretados a su madre, sin gritar. Solo el bebé, sorprendido por el movimiento brusco, llora desconsolado.

El tipo viene hacia mí sin comprobar si su compañero está vivo. Que no lo está porque el tiro en la frente ha sido certero. Doy la vuelta a la columna y me arrojo sobre él. Ellie sale corriendo y coge a los niños. Leonora sujeta con fuerza al bebé y se meten en el pasadizo, cerrando la puerta.

Sigo luchando, algo más aliviado porque estén a salvo, pero el tipo no parece tener ganas de morir.

Me da una patada en la pierna que me hace caer al suelo, saca su pistola y a mí no me da tiempo. Sé que es mi último momento y siento no haberle dicho a Ellie que estoy enamorado de ella.

El disparo suena, pero yo no siento nada. Cuando levanto la cabeza, veo a mi princesa, con la pequeña pistola en la mano y el tipo, sorprendido, la mira y luego mira su estómago, que sangra. Aprovecho para meterle un tiro en la cabeza y cae a plomo. Ella se asusta y da un paso hacia atrás.

—Vamos.

La cojo del brazo y nos metemos en el pasadizo. Los niños parecen calmados, su madre se ha encargado de ello. Es una mujer muy valiente.

—¿Cómo estás, Gabriel? —me dice mi princesa, preocupada.

Me apoyo en la pared, y me prometo a mí mismo que, si salgo de esta, me voy a poner en forma al mil por cien, porque estoy molido.

—Bien. Vamos a algún sitio donde puedan quedarse los niños.

Ellie asiente y se pone en marcha, de la mano de Nathaniel. Yo cojo en brazos a la pequeña, que no parece decidida a caminar.

Llegamos a una zona donde huele a comida, por lo que intuyo que estará cerca de las cocinas y, por tanto, del garaje. Allí hay tres coches blindados. Si podemos meternos en uno, nos largaremos.

Hay una especie de cuartito, con un candil de aceite, que Ellie se apresura a encender. Allí hay más botellas de agua y algunas latas de galletas.

—¿Qué vamos a hacer, Ellie? No sé dónde está tu hermano.

—Ellos saben que se tienen que esconder, Leonora —dice Ellie—. Nosotros tenemos que salvar a los niños.

—Sí, de acuerdo.

Leonora lo acepta. Refresca a los niños con el agua y aprovecha para darle el pecho al bebé. No tiene pañales ni nada, pero seguro que nos arreglaremos.

—¿Cuál es el plan? —me dice Ellie, y Leonora me mira con atención.

—Estamos cerca del garaje. Intentaremos coger un coche blindado y salir de aquí. Si hace falta, nos iremos a Francia o a Mónaco. Allí puedo contactar con gente que nos ayudará.

—¿Y los demás, mis padres, mis hermanos?

—Ellie —digo cogiéndola de los hombros—. Eres mi responsabilidad y ahora lo son ellos. Yo no puedo salvarlos a todos. Pero mis compañeros harán lo posible.

Asiente y la abrazo. Me da lo mismo que su cuñada nos vea. Le doy un beso en la frente.

—Mantente fuerte, ellos te necesitan —digo en su oído.

Ella se libera y sonríe a los niños y a Leonora.

—Nos vamos de excursión, chicos, vais a conocer los pasadizos del castillo.

El niño se anima un poco y la niña me echa los brazos para que la coja. Supongo que su instinto de supervivencia se aferra al más fuerte, aunque, sinceramente, no sé si yo lo soy.

Capítulo 23



Tener a los niños conmigo me ha infundido un coraje y una rabia que jamás había sentido. Quiero salvar a mis sobrinos a toda costa, aunque temo por mis hermanos y mis padres. Tampoco sabemos qué les habrá pasado a los agentes.

Escuchamos tiros y nos agachamos por inercia. Estamos caminando hacia el garaje y rezo para que todavía estén los coches.

Gabriel se asoma por un compartimento especial que hay cada cierto tiempo, simulado bajo unas lámparas. Anda que no era listo mi abuelo ni nada.

—Hay muchos encapuchados corriendo de un lado para otro. No he visto a nadie de vuestra familia.

Sé que miente y voy a mirar, pero no me deja. Me empuja con suavidad hacia el pasillo y sigo caminando. Ha visto algo que no le gusta y lleva el rictus muy serio.

Llegamos cerca del garaje. Allí parece estar todo más tranquilo. Gabriel deja con cuidado a la niña en brazos de su madre y los hace sentarse en el suelo, a descansar. Leonora lleva el rostro serio, triste, aunque está entera. Ante todo, es una madre coraje que quiere salvar a sus hijos.

—Quedaos aquí, voy a echar un vistazo.

—Te acompaño, para mostrarte dónde está la puerta —digo, porque quiero preguntarle qué ha visto.

Asiente y vamos un poco más allá del pasillo. Cuando sé que Leonora no nos va a escuchar, lo cojo del brazo y se vuelve.

—¿Quién? —digo temblando.

—Tu padre. Lo siento.

Aprieto los labios y continúo caminando hacia el garaje. No voy a rendirme ni a ceder. Sacaré a mis sobrinos y a Leonora como sea. Gabriel me para e intenta abrazarme, pero lo rechazo.

—No, ahora no puedo. Si te abrazo, me derrumbaré, y no es el momento.

Él me deja y llegamos a la puerta. También hay una mirilla. El garaje, normalmente iluminado, tiene en ese momento poca luz. Cuando se nos acostumbra la vista, vemos que hay un coche de los tres blindados. Espero que en los otros dos hayan escapado mis hermanos.

—Voy a salir y pondré el coche en marcha. Cuando lo tenga, abriré la puerta y tenéis que salir rápido y meteros atrás. Aunque sea blindado, quiero que os echéis en el suelo. ¿De acuerdo? Tienes que encargarte de que Leonora y los niños lo comprendan.

—Sí, no te preocupes, pero ¿y si hay alguien?

—Si ocurriera algo, quedaos dentro y escondeos bien, en algún punto cerca de alguna salida, bien al jardín o donde sea. Y cuando todo se acabe, salís. Imagino que el ejército habrá

rodeado el castillo.

—Por favor, ten cuidado.

—Sí, es mi trabajo.

Lo cojo y de nuevo le doy un beso en los labios. Ha sido un leve roce, como el de una pluma, pero suficiente para saber que no quiero perderlo. Él me acaricia el rostro con pena y abrimos la puerta.

Desde la mirilla, lo veo desaparecer en la oscuridad. Se mueve como un gato, para lo alto y fuerte que es. Voy a buscar a mi cuñada y a los niños, que están un poco más lejos.

Voy andando deprisa y les explico lo que tienen que hacer.

—Ahora somos agentes secretos como Gabriel —digo a los pequeños—. Va a poner el coche del abuelo en marcha y tenemos que meternos dentro y tirarnos al suelo. ¿Comprendido?

Todos asienten. El bebé está durmiendo y yo me subo a la espalda a mi sobrina. A Nat lo coge su madre de la mano. Tengo la pistola cerca, en el bolsillo, solo por si acaso.

Nos quedamos en la puerta, esperando la señal de Gabriel. El coche, que es híbrido, se mueve lentamente hacia donde estamos nosotros, con las luces apagadas. Suspiro aliviada cuando lo para justo al lado de la puerta.

Salimos del pasadizo y Gabriel abre la puerta trasera, con la pistola en la mano. De repente, todo se precipita. Alguien ha salido de un cuarto trastero y se abalanza sobre él. Luchan mientras nos quedamos paradas.

—¡Subid al coche! Tú conduces —grita Gabriel mientras intenta deshacerse del atacante.

—Eres el agente —dice el hombre levantándose del suelo—. Yo pensé…

Subo a Leonora y los niños al coche y me encaro con Richard.

—¿Dónde está mi hermana?

—La perdí. Cuando todo se complicó, salimos corriendo. Yo pensé que la querrían a ella y …

—¿Dejaste tirada a mi hermana? ¿Dónde? —replico furiosa.

—La cogieron, se la han llevado —hipa el muy cobarde.

Gabriel le da un puñetazo y lo deja tirado en el suelo.

—Vamos.

Me subo en el asiento del copiloto y él se prepara para abrir la puerta del garaje.

—Agachaos. No sé qué tipo de armas tienen.

—No deberíamos dejar a Richard… —digo con algo de remordimiento.

—Se lo merece —grita Leonora desde atrás.

Asiento y me agacho, según me indica Gabriel. La puerta del garaje comienza a abrirse, tan lento que parece que vaya hacia atrás. Miro el rostro de concentración de mi agente. Una gota de sudor le cae por la frente y quisiera limpiársela, pero ahí estoy, agachada. Él se vuelve, como si supiera que no le quito ojo, y me sonríe levemente, para animarme.

Vuelve a mirar al frente y por fin, la puerta se abre. Acelera y sale a toda velocidad. Recibimos impactos de bala que nos asustan y nos hacen gritar. Me incorporo un poco y veo que en el jardín hay cuerpos de militares y policías, también de encapuchados. Ha sido un asalto en toda regla. Eso parece una zona de guerra.

Gabriel conduce como un loco por los senderos, esquivando y también atropellando a algún encapuchado. No lo cuestiono. Conseguimos salir por la valla, que está abierta, y hay una barrera del ejército que rodea el castillo. Hace sonar el claxon como un loco y retiran los coches. Pero no para. Continúa.

—¿No deberíamos?

—No me fío de nadie —dice mientras esquiva algún coche de policía.

Pronto, un par nos siguen y él va esquivando los coches. Con una limusina tan grande, su pericia al volante es asombrosa.

Llegamos a una plaza que da a un callejón y él para el coche.

—Todos fuera, ¡ya! —grita con su atronadora voz.

Leonora coge al bebé y a la niña y yo al niño y salimos del coche, mientras Gabriel, armado, mira hacia atrás.

—Tengo un lugar donde ir —dice conduciéndonos por calles estrechas.

Llegamos a un portal bastante desvencijado y llama a varios timbres. Alguien nos abre y salimos de la calle. Subimos al primer piso y de debajo de la alfombra, saca una llave. Entramos y, de inmediato, mira por la ventana.

—Nos quedaremos aquí esta noche. Y en unas horas saldremos del principado.

—¿Qué es este sitio, Gabriel? —pregunta Leonora mirando alrededor.

—Harrison y yo sospechábamos que podría pasar algo y buscamos un lugar seguro. Un piso franco. Creo que nadie sospechará, pero saldremos pronto. Acomodaos lo mejor posible. Yo voy a por un coche y vuelvo pronto.

Lo miro con miedo, pero asiento. Él se va a un dormitorio y sale cambiado. Lleva una camiseta, vaqueros y una cazadora negra. Se ajusta la cartuchera y me da una pistola algo más grande.

—Si no soy yo, dispara —dice y nos deja allí, en el piso.

Miramos alrededor. Es un lugar pequeño, pero limpio. Tiene un dormitorio, un baño y una pequeña cocina. Voy a buscar agua y veo que la nevera está llena, con agua, leche e incluso alguna cerveza. Los armarios tienen galletas y latas de conserva. La hora de comer se pasó hace mucho e imaginamos que los niños tendrán hambre.

Miro en el baño y veo que hay compresas femeninas, le saco un paquete a Leonora par que las use con el bebé. Menos es nada. Ella lo agradece y el bebé ya lo necesitaba.

Mientras mis sobrinos están mirando por la ventana, que tiene cristales opacos, yo preparo pasta al microondas. Creo que nos vendrá muy bien comer algo a todos. Le guardaré a Gabriel una ración, por si acaso. Bebemos agua y hacemos uso del baño. Leonora le lava la cara a su hijo para que desaparezcan los churretones de Spiderman que llevaba.

Acostamos a los niños en la cama, para que descansen, y se duermen abrazados el uno al otro. Esto nunca lo olvidarán.

Leo y yo nos sentamos en el sofá. Ella vuelve a amamantar al bebé y me mira con los ojos llorosos.

—¿A quién vio Gabriel?

Supongo que tiene miedo por su esposo.

—A mi padre.

Bajo la cabeza y ella acaricia mi mano. Me levanto para mirar nerviosa por la ventana. Hace casi dos horas que se fue Gabriel y no ha vuelto. Escucho la cerradura y cojo la pistola, apunto y me dispongo a disparar, sea quien sea.

Capítulo 24



Cuando salgo del piso, mi corazón se queda allí. Al menos he conseguido sacarla del castillo. Espero que del principado.

Harrison no me contesta al teléfono y no me atrevo a hablar por radio. No quiero llamar a mi jefe. Llamémoslo instinto, en este momento, no me fío de nadie.

Debo conseguir un coche y llegar al puerto. Quizá alquile un barco y nos vayamos, de momento, hasta Mónaco. Son unas dos horas de viaje, pero desde ahí, será más fácil viajar a algún lugar. Es la opción A. La opción B es ir a Niza, donde mi hermana tiene una casa de vacaciones. Podremos escondernos durante unos días.

Me meto en un bar, no porque quiera tomar algo, sino porque tienen las noticias de la televisión encendidas. Allí han transmitido el asalto a los regentes y dicen que tienen prisioneros, que hasta que no firmen un tratado de extradición de ciertos delincuentes, no los soltarán.

A mí no me la dan con queso. Esto es una adquisición. Quieren Saint-Paulin aunque sea asesinando a la familia real, para que alguien, que todavía desconozco, se haga cargo del país. Lo estuve comentando con Harrison. Espero que esté bien. Tiene esposa y un bebé de dos años.

Salgo del bar y veo que la policía anda patrullando la zona. Nos alejamos de la limusina, pero puede que intuyan que estamos por ahí. Debo conseguir un coche familiar, con sillitas de bebé. Haberlos salvado a ellos me ha complicado todo, pero me alegro de no haberlos dejado allí.

Al final, no consigo un coche decente. Robar no es lo mío, así que alquilaré uno. Entro en un establecimiento y tras pagar con la tarjeta opaca que siempre llevamos y que no registra nuestro nombre real, salgo con un estupendo coche de siete plazas con tres sillas de bebé.

Creo que igual podríamos huir por carretera. Ese era mi plan B y creo que el más fácil para viajar con tres niños. El coche es cómodo, así que entro en una farmacia, compro analgésicos para mí porque estoy molido y se me ocurre que el bebé necesitará pañales. Los otros son mayores. Luego voy a una tienda de chucherías y lleno una bolsa. Sé que no es lo mejor para los niños, pero les mantendrá entretenidos.

Tengo que dar un rodeo para aparcar el monovolumen y esquivar las patrullas policiales. Cuando subo al piso, al abrir la puerta, lo primero que veo es una pistola en mi cara y el rostro de Ellie asustada.

—Tranquila, soy yo —digo levantando las manos incluso con las bolsas.

Ella baja el arma y me deja entrar. Leonora había cogido una sartén y la blandía como un arma. Sonrío y le doy la bolsa.

—Saldremos de viaje. He comprado pañales y dulces para tus hijos.

Ella se lanza a mí y me da un abrazo. Coge las bolsas y se dirige hacia el dormitorio, donde

los tres niños duermen.

—¿Cómo va todo? —me pregunta Ellie cogiéndome la mano.

—No sabemos. Los asaltantes dicen ser terroristas, de una secta, y piden liberar rehenes, pero no me lo creo. He conseguido un monovolumen y saldremos de viaje enseguida, hacia Mónaco y luego a Niza.

—¿Por qué a Niza?

—Allí mi hermana tiene una casa. Nos esconderemos unos días, hasta que se aclare todo. Sé que te parezco desconfiado, pero quiero asegurarme de poneros a salvo.

—Gracias, Gabriel. Esto es mucho más de lo que supone tu trabajo.

—No os podría dejar —digo, aunque no es lo que quisiera expresar. Ella parece comprender y se va a la cocina.

—Te caliento la comida. Aquí hay de todo.

—Sí, Harrison es experto en pisos francos.

Como algo y me siento un poco mejor. Cogemos botellas de agua y galletas para el camino, aunque podremos parar. Abro un altillo donde hay una caja fuerte. Cojo un fajo de billetes y le doy parte a Ellie, otra parte me la quedo yo.

—Por si acaso.

Ella asiente y se lo guarda todo en la mochila, junto al agua y las galletas. Me meto en el dormitorio y abro un armario. Hay sudaderas y camisetas. Son de hombre, pero pueden cambiarse.

—Coged lo que queráis y cambiaos. Salimos en cuanto estéis.

Anochece, y miro por la ventana. Las calles están tranquilas y me gustaría saber qué demonios está pasando. No caímos en añadir una televisión o una radio y mi móvil no tiene batería. Cojo un móvil de prepago, que no tiene Internet, pero al menos podrá servirme para conectar con Harrison, si ha sobrevivido al asalto.

Los niños salen somnolientos y aturdidos. Me alegra ver que les cambia la cara cuando ven las chucherías. Ellas se han puesto unas sudaderas finas sobre sus trajes y se han recogido el pelo en coletas. No parecen las princesas elegantes de las revistas, pero sí dos mujeres valientes.

Bajamos las escaleras. Leonora ha cortado una sábana y se hizo una especie de pareo para llevar al bebé y así puede darles la mano a ambos niños. Ellie va detrás de mí, con la mochila, y yo, antes de salir, me vuelvo.

—Intentad actuar con normalidad, por favor. Caminemos tranquilos, ¿de acuerdo? El monovolumen está a dos calles de aquí.

Ellos asienten y me siguen. Ya es de noche y algunos bares están abiertos, y no hay mucha gente por la calle. El asalto ha asustado a los Paulinos y se han recogido en sus casas. Llegamos al monovolumen y acomodamos a los niños. Ellie se sienta a mi lado y Leonora me mira, dándome las gracias con un gesto.

Una vez que todos tenemos el cinturón puesto, arranco el motor y nos vamos. Mi plan es salir por una de las fronteras más frecuentadas, porque, al contrario de lo que puedan pensar, si hay más gente, pasaremos desapercibidos, o eso espero.

Tras un viaje de una hora y media, en el que los niños se han atiborrado de caramelos y un dulzón olor se ha extendido por el coche, llegamos a la frontera. Hay acuerdo con Mónaco y no se exige el pasaporte ni el documento de identidad, a menos que sospechen algo. El problema es que ninguno de ellos lleva nada, ni verdaderos ni tampoco falsos. Así que toca rezar.

Me pongo en la fila más numerosa y esperamos con los nervios de punta. Los coches avanzan muy lentamente. Se ve que están vigilando fronteras, por el tema del asalto.

Cuando llegamos, un guardia se asoma y nos alumbra con la linterna. Mira los niños, que duermen y luego a mí.

—¿Motivo del viaje? ¿Quiénes son ellos?

—Mi esposa, mi hermana y mis hijos. Volvemos a Mónaco porque nos hemos asustado por el asalto al castillo del regente.

—Ah, sí, algo muy feo. Espero que lo solucionen. Continúen.

Salgo despacio y vuelvo a la autopista. Creo que hemos contenido todos la respiración, porque un largo suspiro nos nace de dentro.

Llegamos a Niza en otra hora, ya que ha habido que parar en una gasolinera para que los niños fueran al baño.

La casa de mi hermana no es muy grande, pero al menos es un lugar seguro. Ella no suele ir a menudo. Los dejo en la puerta y abro el garaje para meter el coche. Lo tengo alquilado por una semana, así que no lo reclamarán. De todas formas, posiblemente lo aleje de la casa.

Entramos en el coqueto adosado y quito la alarma. Ella me dio los códigos de entrada y de anulación por si acaso algún día lo necesitaba.

—Hay dos habitaciones arriba. Instalaos en la que queráis y yo dormiré en el sofá. Mañana iré a comprar un poco de todo. Mi hermana tiene ropa y creo que algo os valdrá. Podéis mirar en los armarios.

—Gracias otra vez —dice Ellie cogiendo a la pequeña en brazos y subiendo las escaleras.

Me siento en el sofá y pongo la televisión, hasta que encuentro un canal donde hablan del asalto. Todavía no se ha resuelto. El ejército francés ha acudido y se niegan a liberar a los dos cabecillas del grupo terrorista. Va a ser una negociación larga, me temo.

Me quito los zapatos y al hacerlo, las costillas me dan un pinchazo. Con la adrenalina, olvidé que debo tener una rota.

—¿Estás bien? —dice Ellie vestida con unas mallas y una camiseta de mi hermana—. Ya se han acostado. Gabriel, ¿estás herido?

—Golpes, nada más.

—Déjame ver.

Me hace quitarme la camiseta y abre los ojos al mirarme la espalda y el costado. Están enrojecidos, quizá tenga una pequeña hemorragia interna.

—Deberías ir al médico.

—¿Y cómo lo explico? No, Ellie, son contusiones. Se pasará. Tengo antiinflamatorios.

Me siento en el sofá agotado. Ella no me ha devuelto la camiseta, la retuerce en la mano y luego se sienta a mi lado.

—Nos has salvado la vida a mi familia y a mí. No sé cómo te lo podré agradecer, pero lo haré. El país lo hará.

—No te preocupes, es mi trabajo —digo mirándola a los ojos.

Ella se acerca y, apoyándose con cuidado, me da un beso que me reconforta más que el ibuprofeno. La abrazo hasta que vuelve a darme un espasmo y ella se aparta.

—Lo siento, lo siento —dice apurada.

—No, si dicen que las endorfinas van bien para el dolor —sonrío de lado.

—Deberías dormir en la cama. No creo que este sofá sea cómodo.

—Pero…

—Vamos, ven.

Me coge de la mano y me dejo llevar. Vamos a la habitación de matrimonio. La de las dos camitas la han ocupado la familia. Ella se quita las mallas, pero se deja la camiseta, y yo me

quito los pantalones. De todas formas, creo que sería incapaz de hacer nada. Estoy molido.

Se echa y me invita a su lado. Por fin, mi cuerpo descansa y soy consciente de lo dolorido que estoy. Ella se acurruca junto a mí, sin ponerse encima. Su presencia y su olor delicioso hacen que me excite. La sábana no puede ocultar mi erección. Ella la ve y se levanta, con los ojos abiertos como platos.

—Lo siento, es tu presencia… —me excuso. Ella me besa, y ahora quiero más. Me da igual llevar el cuerpo lleno de golpes. La deseo.

Se quita las braguitas y me baja el bóxer, sacando mi miembro erecto y deseoso de volver a probarla. Ella se pone sobre mí, sentada, y me acaricia. Siento el calor de su sexo sobre mis testículos mientras ella sube y baja la mano. Gimo suavecito y entonces ella se incorpora un poco y se mete dentro de mí. O yo dentro de ella. Sonríe satisfecha y empieza a moverse. Lleva mis manos a sus pechos desnudos bajo la camiseta y noto que me endurezco todavía más, por lo que ella gime y empieza a moverse más deprisa. Siento que voy a estallar y ella se arquea, la toco en su centro más íntimo mientras se mueve y explota. Yo me dejo llevar y, a pesar de que la costilla me da un pinchazo, me siento de maravilla.

Ella se echa sobre mí y me acaricia el pecho. Yo paso la mano sobre su cabello corto, y mi princesa se incorpora y me mira a los ojos.

—Te amo, Gabriel —me dice, y yo soy incapaz de responder. Ella tampoco parece esperarlo, sale de mí y me noto vacío de ella. Se pone a mi lado y se queda quieta. Pronto, empieza a respirar suavemente.

No puedo decirle que la quiero, porque ella ahora tiene el síndrome del salvador, ese en el que te enamoras de quien te salva la vida. Y si le digo la verdad, sabrá que mi vida no será nada sin ella. No quiero que se sienta obligada a mí.

Capítulo 25



Me despierto con la cama vacía y ya lo echo de menos. Me siento avergonzada. Ayer me lancé sobre él, aun sabiendo que estaba con dolores y, además, le dije que lo quería. No sé qué pensará de mí.

Me ducho rápido y bajo a la cocina, donde hay un pequeño desbarajuste. Como es demasiado pronto, no hay nada para comer, excepto las galletas que nos llevamos e infusiones. No hay leche ni nada que se le parezca. Los niños están enfurruñados y Gabriel mira de reojo el reloj.

—Las tiendas no abren hasta dentro de media hora —me dice apurado.

—No te preocupes —contesto—, estos niños tan formales y buenos saben que hay que esperar un poquito para desayunar y que tú y yo vamos a traerles lo que les apetezca, a cambio.

—¿De verdad, tía? Yo quiero cereales de dinosaurios —dice Nat. La niña asiente.

—Traeremos muchas cosas, solo tenéis que esperar aquí hasta que Gabriel y yo volvamos.

—¿Vas a ser mi tío ahora? —dice la pequeña, y él me mira sin saber qué decir.

—Como si lo fuera —dice su madre—, es de la familia.

—Gracias —dice Gabriel. Coge una mochila y algunos billetes—. Iré a comprar yo solo, no os mováis de aquí.

—No, te acompaño —digo segura—, yo sé lo que necesitaremos para toda la familia.

Él duda, pero asiente, y subo a la habitación para cambiarme. Escojo unos vaqueros que me vienen algo largos y una camiseta. Las deportivas también me van grandes, pero no mucho. Con mi mochila, ya estoy lista.

—Leonora, que los niños no salgan. Si llaman a la puerta, no abráis. Nosotros tenemos llave. Y, escucha, —susurra Gabriel en su oído, aunque yo consigo escucharlo—, hay una pistola en la alacena sobre el microondas. Úsala si te ves en peligro.

Leonora asiente decidida. Si algo es ella, es una madre valiente.

Salimos del bonito adosado y veo que los alrededores son espectaculares. Es una pequeña urbanización cerca del centro y enseguida llegamos a un supermercado de barrio. Allí tienen de todo, así que, cuando salimos, cada uno llevamos un par de bolsas. Gabriel, las más pesadas, a pesar de que le deben de seguir doliendo las costillas.

—Gabriel —digo mientras él no deja de mirar a todas partes—. Siento lo de ayer.

—¿El qué? ¿Acostarte conmigo? —Se vuelve y sé que me mira detrás de sus gafas oscuras.

—No, no. Obligarte a acostarte conmigo, con lo dolorido que estabas.

—Ah, bueno —dice sonriendo un poquito—, eso no fue ningún esfuerzo. Va bien para el dolor, así que se puede repetir las veces que sea necesario.

—Oh —digo asombrada por descubrir esa parte irónica que no había visto hasta ahora—.

De acuerdo, si te alivia, por mí perfecto.

—Pero no usamos protección, Ellie. He visto que has comprado condones. ¿Pero ayer?

—Hasta ayer he estado tomando la píldora. O sea que no creo que haya posibilidades. A partir de ahora, sí.

—De acuerdo.

Se queda pensativo y sigue mirando a todas partes. Yo querría preguntarle lo que piensa sobre lo que le dije, sobre que le quería, pero no me atrevo.

Cuando llegamos al apartamento, abre la puerta y avisa que somos nosotros. Leonora sale un poco asustada, pero se alegra de vernos. Los niños hacen una fiesta y nos piden que les enseñemos el contenido de las bolsas.

Empezamos a sacar y todo es aplaudido, desde los tomates hasta la leche. Leonora ayuda a recoger y por fin podemos tomar un desayuno en condiciones, que nos alivia y nos calma. No hay nada como tener el estómago lleno.

Dejo a Gabriel intentando hablar por teléfono y nos llevamos a los niños al salón. Ponemos dibujos animados y descubro que hay un portátil en una estantería. Lo conecto y busco las noticias del principado. Mi cuñada se acerca porque los niños están distraídos y vemos con horror que la situación no avanza. No dicen nada de si hay algún herido o muerto, nadie habla de la familia real. Se han atrincherado en el castillo y siguen pidiendo la liberación de esos dos presos. Esa mañana han dado un ultimátum de cinco horas o comenzarán a ejecutar a los rehenes.

Leo y yo nos cogemos de la mano, preocupadas no solo por Viv, mi madre y mi hermano, sino por todo el personal del castillo.

Ninguna noticia, por mucho que busquemos, da novedades.

—¿Deberíamos acceder al correo? Quizá nos hayan enviado algo —dice Leonora.

—Se lo preguntaremos a Gabriel. Espera, porque lo escucho hablar en la cocina.

Al cabo de un rato, él se asoma y nos hace un gesto. Como los niños están tan distraídos viendo los dibujos, ambas nos levantamos con sigilo y acudimos. Su rostro no es de que todo vaya bien. Mi cuñada y yo nos cogemos de la mano, él suspira y comienza a contarnos.

—He conseguido hablar con Harrison. Está escondido en los pasadizos con Viv y con bastante personal, que tu hermana hizo entrar después de que un encapuchado la cogiera. Entonces, su prometido le dio un golpe en la cabeza y huyeron. Parece que el tal Richard entró en razón y se comportó. No saben nada de tu madre ni de tu hermano, ni de mi jefe o de Wix, que estaban dentro.

—Supongo que a mi madre no le harán nada, ella está demasiado ida —digo con pena.

—Un rehén es un rehén —dice Gabriel pesaroso—. Me ha dicho Harrison que hay muchos soldados enemigos dentro del castillo y que no pueden salir. Han asesinado a casi todos los agentes, a los compañeros, y a muchos del servicio. Supongo que estarán buscando al resto de la familia. No le he dicho dónde estábamos, pero sí que estabais a salvo. Escuché dar las gracias a Viv. Ella parece estar bien.

—¿Y cómo van a salir?

—Llamaré a la policía. Este teléfono es muy difícil de detectar. Les diré que deben buscar la entrada al pasadizo que da a los jardines, como me dijiste. Por ahí no solo podrían sacar a los encerrados, sino entrar ellos.

—¿Sabes a quién tienes que llamar? —pregunta Leonora.

—Sí, voy a comunicarme con un mando de la seguridad francesa, lo conozco bien de cuando estuve de agente de uno de los ministros. Él me creerá.

—¿Crees que tu jefe está implicado? —pregunto.

—No lo sé. Harrison dice que no lo ha visto. Ha recorrido los pasillos y mirado por los huecos, vio cadáveres, pero no el de mi jefe.

—Tal vez sea un rehén —digo cogiéndole del brazo. Sería muy doloroso que la persona en la que confías fuera un traidor.

—Veremos.

Se retira para volver a llamar y lo veo hablar un buen rato desde el salón. Se mesa los cabellos y asiente. Luego niega efusivamente y cuelga.

Cuando ve que lo estoy observando, me dedica una pequeña sonrisa con la boca, pero sus ojos están hundidos y llenos de preocupación. Solo nos queda esperar, supongo.

Capítulo 26



No permitiré que se los lleven hasta que no esté seguro de quién es legal o no. El comandante ha insistido en que les diga dónde estamos, para venir a buscar a las dos mujeres y a los herederos, en caso de que el hermano también falleciera. Si fuera así, Ellie debería ser la regente hasta la mayoría de edad de Nathaniel. Eso me pone enfermo. Si en algún momento había una miserable posibilidad de estar con ella, se esfumaría.

La tarde se alarga, y los niños solo se entretienen con la televisión. Pasamos el rato entre pasear y mirar las noticias por el portátil. No hay novedades y esto puede acabar mal. Ellie hace la comida y todos, sobre todo Leonora, se asombran por lo bien que cocina.

A las siete de la tarde he quedado en volver a llamar al comandante, que me informa de que van a intervenir esa misma noche. Han localizado la entrada que les dije y el ejército de Saint-Paulin y el comandante de la *Direction générale de la sécurité extérieure* van a entrar. Me pide que lo llame en dos horas, sabiendo que yo no le voy a dar el número de teléfono.

Preparamos algo de cenar y aunque los niños comen con apetito, nosotros lo hacemos por acompañarlos. Les cuento una historia sobre uno de mis viajes al desierto y, aunque me trae malos recuerdos, les fascina lo de los camellos y las dunas.

Leonora se los lleva a la cama y se retira, dejándonos solos. Falta media hora para llamar al comandante y a pesar de que en la televisión están transmitiendo en directo con drones y helicópteros, no vemos movimiento.

—Es la parte trasera del jardín y está rodeada de árboles. Por eso se hizo allí, Gabriel.

Yo asiento e intento escudriñar la televisión. Nunca treinta minutos se hicieron tan largos.

El ultimátum de los secuestradores también llega a su fin y uno de ellos sale con mi hermano delante de él. Lleva el rostro golpeado y le apunta con la pistola. Las cámaras le enfocan, pero no se escucha lo que dice. Un movimiento a la derecha hace que el encapuchado dispare a mi hermano en la espalda y vuelva dentro. Ellie grita y Leonora baja corriendo las escaleras. Cuatro soldados recogen al hombre y lo retiran.

—¡No, Jacques, no, por favor! —grita Leonora, y Ellie la abraza, sentadas en el sofá.

El comentarista narra lo sucedido con horror. No sabemos si está muerto. La media hora pasa y ambas lloran abrazadas. Me levanto y voy a la cocina.

Cuando vuelvo, me miran expectantes.

—Tu hermano está malherido, pero vivo. Han entrado en el castillo, han sacado a los que estaban en los pasadizos y, aunque con bajas, han liberado a los demás. Mi jefe ha caído y Wix está herida leve. Tu aya, tu madre y la enfermera también están bien. Fue Madeleine quien las fue a buscar y las metió en un pasadizo. Están asustadas, pero bien.

Ellas se levantan y me abrazan con fuerza, llorando de alivio. Ha fallecido el regente,

aunque los demás siguen ahí. Se han convertido en unos supervivientes.

—¿Volveremos a casa? —dice Leonora con un hilo de voz—. Quiero ver a mi esposo.

—Si os parece bien, metemos a los niños en el coche y salimos ya. Nos van a escoltar una vez lleguemos a la autopista. No quiero darles esta dirección.

—Sí, recogemos todo y nos vamos —dice Ellie preocupada.

—Tranquila, podéis dejar todo como está, mi hermana lo entenderá. Coged lo necesario para el viaje y listo.

Dejo la mochila con la mayor parte del dinero en un armario, por si tengo que volver y quizá para agradecer en parte a mi hermana, y nos vestimos. Ellas se han puesto ropa de mi hermana, la suya estaba sucia y rota. Cogemos con mucho cuidado a los niños y los montamos en el coche.

Leonora está agradecida, pero ansiosa por su esposo. Le he prometido que llamaré al comandante en una hora, para saber qué tal va. Mientras tanto, tendrá que esperar. Subimos a los niños en el coche y apenas se enteran de nada. Enciendo el monovolumen y miro a Ellie, que, de nuevo, es mi copiloto.

—Gracias, Gabriel. Jamás olvidaré lo que has hecho por nosotros.

Asiento y salgo de la casa. Lo cierto es que estoy emocionado y a la vez triste, porque se acaba hoy mismo la posibilidad de estar un poco más con ella. Supongo que es egoísta por mi parte, pero es lo que hay.

Pronto llegaremos al castillo y todo volverá a la normalidad, aunque sea una normalidad que yo no deseo.

Capítulo 27



—¿Estás nerviosa? —pregunto a mi hermana mientras se mira en el espejo de pie que hay en su habitación.

—¿Después de lo que hemos pasado? —dice, y nos quedamos mirándonos con pena y alegría de estar vivas. Aunque yo no soy tan feliz como ella. Se va a casar con el hombre de su vida y yo…

Me retiro a la ventana del castillo mientras la peluquera da los últimos ajustes al peinado, para que la modista le ponga el velo. Han pasado cuatro meses y todavía no me siento bien. Viv es una superviviente, más fuerte que ninguna, nos ha animado a toda la familia.

Cuando volvimos en el monovolumen hacia el castillo, Gabriel y yo apenas hablamos. Sabíamos que teníamos un tiempo límite, y cómo arreglarlo era todo un desafío. Se venían tiempos difíciles tanto para él como para mí y cuando nos entregó al ejército y se fue, no pudimos decirnos nada. Yo tampoco tenía su número y él no me llamó. Puede que fuera el efecto de la película de *El guardaespaldas*, ese enamoramiento de quien te protege la vida aun a costa de la suya.

Cuando entramos al castillo, al día siguiente, pues esa noche la pasamos en un hospital, habían limpiado de cadáveres la zona, pero se percibía el olor de sangre y desinfectante. O es que lo tenía metido dentro de mí.

Leonora se quedó en el hospital con mi hermano y yo me encargué de los pequeños durante la semana que estuvo allí. Solo le llevaba al bebé para amamantarlo y, al final, se lo quedó. Era menos complicado.

Mi hermana me ayudó muchísimo, ayudó a todos, en realidad. Tenía una palabra amable para cada uno de los empleados, y organizó la casa. Yo estaba destrozada y aunque sé que probablemente me correspondería tomar el mando mientras mi hermano se debatía entre la vida y la muerte, simplemente, no pude.

Después de quince días de estar en la UCI, mi hermano salió. La mitad de su cuerpo paralizada, pero su cabeza funcionaba perfectamente. Y ambos tenían esperanzas de que, en algún momento, pudiera recuperarse. Volvíamos a estar juntos.

Mi madre no se enteró de nada. La enfermera la protegió en todo momento, junto al aya. Ellas han recibido una buena recompensa.

Los que también han sido recompensados fueron los agentes que nos protegieron. Al morir su jefe, Harrison fue ascendido a su puesto y, además, como resultó herido y tiene familia, lo agradeció. A Gabriel lo nombraron coordinador de operaciones, pero no sé si lo rechazó. Viv no me ha contado mucho sobre él, porque, en cuanto lo nombra, me echo a llorar. Me dice que no puedo continuar así y yo le contesto que se me pasará.

Vuelvo la mirada hacia la novia, que está radiante, y ella me sonríe cariñosa. He decidido quedarme. Quiero ayudar a Leonora con los niños. Ahora ella tiene que asistir a su esposo, que ha sido nombrado príncipe regente en una sencilla ceremonia, dos días después de que enterramos a mi padre. Fue retransmitida a toda Europa y, según nos dijo, ha llegado a un acuerdo para que el gas que produzcamos se reconduzca al gaseoducto europeo.

Al parecer, los atacantes no fueron terroristas. El que estaba detrás era Eric, el secretario de mi padre, que quería vender el gas a los rusos. Era cuestión de dinero, según confesó. Si se cargaba a toda la familia real, menos quizá a los niños, la idea era que él se quedase llevando los asuntos. Por eso asesinó a mi padre en primera instancia, porque él lo descubrió.

Hoy no es un día para ponerme triste, sino de disfrutar de la boda de Viv y Richard, que, al final, resultó no ser tan cobarde como nos pareció en el garaje, cuando quiso huir. No se lo he contado a mi hermana, él me suplicó que no lo hiciera, porque luego se comportó como debía y quizá ella podría sentirse desilusionada. Y no lo haré. Ojalá sean muy felices.

Los invitados habrán llegado a la catedral de Saint-Paulin. Esta vez hay un gran despliegue de medidas de seguridad porque han venido todos. Mi hermana no cabe en sí de gozo. Porque no solo nobles europeos la felicitarán, sino modelos, futbolistas, actores, empresarios, y yo qué sé la de personas que van a venir.

Hasta el presidente de la república francesa. Y lo más chocante es que, al verlo hace una semana en la televisión en un acto público, ¿quién era el guardaespaldas que lo acompañaba?

Su rostro serio con la barba recortada hizo que el corazón se me parase por un momento. Estaba viendo la televisión con los niños y ellos gritaron emocionados.

—¡Gabriel! ¡Gabriel! Está en la tele.

Cuando me giré, me puse tan pálida que mi sobrino vino a tocarme la cara. Yo sonreí débilmente y seguí todos los movimientos de mi guardaespaldas. Hacía poco que había visto la película en una plataforma, en plan masoquista, y vi la misma escena, en la que Withney Houston ve a su hombre guardando al presidente y sabe que nunca podrá estar con él. Me entró la llorera y mis sobrinos me abrazaron fuerte hasta que se me pasó.

Suspiro y muevo la cabeza para volver a la realidad. La realidad del día más importante de la vida de Viv. Ella ya está preparada y yo, como dama de honor, me he encargado de pasar delante con mi sobrina, echando flores. Nat se negó a hacerlo y llevará los anillos detrás, junto a su madre.

Mi hermano irá en la silla, al lado de ella, como el padrino, y será muy emotivo. Pero él está muy centrado y, de hecho, ha aumentado su sentido del humor, como si no tuviera que tomarse la vida tan en serio como para sufrir, que bastante lo había hecho.

Leonora entra en la habitación y abre la puerta para que salga Viv. Las tres nos tomamos de la mano por un momento, mirándonos a los ojos y evitando llorar, para que no se nos muevan ni las pestañas postizas ni la pintura, aunque de eso se han encargado las maquilladoras.

Salimos, por fin, hacia la limusina. Mi hermano ya está dentro. La *wedding planner* ayuda a mi hermana a ponerse bien el vestido. Irá por el paseo principal de Saint-Paulin saludando a todas las personas que quieren verlos.

Los demás iremos en una segunda limusina. Cuando arrancamos, un escalofrío me invade. Sé que tenemos el servicio secreto francés y la empresa de seguridad vigilando, que es casi imposible y, aun así, no me he quitado el miedo de encima.

Llegamos a la catedral, nosotras primero y luego la novia. Entramos, jaleados por todos los Paulinos que han venido a acompañarnos. La novia está exultante y saluda a todos con confianza y alegría. Entramos escuchando *La marcha nupcial,* de Mendelssohn. Mi hermano se estira en la

silla de ruedas que, como es electrónica, no necesita que nadie le ayude.

Entro mirando solo hacia delante, hacia el altar donde está el busto de Saint-Paulin, y le ruego que las cosas se arreglen para todos, que tengamos un final feliz. Me coloco en mi sitio y la ceremonia se desarrolla sin problemas. Es muy emocionante cuando ambos novios recitan sus promesas y todos, después de los acontecimientos, estamos limpiándonos el rostro.

Leonora, a mi lado, me da la mano y no la suelta, a pesar de que con la otra intenta que sus dos hijos estén quietos. El bebé está a cargo de la niñera, que lo entretiene para que no llore.

Miro alrededor y veo todo tipo de personalidades, lo que me amedrenta un poco. El presidente de la república está allí y él seguro que también. No lo busco.

Después de la ceremonia, los novios se retiran para hacerse las fotografías oficiales y cambiarse para el cóctel y la comida. Yo me dirijo con Leonora y también nos vamos a cambiar, como dicta la tradición. Es una pena, un vestido que solo llevaré una hora y si me lo pongo de nuevo, las revistas sacarán que si ya lo llevé. Los famosos son así, aunque ya he pensado varias cosas para cambiar esto.

El castillo está precioso, con luces y banderines, mucha seguridad y muchos empleados elegantes que sirven copas a los invitados que van llegando. Hay algunos que se encargan de conducir a las diferentes personalidades, según su rango de importancia, hacia los espacios habilitados para ellos. No quieren mezclar un presidente de gobierno o un príncipe con un futbolista, aunque a mí me da igual.

Los niños desaparecen tras las niñeras y nosotras nos vamos del brazo hacia el bar, para tomarnos un cóctel sin alcohol. En el camino, saludamos a unos y otros, y por fin llegamos a la barra. El camarero nos sirve dos cócteles rosados con sombrillita y brindamos. Tomamos un largo trago, al final, solo es un combinado de zumos. Veo que Leonora se queda quieta y me mira. Un hombre trajeado se acerca a nosotras y nos saluda con una leve reverencia.

—Princesa Leonora, Princesa Elisabet, me alegro mucho de que estén sanas y salvas.

—Gracias, *Monsieur le Président,* —dice Leonora, porque yo estoy sin palabras. Si él está aquí, entonces…

Me giro y lo veo. Está justo detrás, con las manos en los costados y mirándome fijamente.

—Gabriel…

—Alteza —dice inclinándose un poco. Y vuelve a su rostro imperturbable.

—Princesa Leonora, ¿le importaría enseñarme el jardín? Gabriel, puedes esperarme aquí.

Da un paso hacia el presidente, pero Leonora se lo lleva del brazo y me quedo frente a él, en silencio.

—¿Qué tal estás? —acabo por decirle.

—Recuperado. Fueron dos fracturas, pero un mes en reposo y después rehabilitación y mucho ejercicio.

—Ya lo veo, pareces distinto.

—Tú… usted también.

—Vamos, Gabriel, no me trates de usted. Así que con el presidente…

—Sí, valoraron muy bien mi actuación por lo visto —dice encogiéndose de hombros.

—Es que nos salvaste la vida. Arriesgándote demasiado.

—Lo volvería a hacer —dice demasiado deprisa y echándose hacia delante, pero luego vuelve a su posición.

—¿Por qué no me has llamado? —pregunto, olvidándome de todo lo que he sufrido.

—Porque no sería conveniente. Mírate. Estás preciosa, eres una princesa y yo solo un agente de seguridad.

—Me parece que los prejuicios los tienes tú solo en la cabeza —respondo enfadada—. Leonora no es noble, es hija de un empresario. Mi primo se casó con una modelo y otra prima se ha comprometido con una fotógrafa. Eres tú y solo tú el que piensas que no es posible.

Veo un rictus de dolor en su rostro.

—A menos que lo que pase es que no te interese una relación conmigo, que no sientas por mí lo mismo que yo siento por ti.

Mira a todos los lados y me coge de la mano, hasta llegar detrás de una caseta donde nadie nos ve.

Entonces, me coge de la cintura y me da un beso que me hace suspirar de pasión.

—Yo también te quiero, pero no podemos. Es demasiado difícil —dice cuando se separa.

—¿Más que huir de un castillo lleno de terroristas? ¿Más que mantener a salvo a dos mujeres y tres niños? No me jodas, Gabriel.

—Princesa, eres muy mal hablada —sonríe.

—Te dejo que lo pienses. Si durante esta semana no me dices nada, consideraré que te has arrepentido e intentaré olvidarte. Si me llamas, sabes lo que voy a contestar.

—Ellie…

Me giro y salgo de detrás de la caseta. A los segundos, me sigue y se dirige a buscar al presidente. Estoy más que cabreada. Y lo que faltaba, Joseph se acerca a mí con pretensiones de que baile. Un DJ está amenizando el cóctel y algunas parejas están en la pista.

—No tengo ganas de bailar, aunque sí de una copa, pero una de verdad, no de esas que son agua de colores.

Se ríe y vamos hacia la barra. Quiero tomar algo fuerte, algo que me haga olvidar que la persona que amo no se atreve a amarme.

Capítulo 28



El presidente es un hombre amable y parece saber todo de mí, porque cuando se acerca a las dos princesas, sé que es a propósito. Cuando me asignaron a él, sinceramente no caí en que iríamos a la boda en Saint-Paulin y que, por supuesto, tendría que verla. Sé poner mi rostro en modo inexpresivo, pero cuando seguía a mi protegido y se acercaba a ellas, las piernas me temblaban.

Ellie no parece darse cuenta de la situación. No puedo tener una relación con ella, por mucho que la quiera. Después de llevármela detrás de la caseta y besarla, todavía estoy peor. La veo salir, malhumorada, y reunirse con el tipo que la ronda. Él se ríe y yo lo cogería del pecho y lo arrastraría por el suelo.

—Tranquilo —me digo en voz baja. Busco al presidente y me pongo tras él. Me mira y sigo imperturbable, así que se encoge de hombros.

La mañana avanza y llegan los novios. Yo sigo viendo como se saludan y hablan de cosas que cualquier periodista mataría por escuchar. La comida comienza y entonces los de seguridad del equipo uno nos retiramos para descansar y comer. Entra el segundo equipo y yo me voy a la sala que nos han habilitado. Llamo a Harrison para decirle que todo va bien.

—¿La has visto? —me pregunta y resoplo.

—Sí.

—¿Y?

—Está bien.

—Joder, Gabriel, cuando quieres eres una puta tumba. Tú mismo, pero yo no dejaría escapar a esa mujer.

—Te dejo, tengo que comer.

Mastico con desgana la comida, aunque está deliciosa. Tengo la cabeza loca, y no sé qué hacer. Necesito, como diría mi madre, una señal que me indique lo que tengo que hacer. Estoy tan perdido.

Mi compañero de enfrente se levanta y se inclina y yo me giro. El regente de Saint-Paulin ha entrado en la sala y un compañero retira la silla para que pase. Viene directo a mí.

—Gabriel —dice levantando la mano—, no tuve la ocasión de agradecerte lo que hiciste por mi familia.

—Fue mi deber, señor —digo dándole la mano. Me la estrecha fuerte y me alegro de que al menos conserve la autonomía en su parte superior.

—Fue algo más que el deber. Últimamente he hablado mucho con mis hermanas sobre la vida, ¿sabes?

Me remuevo inquieto, no sé dónde quiere llegar. Puede que me diga que no me acerque a

Ellie y lo entenderé.

—La vida, la muerte —dice mirando al infinito—, estamos tan cerca de ella que es una pérdida de tiempo no aprovechar cada instante con la persona que amas. Porque tú la amas, ¿verdad?

Me congestiono ligeramente y no sé qué decir. «¡Claro que la amo!», me gustaría gritar a los cuatro vientos. La amo con cada célula de mi ser.

—Pero, alteza, ella y yo no podemos…

—¿Por qué? De hecho, le he pedido a tu empresa una persona de seguridad para el castillo, alguien de confianza. Alguien que viva aquí permanentemente y que tenga interés en que todos sigamos vivos. Tal vez puedas recomendarme a alguien.

Trago saliva y lo miro. ¿Me está proponiendo que venga aquí?

—Gabriel, mi hermana te ama y, según dice mi esposa, tú estás loco por ella. Haz lo que quieras, pero tienes mi bendición.

Se retira saludando al personal y yo me quedo en las nubes, hasta que Wix, que ha venido a monitorizar la seguridad, me da una palmada en la espalda.

—Gabriel, ¿se puede saber en qué demonios estás pensando?

—Yo… creo que he apuntado muy alto.

—Gilipolleces —me dice mi compañera—. La princesa te ama y tú a ella. Ya no estamos en el siglo XII o XVII, yo qué sé. Lánzate y vive la vida. Con todo lo valiente que eres en tu profesión, te has acojonado en tu vida privada.

La miro con cara de mal genio y le doy un beso en la frente. Tiene razón.

Aunque mi turno no empieza en una hora, salgo de la sala, buscándola. Pregunto a alguien del servicio y me dice que está comiendo. La miro desde la puerta. A su lado tiene al tal Joseph y me entran las dudas. Pero Leonora, que está enfrente de ella, le hace un gesto y ella se vuelve. Algo ve en mi rostro porque, saltándose todo el protocolo, se levanta de la mesa y viene corriendo hacia mí. Yo le sonrío y ella se tira a mis brazos, provocando un largo «oh» en la mesa. La beso. Me da igual que nos vea la gente, que piensen lo que quieran. Un aplauso se extiende por toda la mesa y Ellie se separa de mí, llorando.

—¿De verdad me quieres?

—Te quiero tanto que daría la vida por ti.

Me besa de nuevo y la llevo aparte, ya vale de dar el espectáculo. Veo que su rostro es de pura felicidad y yo siento que he vuelto a renacer.

Capítulo 29. Epílogo



Me agarro a su cintura mientras él va sorteando los coches en la moto de media cilindrada que llevamos. Gabriel dice que es mejor no llamar la atención y a mí me da igual. Como si llevase una Vespa. Con tal de ir agarrada a él, el vehículo es lo de menos.

Sin embargo, hace fresco en mayo en Madrid y me aprieto todavía más. Noto que se ríe porque el sonido reverbera en sus costillas. Aparca en una calle muy conocida por mí y salto de la moto. Él me sigue, siempre vigilando. Esa manía no se le pasa. Hemos venido de incógnito a España, para quedar con mis compañeras de piso y ver a Carina y a todos los habituales. Aunque sé que quizá, como se descubrió todo, no se sientan cómodos.

Entramos de la mano ya que somos novios, la prensa se enteró y contaron historias tan románticas que me da que quieren hacer una película. Esta vez, el guardaespaldas se queda con la protegida. Una novela de amor que acaba bien. Gabriel se siente bastante incómodo ante la prensa y, de momento, no ha dado ninguna entrevista, aunque nuestra secretaria nos dice que son cientos de medios los que quieren contactar con él.

La prensa amarilla ha sacado a la luz lo que pasó en Dubai, aunque él me contó la verdad. No me sentí mal, solo me dio pena por la muchacha que murió. Entramos y Carina hace un gesto para abrazarme, pero se corta. Yo me lanzo a por ella y entonces sí que me da uno de esos achuchones quitapenas, aunque ya no tenga ninguna.

Sus dos besos sonoros a Gabriel sorprenden a todos los presentes.

—Bien hecho, chico.

Me acerco a algunos de los habituales, que se acuerdan de mí, y los saludo con cariño. Luego, nos sentamos a charlar, frente a un cocido madrileño que nos sirve una muchacha jovencita y muy amable.

—Ella es Bea, la nueva ayudante que he podido contratar gracias… Gracias a la generosidad de un donante anónimo que cada mes nos envía una cantidad de dinero. De hecho, vamos a alquilar el local de al lado para dar más comidas.

—Tal vez se pueda decir al donante que aumente su cuota —digo guiñándole el ojo.

—No es necesario, princesa, Ellie, —dice ella algo azorada—. Resulta que el gobierno de Madrid nos ha concedido una subvención. Salimos en la tele, después de que tu historia se conoció. Y ha habido muchas personas que se han interesado. No puedo estar más agradecida.

—Tú fuiste como mi familia para mí —digo emocionada.

—Eres todo corazón. Más vale que la cuides bien —dice Carina amenazando a Gabriel. Él sonríe. Ya lo creo que me cuida bien. Todos los días.

Unas voces se escuchan en la puerta y Gabriel se pone de pie, en modo vigilante. Pero yo salgo corriendo. Son mis compañeras de piso. Se sientan con nosotros y charlamos tanto que

Gabriel se levanta con excusa de saludar al señor que se encontró por primera vez.

—Así que ahora estás con la chica, ¿eh? —dice el hombre. Yo lo escucho sin poder evitarlo.

—Eso parece —sonríe Gabriel.

—¿Y ya le has pedido que se case contigo?

Yo me quedo quieta, esperando que él conteste. Es algo que no hemos hablado, porque sé que quiere ir despacio.

—Pronto —dice él, y yo me relajo y dejo de prestar atención.

De repente, mis amigas se callan y miran detrás de mí. Yo me vuelvo y veo a Gabriel de pie. Lo miro con su cazadora oscura y una camisa blanca, vaqueros y botas de motero donde sé que sigue llevando una pistola. Está quieto, como nervioso.

—¿Ocurre algo? —digo levantándome.

De repente, él echa la rodilla a tierra y me coge de la mano.

—Fue aquí la primera vez que te vi, que me hablaste y me conquistaste con tu gran corazón. Quiero cerrar el círculo perfecto de nuestra relación pidiéndote, rogándote, Elisabet, que te cases conmigo, que estemos juntos para siempre, sea donde sea.

Me quedo pasmada. Él saca una caja del bolsillo interior de su cazadora y me la entrega. La abro. Es un sencillo y precioso, anillo de brillantes que le ha debido costar una gran parte de su salario.

—¡Gabriel! Pero… pero…

—Vamos, di que sí —dice Carina. Mis amigas se ponen a aplaudir, para jalearme, y hasta el anciano me mira poniendo los pulgares arriba.

—Claro que sí, Gabriel, quiero casarme contigo…

Él se levanta y me besa con pasión. Aún no me he puesto el anillo y ya quiero llorar de felicidad.

—¿Lo tenías preparado? —digo cuando me mira a la cara y sonríe de medio lado.

—Siempre estuve preparado para ti, aunque no lo supiera.

Le beso hasta que mis amigas aúllan como mujeres lobos. No puedo ser más feliz. Jamás lo imaginé. Me aparto de él, pero no me suelta de la cintura.

Lo miro, sonríe y yo también. Esta es mi nueva vida. Ahora sí que sé lo que quiero, dónde quiero estar y, sobre todo, con quien.

Agradecimientos y cosas varias

Espero que hayas disfrutado de este thriller romántico, ya sabes que mis novelas son cortas y con mucha acción. Si te apetece contarme alguna cosa sobre ella o sobre lo que sea, te dejo aquí mi correo: (info@anneaaband.com), me encantará saberla.

***

Hay muchas personas a las que quisiera agradecer y me gustaría empezar por mi familia, esposo e hijos, que siempre están ahí, apoyándome y animándome en cada paso que doy. Sin ellos, creo que sería imposible ser como soy y estar en el lugar que estoy en este momento.

Por supuesto, a mis queridas hermanas, lectoras beta y fans, que tanto se alegran de mis éxitos y con las que, a veces, puedo comportarme como esa chica que fui, hace años; con las que me río, disfruto, a veces lloramos y compartimos penas y alegrías, pero de eso se trata. Ellas son un pilar básico en mi vida. Gracias Lola, Charo, Eva.

Me gustaría agradecer a todas aquellas personas que me rodean y me acompañan, tanto a mi alrededor, como en las redes sociales, las que me contestan a mis emails de forma habitual y con las que ya tenemos una bonita relación.

A mis lectoras beta Maite Prados, Pili Colom, Francesca y Paqui Castelló. Son como mi soporte vital y hacen que quiera mejorar cada día.

Y a todos vosotros, los lectores, gracias por darle una oportunidad tras otra a mis libros, por situarlos en los mejores puestos de la clasificación de Amazon, por dejar bonitos comentarios, por seguir leyéndome, por escribirme emails, o en las redes sociales. Sois los mejores y me siento agradecida por lo afortunada que soy.

Como dice la canción «gracias a la vida, que me ha dado tanto…», pues así me siento.

Si os apetece saber algo más de mí o mis libros, podéis encontrarla en mi página web.
www.anneaband.com

Me encantaría que me siguieras en Instagram, ahí es donde suelo colgar la mayoría de las novedades, sorteos, concursos… lo que sea. Esta es mi cuenta: **@anneaband_escritora**

Puedes descargarte una de mis novelas gratuitas al suscribirte en mi web, me encantaría que te unieras a mi comunidad. Te dejo el enlace: https://www.anneaband.com/descargas-gratuitas/ además tengo también unos marcapáginas muy chulos que puedes descargarte, y otras cosillas.

Me he abierto un canal en tik tok hace poco @anneaban_escritora no sé si seguiré o no pero si te apetece, ahí estoy, contando cosas. Bailando, no, no encontrarás ese tipo de vídeos…

Mil gracias por leer mi novela y espero que, si te ha gustado, quieras dejarme un bonito comentario en las redes o en la plataforma donde la has leído. Es algo que los escritores siempre agradecemos.

Otros thriller románticos

Si te gustó esta novela, tal vez te guste esta trilogía. El primero de ellos quedó finalista del concurso Mil palabras & Woman. Y los otros los he autopublicado en Amazon. Te dejo enlace y sinopsis.



Atrapa a una ladrona

Enlace: https://relinks.me/B08Z331MZH

Sinopsis:

¿Qué podría llevar a una familia normal a convertirse en delincuentes?

Ni Charity ni su padre, Thomas, son malas personas. Ella estudiaba medicina, él, era catedrático de la Universidad. Y ahora son ladrones de guante blanco. Como Robin Hood, roban a los canallas que están estafando a los demás.

Para ello, Charity entrena en un gimnasio donde conoce a Adam Black, lugarteniente del capo de la mafia de Fresno. Ambos se sienten atraídos, pero él descubre que ella no es tan inocente como creía.

Sin saber muy bien lo que hacen, roban a un importante abogado implicado en turbios negocios, tan importantes, que tiene que venir un policía especializado que odia a los delincuentes, SamuelPicard.

Ella se siente atraída por los dos, pero después de organizar la mayor revelación en la ciudad, acusando a importantes miembros de la sociedad, tiene que huir. Parece que su vida se normaliza, pero de nuevo el policía aparece, volviéndola del revés. Ambos hombres se interesan por ella. Ella no quiere líos, pero parece que los problemas la persiguen. ¿Podrá tomar una decisión con la cabeza fría? ¿Saldrá ilesa de una relación tormentosa?

Lee ahora el thriller romántico de la best seller Anne Aband para averiguarlo, una obra que redefine el amor, las relaciones y los giros argumentales como nunca antes habías visto.

Atrápame si puedes

Enlace: https://relinks.me/B09VFTSDWQ

Sinopsis:

Tras **Atrapa a una ladrona,** finalista del premio **Mil palabras & Woman,** llega **Atrápame si puedes** y **Atrápame para siempre,** que finalizan la trilogía romántica de alto voltaje de la bestseller Anne Aband.

Sinopsis:

Después de casi un año sin saber de él, **Adam Black** aparece en la vida de **Charity** para pedirle un gran favor.

Black ha localizado al jefe de la delincuencia en París. Es el dueño de un famoso y exclusivo club de intercambio de parejas y por eso él solo no puede entrar.

Ella duda, pero su marido, Samuel, se niega a que ella acuda como pareja a un club así con su ex. No solo es el peligro de volver a meterse en un nido de delincuentes, sino por la sensualidad del americano, por el que ella sintió algo en su día.

Menos mal que Charity tiene un as en la manga, la testaruda y atractiva compañera policía de Samuel, Patricia Egoitz, una preciosa morena, española, que no dudará en sumarse a la aventura con el seductor hombre.

Entrar en el club será fácil. ¿Será igual de fácil no sucumbir a los encantos de Black?

Atrápame para siempre

Enlace: https://relinks.me/B09VZP3R1X

Sinopsis:

Adam ha vuelto a las andadas y Charity no puede soportar que él ponga en peligro a su familia. Lo que ella no sabe es que trabaja infiltrado para la policía. Un último trato.

Sin embargo, eso acaba con su paciencia y hace que ella lo eche de casa y le pida que elija entre ellos o su vida anterior.
Él no tiene otro remedio que acabar lo empezado y, por mucho que lo sienta, tiene que irse.

Al cabo de dos semanas, Charity viaja a un congreso en Mountain View, dejando a su padre al cargo de Ryan.

Cuando ella no da señales en todo el fin de semana y no contesta al teléfono, Thomas, a su pesar, llama a Adam.

Él envía a una vieja amiga que está en Las Vegas. Patricia acude sin dudarlo mientras llega Adam, pero él no solo la ha llamado a ella, sino a un viejo conocido, un espía del MI5 forzosamente retirado, John Blunt, especializado en rastrear y encontrar personas.

John le debe un gran favor a Adam y acudirá a regañadientes, pero lo que no espera encontrarse es a una española cabezota que le pondrá las cosas muy difíciles.

Adam busca con desesperación a Charity, y Patricia intentará no volarle la cabeza a John, aunque sea tan atractivo como arrogante.

¿Dónde está Charity? ¿Se ha ido para siempre? ¿Podrán Patricia y John ponerse de acuerdo para encontrarla?

Lee la novela corta romántica con toques apasionados de la bestseller Anne Aband.

Es la tercera parte tras Atrapa a una ladrona y Atrápame si puedes.